



©

ALOIS PRINZ

LA FILOSOFÍA
COMO PROFESIÓN
O EL AMOR AL MUNDO

LA VIDA DE
HANNAH ARENDT

Herder

La filosofía como profesión o el amor al mundo
La vida de Hannah Arendt

Alois Prinz

La filosofía como profesión
o el amor al mundo

La vida de Hannah Arendt

Traducción

María Belén Ibarra de Diego

Herder

Versión española de MARÍA BELÉN IBARRA DE DIEGO, de la obra de
ALOIS PRINZ, *Beruf Philosophin oder Die Liebe zur Welt.*
Die Lebensgeschichte der Hannah Arendt,
Programm Beltz & Gelberg, Weinheim 1998

Diseño de la sobrecubierta: CLAUDIO BADO y MÓNICA BAZÁN

*Las fotografías han sido reproducidas con autorización de
Lotte Kohler, Hannah Arendt Blüchler Literary Trust*

© 1998, *Beltz Verlag, Weinheim und Basel*

© 2001, *Empresa Editorial Herder, S.A., Barcelona*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: HUROPE, S.L.
Depósito legal: B-3.608-2001
Printed in Spain

ISBN: 84-254-2173-X

Herder

Código catálogo: FIL2173

Provenza, 388. 08025 Barcelona - Teléfono 93 476 26 26 - Fax 93 207 34 48
E-mail: editorialherder@herder-sa.com - <http://www.herder-sa.com>

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 1739

Índice

Prólogo

«Sólo es verdadero aquello a lo que somos fieles hasta el final»

15

I. Diario de infancia

«Debemos pensar lo menos posible en las cosas tristes»

19

II. Ser judía en Königsberg

«Me enteré en la calle de que soy judía»

29

III. Sed de conocimiento

*«Estaba acostumbrada a ver la vida en una doble dimensión:
el aquí y ahora y el allí y entonces»*

39

IV. Hannah y el mago

*«Siempre he sabido que sólo el amor puede dar sentido
a mi existencia»*

51

V. Entregarse y recobrar el juicio

«El camino que me mostraste exige toda una vida»

63

VI. Despedida de Alemania

«Ya no quiero tener nada que ver con esta sociedad»

75

VII. Monsieur

«Ahora sé, por fin, lo que significa ser feliz»

85

VIII. Punto de huida: Marsella
«Vivir es maravilloso aunque la situación del mundo sea espantosa»
95

IX. Una habitación en la calle 95
«La libertad no es un premio por los padecimientos sufridos»
107

X. La cuestión de la culpa
«Y los burgueses hipócritas dirán a coro: "nosotros no hemos sido"»
119

XI. El mal radical
«Los alemanes viven de la mentira y la estupidez»
131

XII. Caza de brujas
«Algunas veces me permito las escapadas más increíbles»
145

XIII. Más allá del trabajo
«De vez en cuando debemos tratar con los intelectuales»
161

XIV. Mundo bello, mundo sombrío
«Ahora me doy cuenta de la dicha que produce tener ojos»
175

XV. ¿Ave de rapiña o pájaro cantor?
«Jamás en mi vida he amado a ningún pueblo»
189

XVI. Sobre el milagro del comienzo
«Lo que realmente hacemos cuando actuamos»
203

XVII. El espectro de la cabina de cristal
«No sé cuántas veces me tuve que reír ¡y a carcajadas!»
217

XVIII. La controversia Eichmann no tiene fin
«El mal banal puede destruir todo el mundo»
231

XIX. Revueltas en Estados Unidos
«Es muy peligroso porque se trata de algo muy genuino»
243

XX. Despedidas
«Necesitamos aprender la relación con los difuntos»
255

XXI. Libre como una hoja al viento
«Ya sólo quiero ocuparme de cuestiones transpolíticas»
269

XXII. Luces sobre el río
«Siempre he pensado que uno es su vida»
283

La muchacha de tierra extraña
295

Tabla cronológica
297

Bibliografía
303

La filosofía como profesión o el amor al mundo
La vida de Hannah Arendt

Prólogo

*«Sólo es verdadero aquello a lo que somos fieles
hasta el final»*

El 19 de marzo de 1962 se produce un accidente en la calle que cruza el Central Park neoyorquino. Un taxi es arrollado por un camión. En la parte de atrás del taxi viaja una mujer de cincuenta y seis años, que resulta gravemente herida en la colisión. Se trata de Hannah Arendt, judía con pasaporte norteamericano, profesora de filosofía y ciencias políticas en varias universidades estadounidenses, famosa más allá de las fronteras norteamericanas gracias a sus artículos, libros y apariciones públicas. Muchos la consideran una de las mujeres más influyentes del siglo.

Ya en la ambulancia, Hannah Arendt recobra el conocimiento e inmediatamente se da cuenta de lo ocurrido. Primero intenta mover los brazos y las piernas para comprobar si está paralizada, luego revisa cuidadosamente sus recuerdos: «Un decenio tras otro...».

Piensa en su niñez y juventud en Königsberg, en sus años de estudiante en Marburgo y Heidelberg, en los profesores que tanto han significado y significan para ella: Martin Heidegger, con quien tuvo un romance, y Karl Jaspers, que la ayudó a recobrar el juicio. Recuerda su huida de Alemania, el exilio en París, donde conoció a Heinrich Blüchner, el campo de mujeres en Gurs, en el sur de Francia, y la dra-

mática huida de Europa desde Marsella hasta Lisboa y desde allí en barco al Nuevo Mundo, a América. Piensa en su compromiso con el movimiento sionista, en sus muchos amigos y también en los muchos enemigos que se ha creado. Recuerda los años de trabajo en su libro sobre el totalitarismo, tras el cual se hizo famosa, en el nazi Adolf Eichmann, procesado en Jerusalén, y en el libro que desea escribir sobre él y que tanto significa para ella.

Hannah Arendt se tranquiliza; no tiene lapsos de memoria y tampoco está paralizada. Pero se encuentra en una situación muy especial, como si flotara entre la vida y la muerte. Aún mucho después recordará, fascinada, estos momentos. A su amiga Mary McCarthy le describe así la experiencia: «Lo más importante fue que, por un instante, me invadió la sensación de tener yo misma en la mano la decisión de vivir o morir. Y aunque no considero la muerte como algo terrible, pensé que vivir sería maravilloso y que debía decidirme por la vida».

Sin embargo, sabe también que no se decidiría por cualquier vida: con gusto renunciaría a una existencia sin amigos, sin viajes y sin la posibilidad de tomar parte en los asuntos públicos.

No siempre ha pensado así. De jovencita era muy inteligente, pero también muy solitaria. El deseo por saberlo todo sobre el mundo y sobre sí misma la llevaba a encerrarse más y más en su propia «peculiaridad». Su relación amorosa con el joven profesor Martin Heidegger, entre otras cosas, la apartó de esta tendencia.

Hannah Arendt quería hacerse «visible» y descubrió que para ello no sólo se requieren inteligencia y profundidad de

pensamiento, sino sobre todo coraje, especialmente el coraje de renunciar a su peculiaridad, de poder darle la mano a otros, de aprender a «ser persona entre personas». En su opinión, ser persona entre personas significa descubrir algo sobre uno mismo al tiempo que se dialoga con los demás para así poder conformar, juntos, el mundo. Este juicio fue «como un mazazo en la cabeza» y supuso para ella una liberación.

Coraje, gratitud y lealtad: estas tres virtudes, en apariencia contradictorias, están muy unidas, escribe Hannah Arendt en un discurso con motivo del cumpleaños de su admirado profesor Karl Jaspers, y añade: «Al final de nuestra vida descubrimos que sólo es verdadero aquello a lo que hemos podido continuar siendo fieles».

Ella misma ha permanecido fiel a muchas cosas: a sus orígenes, enraizados en la lengua y en la cultura alemanas, a sus antiguos amigos europeos y a sus nuevos amigos americanos. Ha empezado desde el principio una y otra vez y por eso es tan difícil clasificarla. «¿Quién es usted?», le preguntaron una vez en un congreso. «¿Es usted conservadora o liberal? ¿Cuál es su postura ante las circunstancias actuales?» Ella contestó: «No lo sé. Realmente no lo sé; nunca lo he sabido».

Hannah Arendt siempre quiso pensar «sin barreras». Este hecho, que la convierte para muchos en una persona «imperdonablemente independiente», hace difícil determinar quién era realmente. ¿Era poetisa? ¿Filósofa? ¿Pensadora política?

Hannah escribe en una carta: «Me siento lo que soy ahora, la muchacha de tierra extraña». Esta «muchacha de

tierra extraña» es la del poema del mismo título de Friedrich Schiller («Das Mädchen aus der Freunde», de 1796). Se trata de un poema muy significativo como autodescripción de Hannah Arendt y por tanto lo reproducimos completo al final de este libro (pág. 295).

I. Diario de infancia

*«Debemos pensar lo menos posible
en las cosas tristes»*

Un futuro prometedor se presenta ante dos jóvenes que contraen matrimonio en el año 1902. Paul Arendt y Martha Cohn provienen de familias judías acomodadas, asentadas desde generaciones en la ciudad de Königsberg, en la Prusia Oriental. Paul Arendt tiene veintinueve años y ha realizado estudios de ingeniería en la Universidad de Königsberg, llamada Albertina. Martha Cohn, de veintiocho, ha pasado tres años en París estudiando francés y música después de acabar el colegio. El futuro de ambos no puede ser más halagüeño: se les anuncia una vida libre de preocupaciones económicas y además les unen intereses comunes y sus simpatías por las ideas socialistas.

Sin embargo, sobre el matrimonio planea una sombra. Paul Arendt había contraído la sífilis en sus años mozos. Esta enfermedad se encuentra muy extendida en Prusia (la padece casi el 20% de la población masculina) y el medio para su curación, el salvarsán,¹ no es descubierto por el médico alemán Paul Ehrlich hasta 1906.

1. Medicamento cuyo compuesto principal es el arsénico.
[N. de la T.]

Paul Arendt debe tratarse la enfermedad con los tradicionales preparados de mercurio. Pero la sífilis es una enfermedad insidiosa, puede permanecer larvada tras una primera fase para luego reaparecer con mayor virulencia e incluso afectar gravemente a la médula espinal y al cerebro. Sin embargo, también puede ocurrir que se cure por sí sola sin dejar secuelas tras un primer brote.

El tratamiento parece obrar efecto en este caso. Cuando solicita la mano de la bonita Martha Cohn, los síntomas han desaparecido por completo y Paul cree tener buenos motivos para considerarse completamente curado.

La joven pareja se traslada primero a Berlín y luego a Hannover, donde él ha encontrado un puesto como ingeniero en una compañía eléctrica. Ocupan una casa amplia en Linden, un barrio periférico. Martha Cohn, ahora Martha Arendt, debe renunciar en los primeros años al deseo de tener hijos, ya que el riesgo de que su marido no haya sanado todavía por completo y pueda dañar a su descendencia es aún muy elevado. Pero no se vuelven a manifestar síntomas de la enfermedad y la pareja determina tener familia.

El 14 de octubre de 1906 Martha Arendt da a luz a una niña, a la que ponen el nombre de Johanna en recuerdo de la abuela paterna y a la que con el tiempo llamarán Hannah.

La madre de Hannah escribe en una especie de diario titulado *Mi hija* todos los detalles del desarrollo de la niña.¹

1. El diario *Mi hija* no ha sido publicado. Se encuentra recogido en el legado de Hannah Arendt en la Librería del Congreso, Washington D. C. Esta cita y las siguientes proceden de: Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, Francfort del Meno, 1991.

La primera anotación dice: «Johanna Arendt nació el 14 de octubre de 1906, domingo, a las nueve y cuarto de la tarde. El alumbramiento duró veintidós horas y se desarrolló de forma normal. La criatura pesó tres kilos seiscientos noventa y cinco gramos».

Hannah Arendt viene al mundo en una época descrita por el escritor Stefan Zweig como «la Edad dorada de la seguridad». Tras la guerra franco-alemana y las turbulencias de la fundación del *Reich* se ha instalado en Alemania la tranquilidad política. Ha concluido la era de Bismarck; el canciller de hierro, como se le llamaba, muere en 1898 y le sucede Guillermo II, menos interesado en la política que en ostentosos desfiles militares. El hecho de que, a pesar del tedio político, las personas se hallen imbuidas de una cierta euforia de auge se explica por el extraordinario desarrollo de la economía y de la industria.

Desde 1895 el país goza de un período de gran prosperidad, atribuible, sobre todo, a los muchos inventos y descubrimientos. Los científicos alemanes son los más galardonados con premios Nobel. El médico Robert Koch identifica al causante de la tuberculosis pulmonar, una enfermedad epidémica hasta entonces. En los laboratorios Bayer se empieza a producir la aspirina, un medicamento contra el dolor. Wilhelm Conrad Röntgen descubre los llamados rayos X, con los que explora el interior de los seres humanos.

Pero también en el área de las artes, en la literatura, la pintura y la música, son muy conocidos en todo el mundo los nombres de Thomas Mann, Max Liebermann y Richard Wagner. La expresión *made in Germany*, acuñada en 1887

por los ingleses para tratar de perjudicar a los productos alemanes en el mercado, se convierte en distintivo de calidad. Apenas pasa un día en que no se registre una nueva patente alemana.

Los milagros de la técnica transforman también la vida cotidiana. Ahora hay teléfono en algunos hogares, y en las grandes ciudades como Berlín la luz eléctrica va desplazando al alumbrado por gas. Desde 1905 circulan en la capital alemana los primeros ómnibus eléctricos. Con ayuda de un cinematógrafo, Skladanowsky y Meißter proyectan imágenes en movimiento ante un público divertido pero escéptico. Se puede aspirar el polvo de las viviendas con ayuda de un nuevo aparato, utilizar una pluma rellena de tinta para escribir y afeitarse con un aparato inventado por el norteamericano Gillette.

La creencia en el propio poder y en un futuro glorioso no conoce límites en la época del káiser. Al mismo tiempo, se apodera de los alemanes la idea de que son especiales y de que, gracias a su potencia económica, tienen también derecho a un puesto de relieve en el concierto de las grandes naciones. A primeros de siglo la preeminencia política está indisolublemente ligada a la potencia colonial. En este aspecto, Francia e Inglaterra, con sus grandes reinos coloniales en Asia y África, se han convertido en ejemplo que seguir. Pero también Rusia, que se extiende por el este, y estados más pequeños como Bélgica, Holanda y España han conquistado territorios. Si se pretende un lugar en la política mundial —se piensa en la Alemania de Guillermo— es preciso tener colonias. El canciller Bülow lo expresa de la siguiente manera: «No que-

remos hacerle sombra a nadie, pero también deseamos ocupar un lugar en el sol».

Al mismo tiempo, los alemanes pretenden saber cuáles serían sus aliados y cuáles sus enemigos en el caso de que se desencadene una guerra, y éste es un juego muy peligroso. Rusia se ha visto afectada por la revolución de 1905 y por la guerra con Japón, pero es imprevisible. Austria persigue sus propios intereses en los Balcanes con la anexión de Bosnia y Herzegovina, y todavía no es posible predecir la reacción de Inglaterra y Francia ante las pretensiones alemanas de convertirse en una gran potencia.

Ajena a los problemas políticos, Martha Arendt se toma su papel de madre muy en serio. Apunta minuciosamente en su diario todo lo relacionado con la pequeña y su desarrollo: cuándo amamanta a la criatura y por cuánto tiempo, las pequeñas dolencias que padece, cómo reacciona a los medicamentos. Desde el principio presta atención a cómo se manifiesta el carácter de la niña: «Es tranquila de temperamento, pero muy vivaz. Ya en las primeras semanas nos pareció que advertía los sonidos y en la séptima que sus gestos reflejaban los cambios de luz. Las primeras sonrisas se manifestaron en la séptima semana».

La pequeña Hannah es la alegría de sus padres. Tiene buena salud, casi siempre está contenta, muestra un vivo interés por su entorno y se ríe mucho, es «un verdadero sol».

Al segundo año de su estancia en Hannover vuelven a manifestarse en Paul Arendt los síntomas de la enfermedad, que todos creían ya superada, y hacen temer lo peor. Ha llegado el momento de enfrentarse al hecho de que debe dejar de ser el sostén de la familia. Como Paul ya

no puede seguir desempeñando su profesión, la joven familia se ve obligada a abandonar Hannover y regresar a Königsberg en busca de la protección de los Cohn y los Arendt.

Tanto los Cohn como los Arendt son judíos de ascendencia rusa. El padre de Martha, Jacob Cohn, llegó a Königsberg en 1852 procedente de Rusia, huyendo de la política antisemita del zar Nicolás. Fundó una compañía de importación de té que con el tiempo se convirtió en una de las empresas más prósperas de Königsberg. Martha procede del segundo matrimonio de Jacob Cohn, con Fanny Eva Spiro. Jacob Cohn murió en 1906, año del nacimiento de Hannah.

La familia Arendt vive en Königsberg desde el siglo XVIII. El abuelo de Hannah, Max Arendt, es uno de los hombres más importantes e influyentes de la ciudad, representante tanto en la Asamblea de Electos como en la Comunidad Judía Liberal. Paul es uno de los dos hijos habidos de su matrimonio con Johanna Wohlgemuth. Al morir ésta en 1880, Max Arendt se casa con su cuñada, Klara Wohlgemuth.

Paul y Martha Arendt habitan una casa grande en el elegante distrito de Hufen, en la Tiergartenstraße, donde se encuentran las mansiones más bellas de la ciudad. Martha Arendt sigue escribiendo el diario sobre su hija y dice que está «muy desarrollada» a los tres años. Hannah habla perfectamente, aunque únicamente lo hace con los adultos ajenos a la casa. Normalmente pasa su tiempo sola con sus muñecas y se relaciona poco con otros niños. La memoria y el ansia de saber de la pequeña son sorpren-

dentos. Ha aprendido todas las letras del alfabeto sin ayuda de nadie, y aunque la madre se alegra de esta «madurez intelectual», no puede dejar de sentirse desilusionada por el hecho de que su hija no esté dotada para la música. «Canta mucho», anota en su libro, «le gusta tanto como desafina».

Con frecuencia, los apuntes de Martha Arendt dejan entrever más su preocupación por cómo puede afectar a la pequeña la enfermedad del padre que el orgullo por sus progresos. Su entusiasmo es evidente cuando Hannah demuestra un carácter alegre y sociable, y escribe en su diario: «La niña está siempre contenta».

Estas observaciones revelan más sobre la madre que acerca de la hija y hacen suponer que Martha Arendt debió de ser una niña miedosa e insegura. En comparación con su marido se considera demasiado sensible, con poca vitalidad, y cuando descubre esta misma sensibilidad en su hija expresa el anhelo de que sea más parecida a su padre: «¡Ojalá se pareciera a su padre! Los Arendt tienen un carácter mucho más fuerte y son capaces de enfrentarse a la vida mucho mejor que las personas como nosotros».

La pequeña debió de advertir la poca autoestima de su madre, y seguramente también sus expectativas. Martha Arendt desea para su hija una infancia feliz a pesar del revés de la fortuna sufrido por la familia. Hannah tiene una niñera, un gran jardín donde corretear y muchos juguetes. Para que comience a relacionarse con otros niños Martha Arendt la envía a una guardería, aunque Hannah no los puede invitar a casa debido a la situación de Paul, cada vez más enfermo.

Martha Arendt hace todo lo posible para que su retoño disfrute de una vida despreocupada, pero no puede ocultarle por completo la enfermedad del padre. Por ejemplo, un día Paul se ve atacado por una parálisis mientras pasea y cae al suelo. Hannah sólo sabe que está enfermo y que se le debe tratar con mucha deferencia. A menudo va a su habitación para jugar con él a las cartas o juega a ser su enfermera y le cuida. Pero a Paul Arendt, siempre tan serio, introvertido e incluso en apariencia inaccesible, le resulta difícil tratar con esta niña tan sensible. Todas estas circunstancias se recrudecen con la enfermedad, que destruye también su autoestima: en vez de cumplir profesional y socialmente con lo que se espera de él, se ha convertido en un ser ocioso, dependiente de los demás y necesitado de cuidados permanentes. Cuando su hija le exige mayor atención, se enfada porque no puede prestársela. En una ocasión escribe en el diario de su mujer: «La niña ha estado hoy muy inquieta; no quería permanecer tumbada, sino que se ocuparan de ella».

Martha desea evitar en lo posible que su marido ingrese en un hospital, pero finalmente la enfermedad de Paul empeora tanto que en el verano de 1911 se impone su traslado a la clínica psiquiátrica de Königsberg. Al principio Hannah va a visitarlo con su madre; sin embargo, al poco él ya no la reconoce y cesan las visitas.

En esta época, su abuelo Max Arendt cobra para ella cada vez más importancia. A menudo la pasea por los *glacis* —los bosquecillos frente a las murallas— y a veces la lleva a la sinagoga los domingos. Es así como Hannah Arendt entra en contacto con su religión.

El año 1913 depara grandes tristezas a los Arendt. En marzo muere Max Arendt. Aunque Hannah le adoraba, reacciona de una manera peculiar: mira el féretro pasar desde la ventana sintiéndose orgullosa de que tantas personas acompañen al cementerio a su «abuelito». Después apenas vuelve a mencionarle; parece tan poco afectada que su madre se extraña. Sin embargo, poco después comienza a hacer repentinas observaciones manifestando su tristeza. «Debemos pensar lo menos posible en las cosas tristes», le explica a su madre, «no tiene sentido apenarse por ellas».

En octubre muere Paul Arendt. Hannah vuelve a reaccionar con una aparente indiferencia; llora en el entierro, pero sólo «porque las canciones han sido muy bonitas». De nuevo es la pequeña Hannah quien cree que debe consolar a su madre. «Piensa mamá», dice, «que esto les pasa a muchas mujeres».

Para Hannah la escuela, a la que asiste desde agosto de 1913, constituye una cierta distracción de los tristes acontecimientos. Desde las instancias oficiales se hace muy poco por la educación de las niñas. En aquel tiempo no existe en Königsberg ni una sola escuela femenina estatal y sólo una municipal, la Luisenschule. Sin embargo, hay diez centros escolares para niños, de los que cinco son institutos de bachillerato. Los colegios para niñas son instituciones privadas dirigidas por mujeres emprendedoras y, aunque se llamen «liceos», no pasan de ser escuelas de enseñanza básica.

Hannah asiste al centro de Elvira Szittnick, fundado con capital privado. El edificio se encuentra en la Hinderburgerstraße, una calle paralela a la Tiergartenstraße. La pequeña está mucho más adelantada que sus compañeras;

ya puede leer y escribir correctamente. Quiere mucho a su profesora, tal vez porque ve muy poco a su madre. Tras la muerte de su marido, Martha Arendt se traslada a París durante diez semanas. Hannah se queda al cuidado de sus dos abuelas, Fanny Spiro y Klara Arendt. Martha regresa en invierno, pero vuelve a partir de inmediato al balneario de Karlsbad y luego prosigue su viaje hacia Viena y Londres. A su regreso le sorprende siempre la reacción de su hija; nunca sabe si se alegra de volver a verla. Seguramente ésta tampoco lo sabe.

Será muchos años más tarde cuando Hannah Arendt pueda aportar algo de luz a los oscuros años de su niñez. A la muerte de su madre, en 1948, le escribe a su marido, Heinrich Blüchner:

«Como si fuera lo evidente, durante toda mi niñez y parte de mi juventud me dediqué a hacer lo que se esperaba de mí. Tal vez fuera por debilidad, tal vez por lástima y seguramente porque no podía hacer otra cosa».¹

1. Carta a Heinrich Blüchner. 27 de julio de 1948, en: Hannah Arendt/Heinrich Blüchner, *Briefe 1936-1968*, editado por Lotte Köhler, Múnich, Zúrich, 1996, pág. 157.

II. Ser judía en Königsberg

«Me enteré en la calle de que soy judía»

En Königsberg, en la Münzstraße, muy cerca del castillo, vive la familia Fürst con sus tres hijos, Lisbeth, Edith y Max. El cabeza de familia, Julius Fürst, posee una tienda de artículos de caballero próxima al Grünen Brücke.¹ Max, el pequeño de los Fürst, tiene apenas un año más que Hannah Arendt. Un día, paseando por la ciudad, Max ve pintado en la pared: «Los judíos sin prepucillo ya no son tan sabidillos».² Max ha oído antes expresiones contra los judíos, pero en esta ocasión no entiende el significado de este juego de palabras. ¿Por qué dice que él carece de lo que otros tienen? Como no se atreve a preguntarle a sus padres, busca consejo en el Brockhaus.³ Allí descubre una ilustración con la escultura del *David* de Miguel Ángel y se percata de su diferencia con otros jóvenes. Él es judío y, por tanto, lo circuncidaron de niño. Pero sigue sin entender por qué este hecho ha de constituir un problema.

Max tiene un tío rico en el elegante distrito Hufen. Cuando va invitado a los cumpleaños en la mansión moder-

1. El *Grünen Brücke* es un puente en la ciudad de Königsberg, hoy llamada Kaliningrado. [N. de la T.]

2. De: Max Fürst, *Gefilte Fisch*, Múnich, 1973, pág. 172.

3. Se trata de un diccionario enciclopédico. [N. de la T.]

nista de la Tiergartenstraße le parece ser el pariente pobre. Una vez conoce allí a una jovencita, Hannah Arendt, «guapa y lista, para mí una criatura de otro mundo», como recordará más tarde.¹ Hannah es también judía y el joven Max se da cuenta de que no todos los judíos son iguales. Entre ellos también hay clases.

La ciudad de Königsberg cuenta con 250.000 habitantes aproximadamente a comienzos del siglo XX, de los que apenas 4.500 son judíos. En el seno de la población judía existen grandes diferencias dependiendo de su fidelidad a las tradiciones y a su religión o de su asimilación al entorno alemán. Entre la estación y el río Pregel, donde se encuentra la antigua sinagoga, habitan los judíos ortodoxos llegados del este de Europa. Allí se habla *yiddish*, los hombres lucen largos rizos y visten kaftanes. Las familias asimiladas de la clase media, como los Fürst, viven en el distrito de Tragheim, en la parte norte de la ciudad, y los judíos acomodados, como los Arendt y los Cohn, residen en las afueras, en los distritos de Hufen y Amalienau.

Aunque los Fürst y los Arendt pertenecen a esferas sociales muy diferentes, tienen en común su postura liberal ante las cuestiones culturales y religiosas, y desean diferenciarse lo menos posible de sus conciudadanos no judíos. Como no les cabe duda de que son alemanes, les resulta penoso que les comparen con los judíos de la zona de la estación. La forma de vida de éstos les parece anticuada y subordinada a la cultura alemana, que entienden que es

1. *Ibid.*, pág. 90.

superior. «El orden alemán y las costumbres alemanas entraron en las casas más humildes de Judea», dice un libro de oraciones.¹ A los liberales no les gusta ser llamados «judíos», término que ya en esta época constituye en Alemania un insulto. Cuando se refieren a su religión prefieren decir «mosaica».

Estas sutilezas del lenguaje expresan el profundo conflicto de los judíos alemanes asimilados. Por una parte desean ser reconocidos socialmente como ciudadanos normales, por otra no pueden olvidar una tradición que ha conformado su identidad y les separa de esta sociedad. A menudo el conflicto se expresa en curiosas formas de comportamiento, por ejemplo entre los llamados «judíos de los tres días», que sólo asisten a la sinagoga en las tres fiestas importantes, pero que no siguen en sus casas las costumbres y los ritos hebreos. En muchas familias, como la de los Arendt, es costumbre celebrar la Navidad con árbol, canciones y regalos. Muchas veces esta asimilación a los ritos cristianos origina problemas de conciencia. Por ejemplo, entre los Fürst es costumbre comer carne de cerdo y jamón, pero todos ponen gran cuidado en no llamar estos alimentos por su nombre.

Los niños crecen con esta doble moral. Así, aprenden en clase de religión los castigos que les esperan si no siguen la ley de descansar el Sabat, pero casi ningún padre prohíbe a sus hijos asistir a la escuela este día. Ante esta terrible discrepancia, la mayoría sale del paso como puede, y sólo

1. *Ibid.*, pág. 70.

unos privilegiados, como los hijos del director del banco Marx, pueden permitirse que un sirviente les lleve las carteras el día del Sabat.

El papel de los judíos cobra también una gran importancia para Hannah. También ella, como Max Fürst, se entera en la calle por observaciones de otros niños de que es judía. En el hogar de los Arendt jamás se pronuncia la palabra «judío». Martha Arendt no tiene ningún interés por la religión, ni siquiera por la hebrea. Le interesan la música, las ideas socialistas y el movimiento de liberación de la mujer; le gustan las reuniones sociales, busca el contacto con familias no judías y anima a su hija a interesarse por la música y la literatura alemanas. Hannah sólo conoce su religión gracias a su abuela o a las clases con el rabino Vogelstein.

Martha no considera relevante su origen, pero no reniega de él por una simple cuestión de orgullo, y ésta es la postura que espera de su hija. «Supongo», explica Hannah posteriormente en una entrevista, «que me habría abofeteado si se hubiera enterado de que a mí se me había ocurrido negar mi ascendencia».¹ Martha muestra una gran determinación ante cualquier discriminación provocada por su origen. Y así, su hija tiene instrucciones muy concretas para el caso de que un profesor hiciera observaciones antisemitas en la escuela, sin importar contra quién se dirijan. Debe levantarse de inmediato, abandonar el aula y marcharse a casa.

1. Entrevista televisiva con Günter Gaus en: Hannah Arendt, *Ich will verstehen*, Múnich, Zúrich, 1966, editado por Ursula Ludz, pág. 52 (a partir de ahora «Entrevista con Gaus»).

Entonces Martha escribe a la dirección del colegio una de sus muchas cartas certificadas.

Hannah se siente «absolutamente protegida» por su madre. Pero también tiene la experiencia de que otros niños no gozan de esta protección y de que sus «almas» son «envenenadas» por el antisemitismo.¹ Son sobre todo las grandes familias de la burguesía judía las que arrastran la herencia de los antepasados como si fuera un estandarte; por una parte no se pueden zafar de él aunque les gustara, se aferran a él con desgana pero casi con una «obstinación» interior, mientras que por otra hacen grandes esfuerzos por ser reconocidos ante la sociedad no judía. Esta mezcla de «obstinación interior» y de «amor propio exterior» explica la posición social relevante de estos judíos, y, según comprende Hannah Arendt más tarde, su ceguera ante hechos como el antisemitismo. La atmósfera de doble moral es especialmente opresora para los niños. Hannah cita al respecto las palabras de Franz Kafka lamentándose del «ambiente sofocante y envenenado que sufren los niños en las bellas habitaciones de las grandes familias».²

1. *Ibid.*, pág. 52.

2. Cfr.: Hannah Arendt, «Walter Benjamin», en: H. A., *Menschen in finsternen Zeiten*, Múnich, Zúrich, 1989, págs. 185-242, aquí págs. 219 y 224.

El 1 de agosto de 1914 estalla la Primera Guerra Mundial. El asesinato del heredero al trono austríaco, Francisco Fernando, ocurrido el 28 de junio de 1914 en Sarajevo, ha encendido la mecha de la contienda. Austria declara la guerra a Serbia y se enfrenta así a Rusia. Alemania se pone de lado de su antigua aliada, Austria, pero en lugar de luchar en el frente del este, el general Moltke, jefe del Estado Mayor alemán, planea un ataque en el oeste contra el enemigo secular: Francia. Siguiendo el tristemente famoso Plan Schlieffen, las tropas alemanas marchan sobre Bélgica para detener el avance de los franceses en la frontera oriental. Esta estrategia propicia la entrada en la guerra de Inglaterra, que no puede tolerar que Alemania amplíe su esfera de influencia hasta el canal de la Mancha.

En Königsberg, carteles rojos anuncian primero la movilización, luego la declaración de guerra. En la población reina un inusual entusiasmo por la contienda y los cuarteles se llenan de jóvenes voluntarios. El más joven de todos los voluntarios del ejército alemán, Scheyer, de catorce años, alumno del instituto Löbenichter, es compañero de Max Fürst.

El papel de los judíos en una Alemania entusiasmada por la guerra se corresponde por completo con su paradójica posición en la sociedad. Muchos juzgan un deber unirse al ejército alemán, de manera que en Königsberg son movilizados hasta el final de la guerra 820 judíos. Sin embargo, a los hebreos rusos de nacionalidad no alemana se les

considera enemigos y se les obliga a partir en trenes con rumbo desconocido.¹

Debido a su cercanía con Rusia, Prusia Oriental queda pronto convertida en escenario bélico. Cuando las tropas rusas se acercan a Königsberg, se cuentan por miles los huidos de los territorios ocupados. A la ciudad, preparada para resistir el asedio, ha llegado una gran masa de población refugiada, y todos temen a los rusos, especialmente los niños, a quienes se ha dicho que los eslavos no son seres humanos. Las hermanas de Max Fürst afilan los cuchillos para defenderse de las violaciones. Muchos funcionarios son evacuados junto con sus familias, y quien se lo puede permitir pone rumbo al oeste.

También Martha y Hannah Arendt abandonan Königsberg. Se dirigen en tren a Berlín, donde vive la hermana menor de Martha, Margarete, con su marido y sus tres hijos. Hannah no desea irse de Königsberg, siente nostalgia en Berlín, pero Martha parece contar con una larga estancia en la capital e inscribe a su hija en un colegio del barrio de Charlottenburg.

Mientras tanto, las tropas alemanas comienzan una ofensiva para desalojar a los rusos de Prusia Oriental. A finales de agosto se produce la batalla de Tannenberg, en la que el ejército ruso es derrotado. Después de otra derrota cerca de los lagos masures,² los rusos abandonan Prusia Oriental.

1. Cfr.: Youram K. Jacoby, *Jüdisches Leben in Königsberg/Pr. im 20. Jahrhundert*, Würzburg, 1983, pág. 63 y ss.

2. Los lagos masures se encuentran en Masuria, región polaca ribereña del Báltico. [*N. de la T.*]

El general Von Hindenburg es considerado el salvador de la patria. Como homenaje al general «de hierro» y para contribuir al gasto de guerra, se le ha erigido una estatua de madera en la plaza de armas de Königsberg. En un puesto contiguo pueden adquirirse alfileres de hierro, plata u oro que luego se pinchan en la estatua. Pero el sentimiento patriótico de los habitantes de Königsberg tiene sus límites y al final de la guerra la estatua luce todavía grandes espacios en blanco.

Después de pasar sólo diez semanas en Berlín, las Arendt pueden regresar a su ciudad. Aunque Königsberg está todavía llena de soldados y muchas escuelas se han convertido en hospitales de campaña o en alojamientos para los soldados, la vida tiene una cierta apariencia de normalidad. Después de derrotar a los rusos en los pantanos masures reina el convencimiento de que la guerra ya no durará mucho y que Alemania saldrá vencedora. Como en las escuelas se inculca a los niños que es un honor morir por la patria, Max Fürst debe cantar en el Instituto Löbenichter la canción *Auf der Ostwacht*,¹ que su profesor de música ha compuesto como contrapunto a *Wacht am Rhein*.²

Pero con el paso del tiempo la guerra muestra su cara más desagradable. Los alimentos escasean y muchas empresas se arruinan cuando Rusia deja de ser un aliado económico y el bloqueo inglés impide casi por completo el comercio a través de los puertos.

Martha Arendt apenas nota la carestía producida por

1. «Vigilando el este» [*N. de la T.*]

2. «Vigilando el Rin» [*N. de la T.*]

la guerra gracias a la fortuna de su familia. Sin embargo, le preocupa el desarrollo de su hija. Hannah –anota en su diario– parece estar muy nerviosa, tiene «todo tipo de miedos» y «le tiemblan las rodillas» cuando se enfrenta a los deberes escolares. Está enferma con frecuencia, especialmente cuando van a viajar o cuando la amenaza una separación de la madre. Las enfermedades llegan en cadena: primero una gripe, luego el sarampión, más tarde la tosferina y una inflamación doble del oído medio, finalmente difteria. Y por si fuera poco, tiene que pasar también por una ortodoncia muy dolorosa. Debido a sus dolencias, a menudo no puede asistir al colegio, una vez incluso durante diez semanas. A pesar de ello se encuentra siempre entre las mejores de su clase.

Hannah se indispone de nuevo y madre e hija pasan mucho tiempo juntas, a solas y en casa. Martha disfruta cuidando de ella y enseñándole. Pero Hannah se hace cada vez mayor, intenta despegarse de esta protección y es a veces desobediente y maleducada con su madre. Martha Arendt, que cree haberla educado bien, se siente ahora impotente y no sabe qué hacer.

A partir de mediados de 1917 deja de escribir en su diario. La última anotación indica un cambio en la relación entre madre e hija. Martha se queja de que Hannah se ha vuelto «difícil» e «impenetrable».

III. Sed de conocimiento

*«Estaba acostumbrada a ver la vida
en una doble dimensión: el aquí y ahora
y el allí y entonces»*

«La paz significa que Guillermo se pasea con su chistera y Augusta tiene que hacer cola para conseguir patatas», dicen los habitantes de Königsberg cuando están frente a los comercios con sus cartillas de racionamiento. El hecho de que el divino káiser y su esposa Augusta pudieran abdicar es casi tan impensable como que a la hora de la comida apareciera en la mesa otra cosa distinta de los odiados nabos. Muchos desean el final de la guerra, pero quienes se manifiestan públicamente contra ella y dudan de la victoria, como los socialdemócratas, son considerados «canallas sin patria».

El 3 de octubre de 1918 el gobierno alemán ofrece un armisticio al presidente norteamericano. Esta noticia constituye un duro golpe para la mayoría de la población, que sólo había oído hablar de victorias en el frente, y pronto se extiende el rumor de que el gobierno socialdemócrata, recién configurado, desea un tratado de paz a costa incluso de los soldados del frente. Este «mito de la puñalada por la espalda» tardará mucho tiempo en disiparse, aun cuando muchos soldados estén verdaderamente hartos de la guerra y acaben por aceptar la inminente derrota. El conflicto entre quienes no asumen el desastre y quienes desean el fin de la con-

tienda conduce finalmente a la revolución del 4 de noviembre, capitaneada por los marineros de Kiel tras negarse a regresar a sus barcos para continuar la lucha contra la marina inglesa. Siguiendo el ejemplo ruso, los marineros se constituyen en los llamados consejos y en pocas semanas la revolución se propaga por todo el *Reich* alemán. El 3 de noviembre se firma el armisticio y el káiser parte exiliado a Holanda la noche del 9 al 10 de noviembre.

La noticia de las revueltas en Kiel y en otras ciudades provocan en Königsberg asambleas espontáneas de trabajadores y estudiantes para exigir, entre otras cosas, la puesta en libertad de los presos. Una gigantesca marea humana se aproxima a la prisión militar, pero no se producen enfrentamientos violentos. Un grupo de insurgentes se abre paso hasta la vivienda del gobernador militar, general Von Dickhut-Harrach, quien entrega su sable sin oponer resistencia. Tras la disolución de varios acuartelamientos, los insurgentes eligen consejos de soldados y establecen su cuartel general en el castillo de Königsberg.

Martha Arendt toma parte en los acontecimientos con gran entusiasmo. Tiene la sensación de estar siendo testigo de hechos históricos y mantiene acaloradas discusiones con sus amigos en las que también interviene su hija. Los intereses de Martha no son exactamente políticos, más bien reflejan su fascinación por la figura de la comunista Rosa Luxemburg, a quien considera una leyenda viva.¹ Conmo-

1. Hannah Arendt, «Rosa Luxemburg», en: *Menschen in finsternen Zeiten*, Múnich, Zúrich, 1989, pág. 4974, pág. 52.

vida, habla a su hija de la Luxemburg y de cuando ésta abandonó la cárcel con lágrimas en los ojos tras haberse despedido de sus pájaros y sus flores.

La vida de Rosa Luxemburg no tiene un final romántico. Es asesinada junto a su correligionario Karl Liebknecht en enero de 1919 por miembros del cuerpo de voluntarios, tras lo cual la revolución alemana se desmembra. También en Königsberg el espíritu de la revolución muere pronto. El 4 de marzo la ciudad queda libre del «terror bolchevique». Cientos de insurgentes son arrestados, y la toma del castillo donde éstos se han atrincherado deja una serie de muertos y heridos.

Hannah muestra un interés tangencial por los acontecimientos históricos. Acaba de cumplir trece años y asiste al Königin Louise, que pronto será llamado Luisengymnasium, el primer instituto femenino de Prusia Oriental, pero no tiene ninguna inclinación por la política, su ansia de saber discurre por otros caminos. Devora todo cuanto cae en sus manos de la vasta biblioteca de su padre: novela, poesía y filosofía, y muchas obras las aprende de memoria. Lee la *Crítica de la razón pura*, de Kant, y *La psicología de las concepciones del mundo*, de Karl Jaspers.

Para ser una joven de sólo trece años, Hannah muestra una gran madurez intelectual. Más tarde atribuirá su compulsión por saber a una necesidad. En su obra *Las sombras*,¹ escrita a los 19 años, intenta explicar por qué, a pesar de su

1. En: Elfriede Jelinek, *Totdnauberg*, editado por el Burgtheater de Viena, 1992, págs. 159-165.

inteligencia, nunca la abandonó en su niñez y juventud la sensación de irrealidad. Su saber —escribe sobre sí misma en tercera persona— estaba «aislado y encapsulado», su vida estaba «ensimismada» y el presente le resultaba «indiferente» porque se sentía presa de un «anhelo» sin sentido.

A comienzos de 1919, la madre de Hannah, que ha cumplido cincuenta y un años, decide contraer matrimonio de nuevo con el comerciante viudo Martin Beerwald, de cuarenta y seis. Evidentemente, desea procurarse a través de esta nueva unión seguridad y una familia para su hija. Martin Beerwald tiene dos hijas, Clara y Eva. La primera tiene seis años más que Hannah, la segunda cinco. En el verano de 1920, tras celebrarse el enlace entre Martha Arendt y Martin Beerwald, Hannah se traslada con su madre a la casa de los Beerwald, en la Busoltstraße, a sólo dos calles de su domicilio anterior.

Tal vez Martha esperara recuperar con Martin Beerwald la figura de un padre estricto que la apoyara en la educación de su hija, pero sus expectativas pronto se ven defraudadas. Hannah tiene ideas propias, y su vivacidad y obstinación encuentran poco eco en el tranquilo y ordenado Martin. Por otro lado, la diferencia entre las hermanas Beerwald y Hannah no puede ser más grande. Clara y Eva son modosas, caseras y poco agraciadas, de frente demasiado ancha y ojos caídos y melancólicos. De hecho, Clara, que sufre depresiones, acabará suicidándose a los treinta años.

Por el contrario, Hannah es un torbellino de curiosidad intelectual. Ha crecido mucho y su pelo negro, su cara agradable y sus grandes ojos oscuros hacen de ella casi una

belleza. Su inclinación por nuevas experiencias, su febril búsqueda de lo extraordinario y de lo «singular»¹ la inmunizan contra cualquier forma de represión. Se niega constantemente a tomar parte en las reuniones familiares y a menudo su conducta rebelde provoca el escándalo. Así por ejemplo, una vez da cuenta con gran desvergüenza de toda una bandeja de panecillos que esperaban en la cocina para ser servidos en una fiesta. Cuando sus hermanastras descubren la fechoría, se indignan, se lo recriminan, las tres llegan a las manos y hacen caer el reloj de pared.²

Hannah no se lo pone nada fácil a quienes la rodean. Da rienda suelta sin ningún recato a sus malos humores demostrando un carácter agrio, sobre todo por la mañana temprano, cuando debe desayunar sola y en abundancia antes de que nadie pueda dirigirle la palabra. Martha Arendt no impide que su adorada hija lleve a cabo estas chifladuras; al contrario, le permite todo tipo de libertades y a menudo defiende sus extravagancias. Un día en que Hannah decide que a nadie se le debe imponer asistir temprano a clase, su madre acude a la dirección del instituto para eximirla de las clases de griego. Sin embargo, ello no afecta al aprovechamiento escolar de Hannah, que aprende rápida y fácilmente, y cuando le entusiasma una asignatura su interés por saber va más allá de lo que se le exige. Es aceptada en

1. Hannah Arendt, *Die Schatten*, pág. 161. [Este texto se encuentra recogido en la edición castellana de la correspondencia entre Hannah Arendt y Martin Heidegger. Traducción de Adan Kovacsics para la editorial Herder, Barcelona, 2000. *N. de la T.*]

2. Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, pág. 69.

el círculo Grumacher, creado por el estudiante universitario Ernst Grumach, en el que escolares del último curso de bachillerato estudian juntos griego y leen textos literarios y filosóficos.¹

A través de sus muchas lecturas, Hannah se ha abierto a nuevos mundos, lo cual le procura seguridad y un cierto sentido de superioridad sobre los jóvenes de su edad. Se encuentra poseída de un extraño anhelo. «No me refiero a una nostalgia por algo concreto», explica en *Las sombras*, «sino anhelo como aquello que puede conformar una vida y ser su elemento constitutivo».²

Con frecuencia, su entorno en Königsberg le parece constreñido y estrecho de miras. Desea distanciarse de este mundo y lo consigue, entre otras maneras, escandalizando a quienes la rodean. Por ejemplo, como no se recata en admitir que su relación con Ernst Grumach, cinco años mayor que ella, va más allá de la lectura de textos filosóficos, origina un pequeño revuelo en la ciudad. Asimismo, Ernst Grumach le habla de una muchacha muy poco convencional llamada Anne Mendelssohn, y de inmediato Hannah decide conocerla. No la detienen ni el hecho de que Anne resida en Allenstein, una población al oeste de Königsberg, ni que su padre esté preso por un delito contra la moral. Tras salir sigilosamente por la noche de su casa, toma el tren hasta Allenstein y despierta a los Mendelssohn tirando piedras contra las ventanas. De esta manera conoce

1. Yoram K. Jacoby, *Jüdisches Leben in Königsberg*, pág. 91 y ss.

2. *Die Schatten*, pág. 161.

a Anne Mendelssohn, con quien le unirá una amistad de por vida.

Hannah siente deseos de rebelarse y aprovecha cualquier oportunidad a su alcance. Para hacerle «algo terrible» a su profesor de religión judía se levanta en clase y dice que no cree en Dios.¹ Sin embargo, el rabino Vogelstein, que tiene mucha experiencia, no se dejar perturbar por una impertinente y responde sin aspavientos: «¿Y quién te lo exige?».

No todos los profesores demuestran la misma paciencia frente a la difícil Hannah. Cuando tiene quince años se siente insultada por un joven docente y exhorta a sus compañeros a boicotear la clase. Esto colma la paciencia de la dirección del centro, que la expulsa sin que en esta ocasión sirvan las protestas de la madre. La confianza ciega de Martha en su hija se pone de manifiesto una vez más: sin pensar ni por un minuto en aceptar la expulsión, determina hacer lo posible para cerrar la escuela. Entre tanto utiliza sus muchas relaciones intentando que su hija pueda asistir a la Universidad de Berlín sin haber completado el bachillerato.

Hannah se traslada a la capital alemana, «al Reich», como se dice en Königsberg, ya que como consecuencia de la guerra Prusia oriental ha quedado separada del resto de Alemania por un corredor perteneciente a Polonia. Hannah vive en Berlín con una gran independencia, tie-

1. Entrevista televisiva con Roger Errera, octubre de 1973, en: H. A., *Ich will verstehen*, págs. 114-131, aquí pág. 127.

ne incluso una vivienda, mínima pero propia. En la universidad asiste a cursos de latín y de griego, aunque lo que más le impresiona son las clases de Romano Guardini, un joven teólogo recién llegado a la universidad berlinesa. Guardini, un intelectual alemán de ascendencia italiana, encarna el tipo de profesor por el que Hannah se sentirá atraída toda su vida. Con su tesis «la Iglesia nace de los corazones» pretende alcanzar también a personas alejadas de la Iglesia institucional. Guardini no enseña, sino que convierte el conocimiento en algo vivo. Esto fascina a Hannah. No se trata de un teólogo estrecho de miras; al contrario, en sus clases incluye la filosofía, las bellas artes y, sobre todo, los textos literarios, especialmente los de Dostoievski y Rilke.

Mientras Hannah calma en Berlín su hambre de experiencias y de aventuras intelectuales, su madre mueve cielo y tierra en Königsberg para que le concedan el título de bachillerato. Y tiene éxito: bajo condiciones muy estrictas se le permite realizar los exámenes por libre. En la primavera de 1924, un año por delante de su promoción, Hannah se presenta a los ejercicios y los aprueba brillantemente. Como muestra de reconocimiento le hacen incluso entrega de una moneda de oro.

El final del bachillerato pone término a una etapa en la vida de Hannah. No tardará mucho en despedirse de Königsberg, pero su forma de entender la existencia no ha cambiado sustancialmente. Con una «espantosa naturalidad» se ha acostumbrado a disociar su vida en «un aquí y ahora y un allí y entonces». La vida que ha llevado, sus años escolares, las experiencias en Berlín, todo tiene un sen-

tido de provisionalidad. Está convencida de que le espera una vida singular y escribe poesías expresando su impaciencia y su melancolía:

*Transcurren las horas,
pasan los días.
Un logro queda:
simplemente estar viva.¹*

Hannah no desea conformarse con «simplemente estar viva», con el «ir tirando», quiere más, pero ¿cuál es el camino para obtenerlo? Ella lo sabe bien: debe seguir este impulso por «entender»² que para ella se ha convertido en cuestión de vida o muerte. Y esta necesidad cree poder satisfacerla, sobre todo, en la filosofía.

Pero la época no puede ser menos propicia para la filosofía. Muchos países europeos están recuperándose con dificultad de los desastres de la guerra y en ellos se impone la miseria. Alemania, la perdedora, ha quedado lastrada por el Tratado de Versalles, que ha impuesto duras condiciones: la entrega de territorios al este, oeste y norte, la desmilitarización completa y los pagos de grandes sumas de dinero a los vencedores.

Muchos alemanes se sienten completamente humillados por quienes consideran enemigos vengativos a los que han sido entregados a traición. La nueva república, lla-

1. Cfr. el libro de Young-Bruehl.

2. Entrevista con Gaus.

mada República de Weimar, es atacada sobre todo por los veteranos de guerra. Entre ellos se encuentra también Adolf Hitler, un austríaco que ha servido como cabo en el ejército alemán y que se ha colocado a la cabeza de un grupo autodenominado Partido Nacionalsocialista Alemán. El 8 de noviembre de 1923 intenta incluso dar un golpe de estado en Múnich. La operación fracasa, Hitler es condenado a cinco años de cárcel e ingresa en la prisión de Landsberg, donde escribe un manifiesto ideológico: *Mi lucha*. En las Navidades de 1924 es puesto en libertad sin haber concluido su condena.

Desde 1919 Alemania se ve asolada por una inflación que en 1922 está por completo fuera de control. Tras la guerra, un marco alemán equivalía a diez dólares, pero en 1922 un dólar se cambia por 20.000 marcos. Los capitales alemanes han perdido su valor. Desde 1923 las fábricas de papel no dan abasto para imprimir billetes, que han de repartirse en trenes de mercancías. Las autoridades de Königsberg ponen en circulación un billete por valor de 100.000 millones de marcos. La economía de la ciudad no sólo ha resultado afectada por la inflación, sino sobre todo por el fin de la guerra. Las nuevas fronteras han cercenado las antiguas vías comerciales y muchas empresas deben establecer nuevas relaciones, aunque son muchas las que no lo consiguen y se ven en la necesidad de cerrar sus puertas.

También la situación de la compañía de productos de acero en la que participa Martin Beerwald es cada día peor. Eva y Clara tienen que ponerse a trabajar para contribuir al mantenimiento de la familia. Eva se hace protésica dental y Clara, farmacéutica. Sólo Hannah insiste en

estudiar algo «que no da dinero», una «carrera para muertos de hambre».¹

A través de su amigo Ernst Grumach, estudiante en la Universidad de Marburgo, se entera de la existencia de un joven profesor de filosofía que no ha publicado aún ningún trabajo importante pero que deja fascinados a sus alumnos. A este profesor no le interesa la mera erudición; al contrario, logra dar verdadera relevancia a contenidos que otros sólo saben mencionar. El nombre de este catedrático no numerario es Martin Heidegger.

Lo que Hannah oye sobre este Heidegger le llega a lo más profundo del alma y determina ir a Marburgo para estudiar con él.

1. Hannah Arendt, «Martin Heidegger ist achzig Jahre alt», en: *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 172-184, aquí pág. 173. [Este texto se encuentra recogido en la versión en castellano en: *Hannah Arendt/ Martin Heidegger, Correspondencia 1927-1975 y otros documentos de los legados*, Barcelona, Herder 2000. *N. de la T.*]

IV. Hannah y el mago

*«Siempre he sabido que sólo el amor
puede dar sentido a mi existencia»*

En el otoño de 1924 Hannah Arendt llega a Marburgo. La vida en la pequeña ciudad gira totalmente alrededor de la ilustre universidad, con casi cuatrocientos años de historia. Pero a pesar de los estudiantes y profesores, la atmósfera no es demasiado abierta y las relaciones son bastante convencionales y estrechas. Las camarillas académicas imponen su ley, los profesores casi se creen dioses sobre sus estrados y la mayoría de los estudiantes «tiene poca motivación».¹

En este entorno Hannah destaca incluso por su apariencia física. Se ha cortado el pelo a lo *garçon* siguiendo la nueva moda y se viste de manera elegante, a menudo de verde, lo que le procura el apodo de «la verde». También su personalidad es motivo de comentarios. Hans Jonas, un amigo de estudios de Marburgo, recordará más tarde su «intensidad», su «perseverancia» y su «búsqueda de lo esencial». Todo ello «le procuraba un halo mágico».² Al extraor-

1. Martin Heidegger a Karl Jaspers. Carta del 2 de diciembre de 1926, en: M. Heidegger / K. Jaspers, *Briefwechsel 1920-1963*, Múnich, Francfort del Meno 1990, pág. 69.

2. Hans Jonas, «Hannah Arendt: 1906-1975», en: *Social Research*, primavera de 1976, págs. 3-5, aquí pág. 3.

dinariamente tímido Jonas le impone la seguridad de Hannah, pero también es consciente de sus dudas y miedos.

Hannah vive en un estudio bajo un desván, próximo a la universidad. Generalmente está sola, con la única compañía de un ratón que ha anidado en la pequeña habitación. Cuando recibe visitas, sus huéspedes pueden observar cómo ella hace salir al roedor de la madriguera para darle de comer.

En la universidad se ha matriculado en filosofía, griego y teología. Pero tanto el griego, que ya domina, como la teología, que estudia con el conocido especialista en Nuevo Testamento Rudolf Bultmann, pasan a un segundo plano ante la impresión que le causa el joven profesor de filosofía por quien ha viajado a Marburgo y del que no tarda en enamorarse perdidamente.

Heidegger, de treinta y cinco años, es hijo de un sacristán y procede de un pequeño pueblo, Mekirch, en las estribaciones del Jura de Suabia.¹ Aunque su padre deseaba que se hiciera sacerdote, él se aparta del catolicismo para seguir sus propios pasos. Primero es profesor asistente en Friburgo con Edmund Husserl, fundador de la llamada fenomenología, y en 1923 es nombrado profesor en Marburgo.

Heidegger tiene fama de rebelde entre los filósofos. Pretende organizar, junto a Karl Jaspers, una «comunidad»²

1. Se trata de una cadena montañosa sobre las tierras bajas que forman las riberas del Danubio en el tramo próximo a su nacimiento. [N. de la T.]

2. Heidegger a Jaspers, carta del 27 de junio de 1922, en: *Briefwechsel*, pág. 29.

para luchar contra la –en su opinión– mediocridad de la enseñanza. Heidegger y Jaspers se oponen a una filosofía cuya única finalidad es el conocimiento erudito y el desarrollo de sistemas en los que el ser humano es tan sólo un apéndice de procesos históricos, biológicos o psicológicos. Por el contrario, Heidegger, desea hacer realidad el lema de los fenomenólogos: «A la cosa misma»; es decir, quiere recuperar la filosofía como algo que interviene en la vida del individuo apoderándose de ella y transformándola. Para el «mago de Mekirch», como le llaman sus estudiantes, el pensamiento filosófico sólo existe con la participación de la persona misma, y lo demuestra en sus clases. Cuando habla de Aristóteles o de Platón no los trata como figuras de una época remota, sino que vuelve a hacer presentes sus pensamientos respondiendo con ellos a cuestiones candentes de la época.

Heidegger sabe cómo atraer a sus oyentes. Este hombre pequeño pero atractivo, de pelo oscuro, que suele vestirse con el traje regional suabo y que practica el esquí con devoción se convierte en Marburgo en una figura de culto con las clases llenas a rebosar. Pero su forma de entender la filosofía también comporta riesgos. Como dice Karl Löwith, alumno suyo, se sienten atraídas por Heidegger las «personalidades más psicopáticas»,¹ hasta el punto de que se atribuye a su influencia el suicidio de una de sus estudiantes.

Hannah también queda hechizada por el pensamiento del maestro y a Heidegger, por su parte, no le pasa inad-

1. Karl Löwith, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933*, Stuttgart, 1986, pág. 43.

vertida la joven y atractiva mujer. La invita a una reunión en su despacho, a la que ella acude con gabardina, el sombrero muy calado sobre la cara, y contesta a sus preguntas tan sólo con «sí» o «no». A pesar de ello, es evidente que la joven estudiante le ha impresionado. Poco después le escribe una carta elogiando su inteligencia y exhortándola a seguir su camino con su ayuda. Esta carta del 10 de febrero de 1925 comienza con las palabras «Querida señorita Arendt». Tan sólo cuatro días más tarde le sigue otra carta en la que escribe «Querida Hannah». Y dos semanas después le hace llegar unas líneas de las que se desprende que la relación entre ellos es ahora muy íntima.

El *affaire* entre la joven estudiante y el genio de la filosofía se desarrolla, como era previsible, entre grandes dificultades. Heidegger está casado y es padre de dos hijos. Desde el principio le deja claro a Hannah que no desea poner en peligro su matrimonio o su carrera, y ella acepta estas reglas. Comienza entonces un complejo juego para esconderse de los demás. Para poder estar juntos, convienen una serie de señales como una ventana abierta o una lámpara encendida, y siempre flota sobre la pareja de amantes la amenaza de que su secreto pueda ser descubierto.

Heidegger lleva una doble vida. Su mujer, Elfride, no es para él, seguramente, lo que se llama un gran amor, pero constituye un apoyo —incluso desde el punto de vista social— que protege su ser excéntrico. Hannah es, por el contrario, «la pasión de su vida».¹ Pero en realidad sus verdaderas pasio-

1. Carta a Heinrich Blüchner. 8 de febrero de 1950, pág. 208.

nes son la filosofía y la soledad necesaria para poder desarrollar su trabajo.

Heidegger pasa su tiempo libre en una cabaña de madera en el Todtnauberg,¹ cercano a Friburgo, donde se encuentra en su elemento. La naturaleza salvaje y la sencillez de la cabaña constituyen el espacio adecuado para sus pensamientos. Por ello rechazará más tarde un puesto de profesor en Berlín y por eso desprecia a las personas de ciudad que llegan a la Selva Negra durante las vacaciones para disfrutar de las bellezas de la naturaleza.

La cabaña del Todtnauberg constituye para él un «mundo de trabajo». Quiere vivir allí como un campesino, su trabajo intelectual debe ser duro, sencillo y difícil como el entorno de los campesinos. «Cuando en la noche oscura del invierno las tormentas de nieve azotan la cabaña cubriéndolo todo», escribe, «entonces es el tiempo señero para la filosofía».²

Heidegger comienza a escribir en su cabaña una obra filosófica que le hará famoso: se trata de la monumental *Ser y tiempo*, aparecida en 1927. El libro, de 1.500 páginas, es difícil de comprender, pero expresa en esencia el sentimiento vital que él busca –y encuentra– en su cabaña. Con su soledad y su vida espartana desea desprenderse de todo lo superfluo, distanciarse del discurso erudito, de los «grandes pala-

1. Se trata de un monte cercano a la villa de Todtnau, en la Selva Negra. [*N. de la T.*]

2. Martin Heidegger, «Warum bleiben wir in der Provinz?», en: Martin Heidegger, *Gesamtausgabe*, tomo 13 (*Aus der Erfahrung des Denkens*), Francfort del Meno, 1983, págs. 9-13, aquí pág. 10.

cios del placer», de «periódicos y revistas» y obtener «aquello que es necesario».¹

Y para encontrar «aquello que es necesario», a Heidegger le parece importante, en primer lugar, ser conscientes de cómo estamos en el mundo. Un ser humano no existe como objeto, no sólo está ahí, tiene «existencia». Es decir, se encuentra «arrojado» a una situación que está radicalmente abierta. Su vida no está determinada en modo alguno, es libre, está incluso «maldito de libertad», como más tarde diría Jean-Paul Sartre. Pero en lugar de practicar un juego con miles de posibilidades, se trata de aprehender la propia vida de cada uno. Como siempre dice «el mago de Mekirch», uno debe determinar su propia vida.

Heidegger atribuye una importancia capital a este hecho. Muchos de sus estudiantes en Marburgo esperan asistir al desarrollo de una nueva cosmovisión por la que ellos puedan decidirse, pero él se niega a elaborarla. Esto irrita tanto a un estudiante que dice lleno de perplejidad: «Estoy decidido, pero no sé a qué».² Nada le es más ajeno a Heidegger que ofrecer modelos de conducta vital u orientaciones consoladoras. Para él se trata justamente de lo contrario: de frustrar falsas expectativas y de derribar seguridades cuestionables. En la búsqueda de lo necesario quiere regresar a los hechos elementales que componen la «vida fáctica». Pero, ¿qué hechos son éstos y qué es lo que entienden por «existencia» humana?

1. Löwith, *op. sup. cit.* pág. 29.

2. Löwith, pág. 29.

Esta existencia no es para el filósofo un refugio de seguridad; al contrario, es un «lastre».¹ Al final de ella espera la muerte, no la de los otros, sino la tuya y la mía. Reconocer esta condición consustancial a la existencia y entregarse a ella, en ello radica lo «intrínseco» de la vida. Sin embargo, en este ser intrínseco nos espera el miedo; no el miedo hacia algo conocido, sino el miedo como actitud hacia lo desconocido. Y por ello el impulso primario de toda persona es huir de esta experiencia. Heidegger reconoce muchos tipos de huida: la huida en la «preocupación», en el planear, pensar, anticipar; la huida en la dispersión, la huida en el «se», en un ser público en el que nadie es ya «uno mismo» y en el que la persona se diluye en una ausencia de responsabilidad colectiva. Todas estas maniobras conducen en última instancia a que el ser de uno quede escondido, se encapsule y a que la vida se bloquee. Al contrario, uno existiría de manera «propia» si supiera llevar el peso del mundo, si tuviera el coraje de soportar el miedo al vacío, si se reafirmara frente a esta peligrosa existencia con realidad espiritual.

Heidegger quiere, naturalmente, que su filosofía se entienda como un análisis atemporal. Pero es evidente que sus pensamientos encuentran un eco muy extendido en muchas personas de la época. Tras la era dorada de la seguridad en el reinado del káiser, muchos no pueden tolerar la república. A mediados de los años veinte se produce un renacimiento económico y, con el tratado de Locarno, don-

1. Martin Heidegger, *Sein und Zeit*, Tubinga 1984, pág. 134.
[Versión en castellano: *El ser y el tiempo*. Madrid, 1993. N. de la T.]

de se fijan las fronteras occidentales, Alemania se apunta un éxito en política exterior. Sin embargo, todo ello no acaba con el profundo escepticismo frente a los partidos políticos y a la vida moderna.

El viejo mundo está fuera de quicio, las personas no saben ya dónde se encuentran. Reina una profunda sensación de crisis, una negación del progreso y de la pretendida igualdad impuesta por la «maquinaria de la civilización», como lo expresa Oswald Spengler en su famoso libro *El ocaso de Occidente*. La juventud burguesa lee con avidez obras como *Demian*, de Hermann Hesse, que recomienda un doloroso transitar por la soledad, por el propio yo, para alumbrar una nueva sociedad. Son sobre todo quienes han experimentado la guerra los que desean acabar con el desierto estéril de opiniones y modas y así enfrentarse de nuevo a las irreductibles fuerzas de la vida. En un mundo con el rumbo perdido a fuerza de divertirse y de abandonarse a los placeres, muchos seres humanos se sienten en una «guerra sin frente». En su libro de este título, Karl Jaspers escribe: «En el orden moderno de la existencia estamos [...] enredados en la confusión de los frentes de lucha [...]; lo que parecía un frente único se vuelve contra sí mismo. Y todo ello rodeado de cambio y de turbulenta confusión».¹

A Heidegger le gusta compararse con un soldado luchando en el frente de la existencia. La lucha —y eso lo subraya— sólo puede conducirla el individuo, sin ayuda. Este con-

1. Cfr. Peter Sloterdijk, *Kritik der zynischen Vernunft*, segundo tomo, Francfort del Meno, 1983, pág. 753.

vencimiento le convierte en alguien aparentemente inaccesible a los demás, empeñado en defenderse de vínculos personales. Por eso es tan sorprendente la pasión con la que se enamora de Hannah, y no sólo con pasión sensual; él dice una y otra vez en sus cartas que no existe otra persona que pueda entender sus pensamientos como ella. Hannah es su musa buena, le inspira en sus pensamientos y el filósofo confesará más tarde que no hubiera podido escribir *Ser y tiempo* sin ella.

Arendt depende de él hasta el punto de la servidumbre. Con callada sumisión se adapta a él para que «mi amor por ti no te haga las cosas más difíciles de lo que ya son».¹ También en el amor él es el maestro y ella la alumna.

Las vacaciones semestrales del verano de 1925 las pasa Heidegger en su cabaña del Todtnauberg. Hannah viaja a Königsberg para estar con su familia y escribe allí *Las sombras*, un complejo texto dedicado a Heidegger con el que pretende explicarse a sí misma y explicarle a su amado por qué no puede olvidarse de él y por qué no se siente feliz. Once años más tarde, de una forma más sencilla y menos filosófica, explica su motivación de entonces: «[...] siempre he sabido, incluso desde que era una chiquilla, que sólo el amor puede dar sentido a mi existencia. Por mi miedo a no conseguirlo renuncié incluso a mi independencia».²

Hannah se aferra al profesor y amante más maduro y experimentado que ella porque pretende comprenderle. Pero

1. Elzbieta Ertinger, *Hannah Arendt-Martin Heidegger. Eine Geschichte*. Múnich 1962, pág. 25.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 18 de septiembre de 1937, pág. 83.

más que comprenderle, depende de él. Heidegger le cita en una carta las palabras de Agustín: «*Volo ut sis*» («Quiero que tú seas»). Sin embargo, ella no puede desarrollarse en el seno de esta relación; los papeles de uno y otro están demasiado determinados. Heidegger la aprecia como amante leal y sabe que conoce y admira su obra, pero ella no puede mostrarle otras facetas de su propia personalidad.

Hannah intuye, más que sabe, que al amor entre ambos le falta algo fundamental, «un espacio intermedio», como dirá más tarde. Este espacio sólo puede existir cuando alguien ha aprendido que necesita la ayuda de los demás para saber quién es y qué es lo que le une a otros seres humanos. Sólo entonces se produce un diálogo libre de expectativas y falsas convicciones en el que cada uno se muestra como es, sin miedos y sin prejuicios. Sin este espacio intermedio el amor «carece de horizonte», es sólo pasión y se quema entre los amantes como paja.

Hannah tardará todavía años en establecer un paralelismo entre el amor de Heidegger por ella y su filosofía. Su rechazo del «uno», su concepción de que la persona sólo se puede encontrar a sí misma alejada de los demás producen un tipo de hombre-dios, un dios heroico pero solo. En un ensayo sobre la filosofía de la existencia, Arendt escribe sobre su antiguo profesor: «Por tanto, lo que Heidegger considera un “fracaso” son todos los modos del ser humano derivados del hecho de que el hombre no es Dios y de que vive con sus semejantes en un mismo mundo».¹

1. Hannah Arendt, «Was ist Existenz-Philosophie?», en; *Sechs Essays*, Heidelberg 1948, págs. 48-80, aquí pág. 71.

Lo que para Heidegger es un «fracaso», el fracaso de la propia vida, lo entiende Hannah como la verdadera felicidad de la persona: no ser un Dios aislado, sino vivir con los semejantes en un mismo mundo que sólo se puede conformar con ayuda de los demás. Ella se sentirá vinculada a Heidegger durante toda su vida, le será «fiel», como dice, y también tratará de encontrar una fórmula filosófica para responderle.

En el verano de 1925 Hannah Arendt regresa a Friburgo durante un semestre para estudiar junto a Edmund Husserl. Ya no volverá a Marburgo. Quiere trasladarse a Heidelberg porque Heidegger le ha recomendado que escriba la tesis doctoral con Karl Jaspers. Veinticuatro años más tarde, Hannah le confesará a su maestro que abandonó Marburgo sólo por causa de él.¹

1. Ettinger, pág. 25.

V. Entregarse y recobrar el juicio

«El camino que me mostraste exige toda una vida»

Una canción de éxito de los años veinte elogia la belleza de la ciudad de Heidelberg, en la que uno puede perder su corazón. «Perdí mi corazón en Heidelberg una cálida noche de verano. / Me enamoré como un loco cuando su boca de rosa dibujó una sonrisa / y al despedirnos con un último beso ante las murallas, me di cuenta / de que había dejado mi corazón en Heidelberg, a orillas del Neckar».

Esta canción no le puede resultar más ajena a Hannah. Su corazón se ha quedado en Marburgo. Está decidida a no amar a nadie que no sea Martin Heidegger, pero al mismo tiempo no ha querido darle noticias de su paradero. A Heidegger la distancia física no le parece motivo para interrumpir su relación e intenta ponerse en contacto con ella a través de Hans Jonas, residente también en Heidelberg. Jonas le proporciona la dirección, Heidegger le escribe y Hannah le contesta. A finales de marzo de 1926 el filósofo propone un encuentro: de viaje a Suiza hará un alto en un pueblecito para que ella le espere en la estación. Cuando esté dispuesta deberá enviarle una inocente tarjeta postal. Ella acepta y se encuentran no una, sino varias veces.

Hannah es consciente de que no será libre mientras no escape a la influencia de Heidegger. Pero sus buenos propósitos desaparecen al recibir noticias de Marburgo. Una

vez renuncia incluso de un día para otro a un viaje largamente planeado porque le llega una carta proponiéndole una cita.

Hannah no es una solitaria, le gusta la compañía de las personas y establece relaciones con facilidad. Pero no le es posible confiarse por completo a nadie. Sólo al cabo de los años tendrá una amiga por quien se sienta totalmente comprendida. Por desgracia, esta amiga lleva ya cien años muerta. Se trata de la judía alemana Rahel Varnhagen, que vivió entre los siglos XVIII y XIX. Hannah leerá las cartas de esta mujer y escribirá un libro sobre ella. El destino de Rahel le proporcionará un modelo para entender y explicar su propia evolución y su amor por Heidegger. Describirá a Varnhagen como una mujer poco atractiva pero inteligente en busca de su lugar en el mundo, un lugar que se le niega por su condición de judía. Su matrimonio con el conde Finkenstein es un intento por conseguirlo, a través de él desea obtener el regalo de la «visibilidad», de «ser reconocida».¹ Pero el conde cede a las expectativas de su clase y de su familia y rompe el compromiso. El mundo se le cae encima a Rahel, quien jura no volver a enamorarse. Nunca más se sincerará con nadie, jamás volverá a dejar que la hieran, sólo le queda esperar, entregarse por completo a su dolor. Hannah teme que le pase lo mismo. Al entregarse a la pena con pasión, Rahel cercena cualquier esperanza futura, ya no vuelve a aventurarse en el mundo. «La extrema

1. Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen, Lebensgeschichte einer deutschen Jüdin aus der Romantik*, Francfort, Berlín, Viena, 1975, pág. 53.

desesperanza tiene tal certeza de sí misma», escribe Hannah Arendt, «que ninguna experiencia la hace tambalearse».¹

Al comienzo de su etapa en Heidelberg, Hannah se siente todavía muy vacilante, se obstina en quitarse de encima la sombra del maestro y el miedo le impide dejar que alguien se le aproxime demasiado. Le sucede algo parecido a Rahel Varnhagen; en sociedad puede hablar de cualquier cosa con cualquier persona, pero: «[...] uno se aleja sin saber nada de ella».²

Hannah consigue muchas amistades en Heidelberg y también entabla relaciones estrechas. Con un joven estudiante llamado Erwin Lowenson tiene una fugaz historia de amor y en una reunión conoce a Benno von Wiese, que también estudia con Jaspers y que más tarde se labrará fama como estudioso de la literatura. Hannah y Benno se hacen amigos, pronto se habla incluso de boda. Von Wiese, tres años mayor que ella, está fascinado por su personalidad, sobre todo por la «sugereente fuerza» de sus ojos. En sus memorias recuerda: «Uno se sumergía en ellos y temía no volver a salir a la superficie».³ También le atraía que «no quiera convertirse en sufragista». Según Von Wiese, Hannah podía ser muy sensible, a veces incluso «tan sentimental como una escolar». Pero le molestaba su «certero juicio» y su necesidad de autoafirmarse. Benno von Wiese desconocía totalmente la relación de ella con Heidegger, de lo contrario

1. *Ibid.*, pág. 58.

2. *Ibid.*, pág. 26.

3. Benno von Wiese, *Ich erzähle mein Leben*, Francfort del Meno, 1982, pág. 88.

hubiera sido más cauto en sus juicios: «Le resultaba imposible la entrega completa al Tú masculino porque siempre tenía que dominarlo». En presencia de Hannah, Von Wiese sufría a menudo de un sentimiento de «inferioridad». Éste fue uno de los motivos por los que la relación entre ambos no fructificó.

Pero Hannah ve las cosas de un modo distinto. En su unión con Benno von Wiese desea huir de una «entrega total al Tú masculino»; es decir, desea escapar de la entrega a Heidegger. En su opinión, no se trata de rendirse al otro por completo, sino de amar y de preservar el yo. En una carta al que luego sería su marido, Heinrich Blüchner, escribe: «Observando el amor de otros que me creían fría yo siempre pensaba: ¿sabéis acaso lo peligroso que es eso, lo peligroso que sería para mí?».¹

Heidelberg es radicalmente distinta a Marburgo en muchos sentidos. La romántica ciudad a orillas del Neckar es más abierta y más liberal. La antigua universidad experimenta un nuevo renacer: aquí enseñan algunos de los intelectuales alemanes más renombrados, como el sociólogo Alfred Weber, el arqueólogo Ludwig Curtius, el germanista Friedrich Gundolf y también Karl Jaspers. Aunque son frecuentes los desacuerdos profesionales, todos suelen reunirse en casa de Marianne Weber, esposa de Max Weber, el famoso sociólogo y politólogo, fallecido en el año 1920.

En Heidelberg la mayoría de los estudiantes son totalmente apolíticos, especialmente los dedicados a la filoso-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 18 de septiembre de 1937, pág. 83.

fía. Los foros políticos apenas existen y, por tanto, la aparición de nuevas tendencias pasa inadvertida. En 1926 se presenta en la ciudad un ex alumno de la universidad, ahora político; se trata del doctor en filosofía Joseph Goebbels, que pronuncia una conferencia ante doscientas personas. Asimismo, en agosto de 1927 el periódico *Heidelberger Neuesten Nachrichten* informa sobre la primera aparición en la ciudad de Adolf Hitler y acerca de su conferencia *¿Qué es el nacionalsocialismo?*, a la que asisten tres mil quinientas personas procedentes de la ciudad y de sus alrededores. No obstante, desde un punto de vista político los nacionalsocialistas no tienen todavía un papel relevante; de hecho, en los habituales desfiles de las SA apenas si se cuentan veinticinco camisas pardas.

A Hannah tampoco le interesa la política, tan sólo desea concluir sus estudios. Para ello Heidegger la ha «enviado», por decirlo así, a Jaspers. Ambos son todavía amigos, se sienten unidos en su «comunidad de lucha» filosófica. Pero Hannah será pronto consciente de las grandes diferencias que existen entre los dos hombres. Mientras que para ella Heidegger es un genio admirado, Jaspers constituye una figura paternal inspiradora de respeto. Si a alguien le debe el haber madurado, «hacerla entrar en razón», ése es Jaspers, como ella reconocerá decenios más tarde.¹

Jaspers es un profesor de filosofía totalmente atípico. Nacido en las islas frisias,² estudió en realidad medicina,

1. Entrevista con Gaus, pág. 69 y ss.

2. Islas del Mar del Norte repartidas entre los Países Bajos, Alemania y Dinamarca. [*N. de la T.*]

psiquiatría y psicología. En 1921, a la tardía edad de treinta y ocho años, consigue por fin una cátedra de filosofía. Su carrera es especialmente admirable porque ha estado muy enfermo desde la juventud. A los dieciocho años le descubren una enfermedad congénita de pulmón y corazón y le dan tan sólo diez años de vida. A pesar de haber atravesado esta barrera, su enfermedad pende siempre sobre él como una espada de Damocles y sólo puede enfrentarse a las tareas cotidianas con una gran disciplina, dosificando sus fuerzas.

En Heidelberg Jaspers no lo tiene fácil. Muchos colegas le niegan el reconocimiento por haber llegado tan tarde a la filosofía. Pero los estudiantes acuden masivamente a sus clases desde todas las facultades. Según recuerda Benno von Wiese, este profesor no presentaba una doctrina conclusa, parecía que sus pensamientos afluyeran a él en el momento de disertar. No deseaba transmitir un conocimiento escolástico; al contrario, pretendía llevar a sus alumnos a pensar por sí mismos y con frecuencia no trataba sobre Kant, Hegel o Nietzsche, sino por ejemplo del filósofo anarquista muniqués Karl Valentin.¹

Con Jaspers, Hannah aprende algo hasta entonces desconocido para ella y que se puede llamar una razón o sinceridad sin reservas. En su relación con las personas había mantenido siempre una cierta distancia, un espacio interior inaccesible a los demás que la separaba de ellos. Por el

1. Gerhard F. Hering, «Im Umgang mit Karl Jaspers», en: Klaus Piper / Hans Saner, *Erinnerungen an Karl Jaspers*, Múnich, 1974, págs. 77-85, aquí pág. 80 y ss.

contrario, Jaspers pretende expresar sus pensamientos con toda claridad y sin prejuicios, y espera otro tanto de sus interlocutores. Naturalmente, esta actitud es sólo posible cuando uno tiene el coraje de abrirse al otro y existe la confianza de que este otro no abusará de esta sinceridad, sino que responderá con ella. Sólo entonces se produce la «comunicación», el «espacio donde todos podemos encontrarnos».¹

Para Hannah esta postura constituye una revelación. Hasta entonces había supuesto que sólo se podría encontrar a sí misma desde su propio y encapsulado interior. Ahora se le hace patente que para saber algo de sí misma debe salir al exterior, tiene que expresarse, y ello significa también exponerse. En su libro *Vita activa* lo formula de la siguiente manera: «Este riesgo de presentarse como alguien-con-los-otros sólo puede asumirlo quien esté preparado [...] para moverse con los demás en esta esfera, quien pueda explicar quién es y quien pueda renunciar [...] a la inherente sensación de ser ajeno».²

Naturalmente, Hannah no puede cambiar de la noche a la mañana, no puede sacudirse sin más sus miedos infantiles ni tampoco poner fin a su amor por Heidegger. Pero con la influencia de Jaspers sale poco a poco de su reserva.

Hasta el momento no había estado interesada por la política, pero ahora comienza a contemplarse desde el exterior, lo cual significa también tomar en cuenta su condición de judía. A este hecho contribuye también otro men-

1. Karl Jaspers, *Werk und Wirkung*, Múnich, 1963, pág. 119.

2. Hannah Arendt, *Vita activa oder Vom tätigen Leben*, Múnich, Zúrich, 1996, pág. 220.

tor, Kurt Blumenfeld, uno de los dirigentes del movimiento sionista en Alemania.

Hannah conoce a Blumenfeld con ocasión de una conferencia que éste pronuncia en Heidelberg, a la que acude invitado por Hans Jonas. El carácter retraído de Jonas pone en peligro la organización del acto y Hannah debe encargarse de llevarlo a buen término. Se caen bien a primera vista y por la noche, tras la conferencia, pasean cogidos del brazo, con Jonas trotando detrás de ellos. Blumenfeld queda encantado por la «atractiva personalidad» de la muchacha¹ y por su parte ella le considera un hombre *sui generis*, como llama a todos los hombres que aman a las mujeres seguras de sí mismas y sin prejuicios. Cantan, ríen y se dicen versos en griego. Blumenfeld viaja incluso a Königsberg, donde sostiene acaloradas discusiones con el abuelo de Hannah, Max Arendt. Hannah llama «tío» a Blumenfeld, de cuarenta y dos años, y se burla de sus opiniones, que son «como de ayer». No comparte todos sus puntos de vista, pero él le abre los ojos a la dimensión de la llamada «cuestión judía».

Esta «cuestión judía» tiene una estrecha relación con la polémica del regreso a sus orígenes, a Palestina, de los hebreos dispersos por todas las naciones. La nostalgia por retornar a la tierra de los antepasados vive en el corazón de todos los judíos desde que Jerusalén fuera conquistada y quemada por los romanos en el año setenta después de Cristo.

1. Carta de Blumenfeld a Hannah Arendt, 4 de enero de 1946, en: *Hannah Arendt / Kurt Blumenfeld*, correspondencia editada por Ingeborg Nordmann e Iris Pilling, Hamburgo 1995, pág. 33.

El movimiento político del sionismo se origina en los últimos decenios del siglo XIX, cuando tienen lugar los progresos, especialmente en la Rusia zarista. En el primer congreso sionista, celebrado en 1897 en Basilea, Theodor Herzl anuncia como meta fundamental del movimiento sionista la creación de un estado judío. Pero ésta era una exigencia cuya realización práctica resultaba todavía incierta.

Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Palestina había formado parte del Imperio otomano. En 1922 pasó a pertenecer como protectorado a Gran Bretaña, que había vencido a los turcos con ayuda de aliados árabes. Por una parte, los británicos apoyaban el movimiento sionista; por otra, intentaban cumplir la promesa efectuada a los árabes de mantener la independencia del territorio. Gran Bretaña se había comprometido ya en la famosa Declaración de Balfour (1917) a defender la creación de un «hogar nacional judío». No obstante, a esta promesa se le añadía la declaración expresa de «no perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías». Quedaban pendientes las cuestiones de si por «hogar» se entendía también un estado propio y de cómo se iban a proteger los derechos de la población árabe. En los decenios siguientes esta contradicción acabaría por convertirse en una fuente de violencia.

Kurt Blumenfeld representa al «sionismo postasimilatorio»; es decir, pretende ser un referente para todo judío cuya identidad esté disociada por haber crecido en un entorno no judío y por sentirse, sin embargo, vinculado a su cultura de origen. Para Blumenfeld el sionismo es una forma de retomar la conciencia de ser judío y de poder enfrentarse con orgullo al propio destino.

Desde el punto de vista de Hannah, éste no es el camino; considera que el nacionalismo judío, como cualquier otro, lleva en sí el germen de nuevas desgracias. Pero el programa de Blumenfeld recoge cuestiones que le interesan. Porque, ¿cómo debe sentirse? ¿Es alemana, como pretende convencerla Jaspers? Ella se siente deudora de la cultura y del idioma alemanes, pero no de la nación alemana. Y ¿en qué sentido es judía? Sin lugar a dudas, Arendt procede de una familia judía, pero ha crecido entre libros de Goethe, Kant y Marcel Proust y no tiene ningún vínculo con el legado cultural judío. ¿Debería sentirse parte de una cultura que le es ajena o debería, como muchos judíos, renegar de su ser judío e insistir en que es alemana?

Aunque estas cuestiones comienzan a preocuparla, desea en primer lugar acabar sus estudios y doctorarse con Jaspers. Se pone de acuerdo con él en el tema *El concepto de amor en Agustín*. No será la primera vez que elija una cuestión pretendiendo aunar ciencia e inclinaciones personales. Con Jaspers ha aprendido que la historia puede comprenderse «a través de lo que uno ya sabe por experiencia»,¹ y aunque cree saber ya algo sobre el amor, desea todavía ahondar en su experiencia. No por casualidad investiga un fenómeno ajeno a la filosofía de Heidegger. A través de este trabajo, de una gran profundidad abstracta, podríamos tener la impresión de que busca lo que le falta con Heidegger; así por ejemplo, interpretando muy libremente a Agustín, diferencia entre un «amor anhelante» y un «amor nostálgico».

1. Carta a Karl Jaspers, 15 de julio de 1926, en: *Hannah Arendt / Karl Jaspers, Briefwechsel 1926-1969*, Múnich 1993, pág. 39.

En 1963, Hannah revisa de nuevo su tesis doctoral y anota lo siguiente: «El temor a la muerte y lo inadecuado de la vida son las fuentes del deseo, mientras que, por el contrario, la gratitud por el hecho de que la vida nos haya sido concedida –una vida apreciada incluso en la desgracia– [...] es la fuente de la memoria. En última instancia, no son la esperanza o el deseo los que alivian el miedo a la muerte, sino la memoria y la gratitud».¹

Pero sus pensamientos no son aún tan depurados en la tesis doctoral, que pone a Jaspers en un compromiso porque es difícilmente clasificable. En su evaluación Jaspers escribe: «La investigación pretende descubrir los orígenes existenciales del pensamiento», y le concede la tercera mejor nota.²

A finales de 1928, con tan sólo veintidós años, Hannah se convierte en doctora en filosofía. Cuando se plantea la cuestión del camino que quiere seguir se encuentra algo perdida. Le ofrecen hacer carrera en la universidad, pero esta perspectiva no le resulta atractiva, no es persona de planes a largo plazo; en general se deja llevar por las ideas que la ocupan y que constituyen la base de su estudio. Una de estas ideas es, ahora, el libro sobre Rahel Varnhagen. Quiere trasladarse a Berlín para escribirlo, pero carece de medios económicos y no puede esperar el apoyo de su familia. Por tanto, tiene intención de solicitar una beca y le pide a Jaspers una carta de recomendación. Jaspers hace incluso

1. Young-Bruehl, pág. 655.

2. Esta evaluación la encontramos en: *Hannah Arendt / Karl Jaspers, Briefwechsel 1926-1969*, Múnich, Zúrich 1993, pág. 723 y ss.

más; acude a Heidegger para que abogue por ella, sin saber nada sobre la relación entre ambos ni acerca de la intención de Heidegger de poner fin a esta relación de modo más o menos diplomático.

Entretanto, Heidegger ha obtenido fama como filósofo. Tras la aparición de *Ser y tiempo* es llamado a la Universidad de Friburgo para suceder a Edmund Husserl. Evidentemente, considera necesario romper el contacto con su antigua alumna y amante, o al menos eso parecen implicar sus cartas. «Creo haber entendido por qué no vienes», escribe ella una vez expresando la profunda desesperación que la asola. En una carta dramática da rienda suelta a sus sentimientos: «Perdería todo el derecho a vivir si perdiera mi amor por ti». Sin embargo, en la misma misiva dice también: «El camino que me mostraste es más largo y más difícil de lo que imaginaba. Exige toda una vida [...]».¹

Heidegger le escribe a Hannah un informe muy elogioso y ella consigue una beca de la Asociación de Ayuda para la Ciencia Alemana.

Esta beca le resulta imprescindible para sobrevivir porque llegan a su fin los pocos años de relativa estabilidad y de seguridad económica conocidos con el nombre de «los dorados veinte». La crisis económica mundial sume al país en una gran pobreza y acarrea una extraordinaria tasa de desempleo. Por todas partes aparecen carteles con una multitud de gentes empobrecidas bajo las que se leen las palabras: «Hitler, nuestra última esperanza».

1. Ettinger, pág. 35.

VI. Despedida de Alemania

«Ya no quiero tener nada que ver con esta sociedad»

A mediados de junio de 1929, Karl Jaspers recibe una carta de Hannah Arendt desde Neubabelsberg (Postdam) anunciándole que lleva casada dos semanas. Jaspers ya conocía la noticia por Benno von Wiese, quien reside también en Berlín desde el invierno y mantiene contacto con Hannah.

El marido de Hannah es Günther Stern. Ambos se conocen desde la época de Marburgo. Después de no haber sabido nada el uno del otro durante mucho tiempo, sus caminos vuelven a cruzarse en un baile de Nochevieja. Stern se ocupa entonces de Hannah mientras ésta se encuentra en cama con un resfriado, y no mucho después ella se muda a su casa.

Como Hannah, Günther Stern procede de una familia judía completamente asimilada. Sus padres son muy conocidos gracias a sus investigaciones sobre psicología infantil, y Martha Arendt, que visita a su hija en Berlín a menudo, se siente orgullosa de su yerno.

Pero a Günther Stern poco le vale la fama de sus padres; sus perspectivas, como las de la mayoría de los universitarios de la época, no son precisamente buenas. «Pero cómo, ¿es usted universitario?», dice una broma muy popular entre los berlineses, «y, ¿de qué vive?».

Stern alberga la esperanza de lograr un empleo en alguna universidad. En Berlín no es posible, pero en Francfort le ofrecen un puesto, y tras un periodo de prueba le exigen que escriba su *Habilitation*.¹ Para lograr este propósito se traslada con su esposa primero a Heidelberg y más tarde a Francfort. Ante su sorpresa, el puesto prometido le es denegado, según parece, a instancias de Theodor Adorno, perteneciente a la llamada Escuela de Francfort. Hannah no se lo perdonará nunca a Adorno.

Tras el fracaso de sus planes, Stern se muda con Hannah (que ahora lleva también el apellido de su marido) a Berlín. En el distrito de Halensee encuentran, lleno por completo de esculturas modernas, un «estudio grande» que sólo pueden utilizar para dormir, ya que durante el día la vivienda se convierte en academia de baile.

Stern tiene que ganarse la vida de alguna manera y comienza a escribir por mediación de Bertolt Brecht para la revista cultural de la bolsa berlinesa. En su actividad periódica trata todos los temas posibles, desde crítica teatral hasta «noticias varias», y como la mitad de todos los artículos de la revista están firmados con su nombre, el director de la revista, Ihering, le propone cambiarlo por «otro».²

La vida en Berlín a finales de los años veinte y principios de los treinta parece un baile sobre un volcán. La ani-

1 Se trata de un trabajo de investigación similar a una tesis doctoral que faculta a la persona que lo realiza para lograr un puesto de profesor en una universidad alemana. [N. de la T.]

2 Le propone cambiarlo por «Anders», que en alemán significa «otro». [N. de la T.]

mada capital alemana mantiene su aire de metrópoli. En la multitud de teatros, salas de conciertos, cabarets, bares y cafés se vive con intensidad la vida cultural y nocturna. Las gentes asisten en masa a los espectáculos de variedades en la Scala o el Wintergarten, y en las fábricas de sueños de la UFA y de la Universum-Film A.G. los directores Fritz Lang y Ernst Lubitsch, entre otros, logran que las películas mudas alemanas sean conocidas en el mundo entero y producen los primeros filmes sonoros. Por su parte, estrellas como Emil Jannings, Marlene Dietrich, Greta Garbo y Hans Albers entusiasman al público. En el Theater am Schiffbauerdamm, el joven Bertolt Brecht se convierte en una sensación con su obra *La ópera de tres peniques*, y el médico y escritor Alfred Döblin publica su conocida novela *Berlín Alexanderplatz*.

Pero el brillo y la gloria de esta capital mundial se ven cada vez más ensombrecidos por los problemas sociales. En 1932 el desempleo alcanza su punto culminante con siete millones de parados. Sólo en Berlín, 652.000 personas se ven obligadas a vivir de un subsidio semanal que para una familia de tres miembros, por ejemplo, supone tan sólo algo más de dieciséis marcos. Por término medio se registran diariamente siete suicidios.

La creciente penuria económica favorece el auge de los partidos radicales. En las elecciones del 6 de noviembre de 1932, el Partido Comunista alcanza el 36% de los votos en la capital y los nacionalsocialistas, el 26%. El presidente del Reich, Von Hindenburg, y su canciller Franz von Papen buscan la manera de integrar en su gobierno a Hitler, a quien consideran un trepador útil. Ni siquiera en 1933,

cuando Hitler es nombrado canciller, caen en la cuenta de lo equivocado de este juicio.

El matrimonio Stern se cuenta entre quienes deben mirar cada céntimo. Sin embargo, han encontrado una vivienda que, como Hannah escribe orgullosa a Jaspers, no es «diminuta»¹ y que se encuentra situada en la Opitzstraße, contigua a la colonia de artistas de Breitenplatz. Los doscientos marcos de la beca apenas alcanzan para pagar el alquiler. Hannah escribe en periódicos con objeto de ganar algún dinero extra mientras trabaja en su libro sobre Rahel Varnhagen.

Lo que le fascina de esta mujer no son sus virtudes o su falta de defectos; al contrario, en su deseo de ser aceptada por la sociedad Rahel se ha equivocado a menudo metiéndose en callejones sin salida. No, lo que impresiona a Hannah es que «intenta experimentarlo todo de una manera muy genuina y con una falta absoluta de prejuicios». Rahel desea empaparse de la vida como de «lluvia sin paraguas»,² y al ser tan cruelmente sincera consigo misma no tarda en desilusionarse. «Aprende», dice Hannah, «que la profundidad inherente a su deseo de “llevar su mundo consigo” tiene que sucumbir porque [...] si quiere vivir debe aprender a hacerse valer, salir a la luz, [...] debe renunciar a su originalidad y convertirse en una persona entre personas».³

1. Carta a Jaspers, 1 de enero de 1933, pág. 53.

2. Carta a Jaspers, 7 de septiembre de 1952. El diario de Rahel, no editado, dice en su entrada de 11 de marzo de 1810: «¿Qué hace usted? Nada, dejo que la vida me llueva encima».

3. Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen*, pág. 116 y ss.

Rahel atribuye su terrible orgullo a su peculiaridad y comprende que su destino como judía no es un problema en la esfera de lo privado, no puede «zafarse» del hecho de ser judía. Para ella sólo hay dos posibilidades de enfrentarse a este hecho. Al describir estas posibilidades, Hannah toma del sociólogo Paul Lazare los conceptos de «paria» y *parvenue*. Un *parvenue* quiere no ser sólo judío, sino también ciudadano; desea lograr con su propio esfuerzo un puesto en una sociedad a la que en realidad no pertenece. Por el contrario, un paria es alguien que hace de su necesidad virtud; como judío sigue siendo un extraño en la sociedad y —como dice Rahel— conserva un profundo amor por las «realidades verdaderas: el amor, los árboles, los niños, la música».¹

La vida de Hannah en Berlín se parece a la de un paria, o al menos su apariencia externa lo es: nunca se la ve sin un cigarrillo y comienza a leer a Marx y a Lenin. También retoma su amistad con Kurt Blumenfeld, se citan a menudo en la taberna berlinesa Mampe² y discuten sobre sionismo, frente al cual Hannah sigue siendo muy crítica. Un día Blumenfeld llega de visita a la Opitzstraße llevando puros habanos para su amiga. A Günther Stern le disgusta el regalo; no le parecen apropiados para una mujer y, además, apesantan el aire. Pero Hannah los fuma incluso delante de terceros. No es la primera vez que los recién casados tienen puntos de vista enfrentados. Ella se distancia cada vez más

1. Ibid, pág. 200; véase también la carta a Jaspers de 7 de septiembre de 1952, pág. 236.

de su marido, su relación se enrarece y acaba por negarle el «débito conyugal». En una carta posterior habla incluso del «infierno de nuestro hogar».¹

En febrero de 1933 Stern abandona Berlín para trasladarse a París. Se ha enterado de que los nazis han encontrado su nombre en la agenda de Bertolt Brecht. El mismo Brecht tiene las maletas preparadas para marcharse al exilio. Hannah se queda para ocuparse de su madre, residente ahora también en Berlín.

Pocos días después de la huida de Günther, el 27 de febrero, arde el Reichstag. Hitler aprovecha la circunstancia para dejar sin efecto derechos fundamentales sancionando leyes de emergencia. Las detenciones arbitrarias están ahora a la orden del día y se incrementa la persecución contra los adversarios políticos.

Es en este momento cuando muchos judíos de toda Alemania comienzan a ser conscientes del antisemitismo de los nacionalsocialistas. Este hecho constituye, en opinión de Hannah, el grotesco reconocimiento de una tendencia anunciada ya desde hacía años. «Los nazis eran nuestros enemigos», dice posteriormente, «pero, Dios mío, no necesitábamos la llegada de Hitler al poder para saberlo».² Ella juzga la situación de manera mucho más realista que, por ejemplo, su amiga Anne Mendelssohn, quien todavía se niega a creer que los judíos se encuentren en peligro. A juicio de Hannah, los objetivos de los nazis están muy

1. Carta a Heinrich Blüchner, 24 de agosto de 1936, pág. 59.

2. Entrevista con Gaus, pág. 56.

claros, y su postura al respecto también es clara: «Si nos atacan como judíos, debemos defendernos como tales».¹ Esto va dirigido a todo judío para que entienda el antisemitismo de los nacionalsocialistas como una tragedia personal al tiempo que constituye una llamada al activismo político.

Hannah desea defenderse y aprovecha la primera oportunidad a su alcance. A Blumenfeld se le ocurre la idea de recoger en una colección todo tipo de expresiones antisemitas para hacer conocer a otros países la situación en Alemania. Pregunta a su amiga si quiere hacerse cargo de este proyecto y ella le contesta: «naturalmente». En primer lugar le satisface saber que «se puede hacer algo».² Su actividad de las semanas posteriores —desarrollada sobre todo en bibliotecas— es muy arriesgada, se considera «propaganda criminal», y por mucho menos otras personas han sido ya detenidas y enviadas a lugares desconocidos.

Hannah había logrado reunir una «bonita colección» de textos cuando ella y su madre son arrestadas y conducidas a la comisaría de policía más próxima. En los interrogatorios, Martha dice no saber nada y Hannah tiene la inmensa suerte de encontrarse con un comisario «estupendo» que le regala cigarrillos y le dice cómo esconderlos en la celda. Hannah incluso renuncia a un abogado porque él tiene una «cara abierta y honesta». Pero aun cuando le es simpático, tiene que mentirle. Y él la cree. Después de ocho días la deja en libertad. Madre e hija celebran esta suerte

1 *Ibid.*, pág. 57.

2. *Ibid.*, pág. 49

junto a Kurt Blumenfeld, Anne Mendelssohn y otros amigos con una «orgía de alcohol».

Después de este incidente Berlín se ha convertido en una ciudad demasiado peligrosa para Hannah y su madre, que deciden huir. A Hannah le preocupa tanto el terror desatado por los nazis como la actitud de muchos amigos y conocidos. Es precisamente en los círculos de intelectuales donde el nuevo movimiento encuentra una gran aceptación, y no por temor a la persecución, sino por puro convencimiento. «Lo terrible era», recuerda Hannah más tarde, «que de verdad creían en ello» [...] Con Hitler encontraron un mundo nuevo, fantástico, interesante, complicado, muy superior al nivel habitual. Eso me parecía grotesco. Y cayeron en su propia trampa».¹

A los alemanes Hitler les parece realmente fuera de lo común. Por ejemplo, Eugen Rosenstock-Huessey dice en una conferencia que la revolución nacionalsocialista constituye un intento por parte de los alemanes de hacer realidad el sueño de Hölderlin; y Felix Jacobi, también judío, compara en una de sus clases a Hitler con el romano César Augusto. Cuando Hannah oye estas cosas seguramente piensa en Martin Heidegger, que celebra la tragedia de 1933 como revolución metafísica. En una mezcla peculiar de filosofía y política anuncia que esta revolución tendrá como resultado la «completa transformación de nuestro ser alemán».²

1. Entrevista con Gaus, pág. 49.

2. *Ibid.*, pág. 57

Hannah no puede soportar estas manifestaciones tan patéticas, le asquean y le producen alergia frente al mundo de los intelectuales al que había pertenecido hasta entonces. Al despedirse de Alemania dice: «Nunca me volveré a mezclar en este tipo de aventuras intelectuales. Ya no quiero tener nada que ver con esta sociedad».¹

Martha y su hija abandonan Alemania ilegalmente en agosto de 1933 por la llamada «frontera verde», a través de un camino oculto en los espesos bosques de los Montes Metálicos.² Con ayuda de una organización checa de refugiados llegan a París tras atravesar Praga, Génova y Ginebra.

1. Entrevista con Gaus, pág. 56.

2. Entre la ex Alemania Oriental y la actual República Checa.

[*N. de la T.*]

VII. Monsieur

«Ahora sé, por fin, lo que significa ser feliz»

Hasta el final de 1933 abandonan Alemania más de medio millón de personas. Las leyes alemanas, que pretenden «limpiar el campo», las despojan de su nacionalidad. En las primeras listas de expatriación aparecen los nombres de Thomas Mann y Kurt Tucholsky.

Aproximadamente 25.000 personas huyen a Francia. Muchos franceses ven con recelo la llegada de los refugiados, especialmente los grupos radicales de derechas como la Action Française, que avivan los prejuicios contra los asilados. *Ils mangent notre pain* [«se comen nuestro pan»], dicen, y aumenta el miedo a que los extranjeros despojen a los franceses de los escasos puestos de trabajo y empujen a Francia a una guerra contra Alemania. Pero a los emigrados les es prácticamente imposible encontrar empleo; para ello precisan un permiso de residencia y, paradójicamente, para conseguir esta *carte d'identité* deben probar que tienen un puesto de trabajo. La vida de los refugiados en París queda reflejada en una novela de Hans Sahl, quien dice: «Esperábamos siempre, nos moríamos de hambre [...] Unos escribían, otros habían empleado sus últimos fondos en una lavandería o en una tienda de fotografía, o hacían pasteles o salchichas para luego venderlos de casa en casa. ¿Ven a ese hombre menudo y atemorizado? Una vez fue un cono-

cido ginecólogo berlinés. Ahora deambula por París llevando flores artificiales».¹

Hannah se reencuentra en París con muchos viejos amigos como Anne Mendelssohn y Hans Jonas. Aunque ha vuelto con Günther Stern, con quien sigue casada, ya no tienen mucho que decirse, y cuando él parte para América en 1936, el matrimonio sólo existe formalmente.

Hannah es una refugiada más en París. Vive en hoteles baratos y deambula por la ciudad. Como Walter Benjamin, al que conoce entonces, se va enamorando poco a poco de las callejuelas y los bulevares parisinos. «En París», escribirá más tarde, «el forastero se encuentra como en casa porque esta ciudad se puede habitar como se habitan las cuatro paredes de uno».²

Pero ella no es ninguna bohemia, no le gusta vivir al día. Ha llegado a París con propósitos muy concretos. Tiene claro que su situación actual es tan sólo producto del hecho de ser judía y de que la persigan por ello. Para Hannah no es relevante si la persecución contra los judíos es o no un error o si el odio hacia ellos es injustificado, lo importante es que este odio no puede ser erradicado de la faz de la tierra. Éste es un hecho al que deben acostumbrarse los judíos, de otra manera no podrán salvarse. El antisemitismo es un problema puramente político, no es una cuestión de posturas personales, y por tanto Hannah pretende com-

1. Hans Sahl, *Die Wenigen und die Vielen - Roman einer Zeit*, Francfort del Meno, 1959, pág. 162.

2. Hannah Arendt, *Walter Benjamin*, pág. 211 y ss.

batirlo políticamente. Quiere dedicarse «al trabajo práctico tan sólo, [...] y sólo al trabajo por los judíos».¹

Hannah está bastante sola en su postura. La mayor parte de los judíos exiliados en París no quieren ser sólo judíos, desean ser considerados ciudadanos. Sin embargo, incluso los judíos franceses llaman «polacos» a todos los hebreos de más allá del Rin. A Hannah le estremece la incapacidad de sus compatriotas para analizar su destino desde un punto de vista político. Con tono irónico describe el vicio judío de intentar acomodarse, de no ser distintos. En Alemania, escribe, los judíos querían ser buenos alemanes; en Praga, buenos checos, y en Viena, ejemplares patriotas austríacos. Les resulta terrible diferenciarse de los demás, les avergüenza que Hitler «no pudiera soportarlos».²

Cuanto más disminuidos se sienten los refugiados, más tienden a glorificar su pasado. Hannah se burla de este comportamiento y cuenta divertida la anécdota del «perro pachón» que llora sus «tiempos de San Bernardo...». A ella no se le olvidará nunca aquel judío que decía sollozando ante un trabajo que consideraba indigno: «Usted no sabe con quién está hablando. Yo era jefe de departamento en Karstadt, en Berlín».³

Con una sorprendente obstinación, Hannah intenta seguir su camino al margen de «estos falsos trucos de asi-

1 Entrevista con Gaus, pág. 58.

2 Hannah Arendt, «*Wir Flüchtlinge*», en: Hannah Arendt, *Zur Zeit*, editado por Marie Luise Knott, Berlín, 1986, págs. 7-21, aquí pág. 14.

3. *Wir Flüchtlinge ...* pág. 14. [Karstadt era el nombre de unos grandes almacenes muy conocidos en Alemania. *N. de la T.*]

milación». Finalmente consigue –incluso sin permiso de trabajo– encontrar empleo en una organización judía. Primero trabaja como secretaria en la sección Agriculture et Artisan, más tarde en la Juventud de Aliyah. Ambas son secciones que pretenden formar a jóvenes judíos como artesanos y jornaleros para su futuro en Palestina. Durante unos meses se convierte incluso en la secretaria privada de la baronesa Germaine de Rothschild. La baronesa, de la conocida familia Rothschild, una de las más ricas e influyentes en Francia, financia ciertas fundaciones judías, especialmente asilos para niños, y Hannah le ayuda a seleccionar los destinatarios de sus donaciones y a supervisar la distribución de los fondos.

En 1935, gracias a su colaboración con la Juventud de Aliyah, tiene la oportunidad de viajar a Palestina acompañando a un grupo de jóvenes. Queda muy impresionada por la cantidad de edificios en construcción, pero cuando visita un *kibbutz* su primera reacción es escéptica: «Pensé: una nueva aristocracia. Yo ya sabía entonces [...] que allí no se podría vivir. Si vivimos con el lema “domina a tu vecino” llegamos, naturalmente, a un callejón sin salida».¹

Su postura frente al sionismo no ha variado. Apoya el movimiento porque éste intenta defender los intereses de los judíos con medios políticos, pero rechaza el objetivo de los sionistas de crear un estado judío propio. En París

1. Carta a Mary McCarthy, 17 de octubre de 1969, en: *Hannah Arendt / Mary McCarthy, Im Vertrauen, Briefwechsel 1949-1975*, editado por Carol Brightman, Múnich, Zúrich, 1996, pág. 365.

está orgullosa de no tener ni patria ni estado, es decir, de ser una verdadera paria; el sentimiento de patria sólo se le despierta cuando conoce gentes parecidas a ella, cuando puede hablar con libertad y ser entendida. En la capital francesa reúne en torno suyo a un grupo de personas como Walter Benjamin, el abogado Erich Cohn-Bendit, el pintor Karl Heidenreich y el judío oriental Chanan Klenbort, con quien estudia hebreo. Normalmente se reúnen en la casa de Benjamin, en la calle Dombasle 10.

Un día llega al grupo un alemán muy peculiar. Viste como un dandi rico, con traje, sombrero y bastón, y se hace llamar Heinrich Larsson. En realidad es Heinrich Blüchner, un comunista alemán muy pobre instalado en París de forma ilegal cuyos documentos de expatriación siempre dan como oficio el de «trefilador».¹

Este Heinrich Blüchner es, como Kurt Blumenfeld, el tipo de hombre *rara avis* por el que Hannah se siente atraída. Y Blüchner, al que ella llama *monsieur* por su vestimenta, la corteja. Pero Hannah pone cerco a sus sentimientos: su compromiso político es más importante que su vida privada y no quiere enredarse en una nueva relación tan poco tiempo después de haber roto con Günther Stern.

En agosto de 1936 viaja a Ginebra para tomar parte en el Congreso Mundial Judío. Heinrich Blüchner, que se queda muerto de amor en el lluvioso París, le escribe largas cartas dando cuenta de las frustrantes discrepancias con sus

1. Young-Bruehl, pág. 201. [Trefilador: obrero metalúrgico encargado de reducir el metal a alambre. *N. de la T.*]

cámaradas comunistas. La llama «mi mujer» y dice: «En vista de tu ausencia no hay motivos para el buen humor».¹

Hannah le contesta con prudencia: «Te amo; tú ya lo sabías en París, como lo sabía yo también. Si no lo decía era porque temía las consecuencias. Y lo que hoy puedo decir al respecto es: intentémoslo, hagámoslo por nuestro amor. No sé si puedo convertirme en tu mujer, si seré tu mujer. Mis dudas no se han desvanecido. Tampoco el hecho de que estoy casada».²

Las dudas de Hannah se desvanecerán pronto. Ese mismo año, Heinrich y ella alquilan juntos en el hotel París, de la calle Servandoni, una habitación cuyos muebles más importantes son dos infiernillos, un gramófono y discos. Y cuando Hannah vuelve a viajar a Ginebra al año siguiente para reunirse con su madre, le escribe: «Queridísimo: lo único bueno es que ahora veo claramente lo mucho que te pertenezco».³

Heinrich Friedrich Ernest Blüchner, nombre completo de *monsieur*, nació en Berlín en 1899. Creció sin padre, como su amada, pero no en una familia acomodada, sino en el entorno del proletariado berlinés. Su madre era modista y sólo ganaba lo imprescindible para sí y para su hijo. Con gran esfuerzo logra que su hijo comience los estudios de maestro, pero éstos quedan interrumpidos por el esta-

1. Cartas de Heinrich Blüchner, 21 de agosto de 1936, pág. 49, y 7 de agosto de 1936, pág. 36.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 24 de agosto de 1936, pág. 59.

3. Carta a Heinrich Blüchner, 10 de septiembre de 1937, pág. 77.

llido de la Primera Guerra Mundial. En el ambiente de revolución de la postguerra, Heinrich, de diecinueve años, se une a los espartaquistas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht y más tarde se convierte en la persona de confianza de Heinrich Bradler, seguidor de Rosa Luxemburg y líder del recién creado KPD (Kommunistische Partei Deutschlands, Partido Comunista Alemán). En 1933 se ve obligado a abandonar Alemania huyendo de la persecución nazi contra comunistas y gentes de izquierdas.

Aunque Blüchner mantiene en París el contacto con compañeros, siente una profunda desilusión por un comunismo doctrinario basado en el modelo soviético. Había puesto grandes esperanzas en el comunismo, pero su sed de conocimientos y de experiencias le impedían ser parte de quienes lo obedecían ciegamente. De manera totalmente autodidacta había logrado obtener grandes conocimientos, le interesaban la literatura y el arte y le gustaba mucho ir al cine. En Berlín, donde se hizo muy amigo de Robert Gilbert, editor de textos para operetas y cabarets,¹ vivía como un librepensador y artista.

En París, Blüchner se esfuerza por ocultar su pasado, también ante su amada, quien se entera sólo poco a poco de los acontecimientos turbulentos de su existencia anterior. A través de terceros y de manera puramente accidental, le llegan noticias de que ha estado casado dos veces y de que su matrimonio con la rusa Natascha Jefroikyn es

1. El cabaret alemán es sobre todo un género satírico-político.
[N. de la T.]

todavía válido. Pero Hannah considera estas circunstancias insuficientes para separarse de él; al contrario, aprende a valorar su postura antiburguesa. En el poco sentimental pero cariñoso Heinrich encuentra algo inexistente en Heidegger y Stern: un amor que no le exige renunciar a una parte fundamental de sí misma.

La «bondad», la «inteligencia» de Heinrich y sobre todo su «absoluta independencia de todo y de todos»¹ proporcionan a Hannah un sentimiento de seguridad desconocido y muy anhelado. Al mismo tiempo comparte con él la necesidad de ver a los amigos, el interés por la actualidad y el placer del debate. En uno de sus viajes a Suiza le escribe a su «narigudo», como le llama en broma: «Cuando te conocí descubrí que ya no tenía miedo [...] Aún hoy me parece imposible haber conseguido las dos cosas que anhelaba, el “gran amor” y seguir manteniendo la identidad como persona. Y sólo tengo lo primero desde que también tengo lo segundo. Ahora sé, por fin, lo que significa ser feliz».²

Mientras Arendt trabaja en el extranjero en favor de los intereses de los judíos, el antisemitismo de los nacional-socialistas alemanes se manifiesta cada vez con mayor virulencia. En la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, la llamada «noche de los cristales rotos», se destruyen comercios y viviendas, se prende fuego a las sinagogas y se detiene a miles de judíos. La situación para los que tienen «sangre judía» se hace más peligrosa. Karl Jaspers se ve también

1. Carta a Heinrich Blüchner, 19 de julio de 1947, pág. 44.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 18 de septiembre de 1937, pág. 83.

afectado porque su esposa, Gertrud, es hebrea. Como se niega a separarse de ella, se convierte en víctima de las «medidas contra los profesores universitarios con familia judía», se le prohíbe publicar y tiene que jubilarse forzosamente.¹ La pareja sabe que Gertrud corre el peligro de ser deportada a un campo y, si llegara el caso, han decidido suicidarse juntos con las cápsulas de veneno que siempre llevan consigo.

Martin Heidegger guarda silencio en Friburgo sobre estos acontecimientos. El contacto entre los otrora «compañeros de lucha» ha quedado roto desde el verano de 1936. Heidegger había sido elegido rector de la Universidad de Friburgo en 1933 y se había afiliado al partido nacionalsocialista. Su discurso de aceptación del cargo está plagado de ambigüedades con respecto al nacionalsocialismo. Según explica Karl Löwith, uno de sus alumnos, no se sabía si había que estudiar a los presocráticos o entrar en las S.A. También a Hannah le han llegado noticias de que Heidegger evita a colegas judíos, como su profesor Husserl, y que discrimina a los alumnos judíos. Él rechazará más tarde estas acusaciones manifestando obstinadamente que había hecho todo lo posible desde su puesto para evitar males mayores.

En 1938 se produce la anexión de Austria, un año más tarde la entrada de tropas en Checoslovaquia, y el 1 de septiembre de 1939 los alemanes inician la «guerra relámpago» contra Polonia. Ello constituye el comienzo de la

1. Cfr. el texto del ministro de cultura en: «Karl Jaspers in seiner Heidelberger Zeit», editado por Joachim-Felix Leonhard, *Heidelberger Bibliothekschriften*, tomo 8, Heidelberg, 1983, pág. 120.

Segunda Guerra Mundial; el 3 de septiembre Francia declara la guerra a Alemania.

Hannah Arendt todavía se siente segura en Francia. No así sus familiares. Eva Beerwald desea trasladarse desde Londres, donde vive, a París. Pero a Hannah le desagrada la idea porque no desea ocuparse también de su hermanastra. Otra cosa muy distinta es la situación de su madre, cuya vida corre cada vez más peligro. Martha desea huir a Francia, pero su esposo, Martin Beerwald, no quiere abandonar su patria. Por tanto, ella se exilia dejando atrás a su marido.

VIII. Punto de huida: Marsella

«*Vivir es maravilloso aunque la situación del mundo sea espantosa*»

Con la entrada de Francia en la guerra la situación de los emigrados alemanes cambia de forma drástica. Hasta entonces habían sido unos huéspedes molestos, pero a partir de aquel momento se convierten en *étrangers indésirables*. Los alemanes son *boches*, tanto si están perseguidos por los nazis como si no lo están. Tras el Pacto entre Hitler y Stalin los políticamente activos y los comunistas se convierten en espías y agentes de Hitler, una especie de «quinta columna».

El 7 de septiembre aparecen unos anuncios en los periódicos parisinos que exigen a todos los emigrados varones entre diecisiete y cincuenta años que se presenten sin tardanza en ciertos puntos de reunión. Uno de ellos es el estadio de Roland Garros, otro el Olympia Yves de Manoir, en Colombes, a las afueras de París. Allí debe acudir también Heinrich Blüchner. En el «bonito césped» del campo deportivo se vuelve a reunir con muchos de sus amigos, también con el «desafortunado Benji».

«Benji» es como llaman los amigos a Walter Benjamin. Y Blüchner le califica de «desafortunado» porque la vida ha sido especialmente dura con él. Hannah le describirá más tarde como un afable *homme de lettres* perseguido por la

mala suerte, como aquel pobre jorobado de los cuentos al que uno pone la zancadilla y otro arrebató el bastón. Su falta de sentido práctico y su torpeza le acarrearán siempre problemas. Así por ejemplo, abandona París en el invierno de 1939-1940 por miedo a los bombardeos, pero con su «típica imprecisión» llega justamente a un lugar, Meaux, que es objetivo seguro por su proximidad a un campo de entrenamiento. Naturalmente, ninguna bomba cae sobre París.¹

Blüchner debe cuidar de «Benji» en el estadio Olympia de Colombes porque no habría podido sobrevivir solo en este lugar. Hay que saber protegerse de la lluvia, secarse las ropas y caminar de noche por encima de las tablas hacia las letrinas sin romperse las piernas. Ante las puertas del estadio se forman grandes colas de mujeres que desean entregar paquetes a sus maridos. Nadie sabe cuánto tiempo estarán allí detenidos. Heinrich escribe a Hannah: «Desconocemos sus intenciones hacia nosotros».²

A mediados de septiembre trasladan a los internos a diferentes campos. A Heinrich le toca el campo de Ville-malard, cerca de la ciudad de Blois, al sudoeste de París. En sus cartas intenta tranquilizar a Hannah sobre su situación. Viven «como soldados en maniobras», escribe, «lo cual es bastante primitivo, pero no tan terrible».³ En realidad, los campos de internamiento franceses no son comparables con los campos de trabajo y de concentración creados por los nazis en Alemania. Blüchner puede recibir paquetes con

1. Hannah Arendt, *Walter Benjamin*, pág. 190 y ss.

2. Carta de Heinrich Blüchner, septiembre de 1939, pág. 94.

3. Carta de Heinrich Blüchner, 29 de septiembre de 1939, pág. 964.

alimentos y ropas, y es incluso visitado por su amada y por Anne Mendelssohn, que ahora se llama Anne Weil tras su matrimonio con el filósofo francés Eric Weil. Pero como Heinrich dice, con sus cuarenta años él ya no es ningún jovencito, y los colchones de paja y la terrible humedad tienen un efecto devastador sobre su salud. Padece cólicos nefríticos, lo que le obliga a guardar cama durante semanas. Tras llamar a todas las puertas para sacarle del campo, Hannah logra por fin que a finales de año regrese a París.

Mientras tanto, Martha ha decidido abandonar Königsberg y también a su marido y se ha trasladado a la vivienda parisina. A diferencia de muchos de sus amigos, Martin Beerwald morirá de muerte natural, producida por un ataque al corazón, en un asilo para ancianos de Königsberg.

Las dudas de Hannah sobre si podrá compartir su vida con Heinrich han desaparecido y contraen matrimonio el 16 de enero de 1940 tras divorciarse de sus respectivas parejas. Pero los recién casados no estarán mucho tiempo juntos; la «gran política» se interpone en su camino.

Cuando las tropas alemanas ocupan Bélgica, en mayo, muchos extranjeros que viven en Francia son internados de nuevo. Esta vez no sólo hombres, sino también mujeres, solteras sin hijos e incluso casadas, tienen órdenes de presentarse en el Vélodrome d'Hiver, llamado *Vel d'Hiv*. Hannah se encuentra entre estas mujeres, pero no Martha Beerwald. Según las instrucciones, debe llevar consigo alimentos para dos días, platos y cubiertos y una manta. El equipaje no debe sobrepasar los treinta kilos de peso. Hannah se despide de Heinrich, que también parte para otro campo, y toma el metro hasta el *Vel d'Hiv*.

El Vélodrome d'Hiver es un estadio con una cúpula de cristal. La mayoría de las mujeres allí internadas son judías emigradas, pero también hay francesas casadas con alemanes, burguesas con muchos años de estancia en Francia, criadas trasladadas a París con sus señores y alemanas que se encontraban en Francia cuando estalló la guerra.

En la confusión general Hannah encuentra a algunas amigas con las que forma un grupo. A las mujeres les dan un saco de paja, material que también cubre el suelo de cemento. Los días en el estadio se tornan miserables. Hace mucho calor, el aire está lleno de polvo y de partículas de paja y las condiciones sanitarias dejan mucho que desear. Las mujeres se sienten muy inseguras; se difunden rumores de que los alemanes están barriendo el norte de Francia y las alarmas antiaéreas suenan día y noche. Aunque hasta entonces no se ha producido ningún bombardeo, temen el ataque de aviones alemanes porque en el velódromo no existen sótanos contra los bombardeos y les aterra que las bombas alcancen la cúpula de cristal. Käthe Hirsch, una amiga de Hannah presente también en el *Vel d'Hiv*, dirá más tarde: «Ya llevábamos una semana en el *Vel d'Hiv*. Los alemanes continuaban su avance. Por las noches oíamos las detonaciones sordas de la aviación francesa. Hannah vino y preguntó si ella y su grupo podrían trepar por la rampa hasta donde estábamos nosotras en caso de que cayera una bomba en el tejado del edificio. Yo le contesté que sí, naturalmente».¹

1. Käthe Hirsch, «Im Pariser Sammellager Vélodrome d'Hiver», en: Hannah Schramm, *Menschen in Gurs*, Worms, 1977, págs. 332-334, aquí pág. 333.

Al cabo de unas dos semanas, las mujeres reciben la orden de partir. Las transportan en camiones por la ribera del Sena y el Louvre hasta la estación. Durante días viajan hacia el sur en tren hasta alcanzar su destino, el campo de Gurs, en un pequeño lugar a los pies de los Pirineos, a sólo treinta kilómetros de la frontera con España.

El campo de Gurs es el más grande de los aproximadamente cien campos franceses. En origen había sido concebido como centro de detención de los brigadistas internacionales huidos de España tras la guerra civil. A partir de 1940 se convierte casi exclusivamente en campo para mujeres, con unas 20.000 internas. El campo consta de 382 barracas con cincuenta o sesenta personas por barraca. Cada persona dispone de un espacio de unos 75 centímetros.

Gurs no es un campo de concentración como el cercano Le Vernet, pero las terribles condiciones higiénicas, la escasa atención médica y la parquedad de los alimentos hacen la vida en él muy difícil. Las mujeres tienen que luchar contra ratas y piojos en las barracas. Cuando llueve, el agua se filtra por el tejado de cartón alquitranado convirtiendo el suelo arcilloso en un lodazal. Hay pocos lavabos y las letrinas, llamadas «bastiones», son meros agujeros con grandes barriles debajo. La comida principal diaria consiste en una sopa de *pois chiches* [garbanzos] y un mendrugo de pan. «¡Cómo odiaba yo esos garbanzos!», escribiría Lisa Fittko en sus memorias sobre Gurs. «Todos los días tenía que hacer esfuerzos titánicos para tragarlos».¹

1. Lisa Fittko, *Mein Weg über die Pyrenäen. Erinnerungen 1940/41*, Múnich, 1989, pág. 39.

Lo que hacía la vida de las mujeres tan difícil no eran sólo las adversas condiciones externas. «Para mí lo insostenible de la vida en el campo», escribe Susi Eisenberg-Bach, «no eran ni el saco de paja ni la falta de comida; tampoco el lodo en los días de lluvia o la estrecha convivencia con sesenta mujeres, ni las alambradas por todos los sitios: era la falta absoluta de perspectivas».¹ Muchas mujeres estaban absolutamente desesperanzadas: habían escapado de los campos de concentración de Hitler y ahora sus salvadores las internaban en otros campos.

Hannah no es una mujer que se desaliente con facilidad. Para ella «vivir es maravilloso» incluso en épocas terribles. Pero en vista de la situación mundial, «tan espantosa», no puede evitar ciertos pensamientos. Doce años más tarde le confesará a Kurt Blumenfeld que en Gurs pensó en suicidarse, pero que luego «se había reído» de esta idea.² Hannah, que insiste en separar lo privado de lo político, considera el suicidio en un campo de detención un acto absurdo, casi cómico. Para explicarlo recurre a un suceso acontecido en Gurs: «En el campo de Gurs ... sólo oí hablar una vez de suicidio, y sólo como acción colectiva, como una forma de protesta para poner en apuros a los franceses. Cuando algunas nos dimos cuenta de que, de todas maneras, estábamos allí *pour crever* [para reventar], estalló en

1. Susi Eisenberg-Bach, *Im Schatten von Notre Dame*, Londres, Worms, 1986, pág. 82, citado en: *Gurs - ein Internierungslager in Südfrankreich 1939-1943. Literarische Zeugnisse, Briefe, Berichte*, Hamburgo, 1991, pág. 21.

2. Carta a Kurt Blumenfeld, 6 de agosto de 1952, pág. 62.

nosotras un gran deseo de vivir. En general pensábamos que quien contemplara aquella desgracia como una circunstancia particular y pusiera fin a su vida personal e individualmente, era una persona profundamente antisocial y completamente desinteresada por el destino colectivo».¹

Muchas supervivientes dan testimonio de que entre las mujeres de Gurs existía efectivamente una voluntad casi obstinada por no dejarse humillar. Algunos días se maquillaban cuidadosamente, se ponían sus mejores vestidos y salían a pasear como si lo hicieran en un bulevar.

A pesar de las alambradas y de la prohibición de recibir noticias, los periódicos, introducidos a escondidas en el campo, aseguran la difusión de todo tipo de novedades. Y así, por ejemplo, las internas se enteran de la ocupación de París y del avance de las tropas alemanas hacia el sur. Estas noticias generan el pánico entre las mujeres, que se sienten cercadas. ¿Qué ocurrirá si los alemanes se hacen con el campo? ¿Van a esperar de brazos cruzados hasta caer en manos de la Gestapo?

La dirección del campo tampoco sabe ya qué hacer. Después de la dimisión del gobierno, el poder pasa al mariscal Philippe Pétain, de más de ochenta años, quien firma un acuerdo de alto el fuego con Alemania. Como consecuencia de este acuerdo, Francia queda dividida en dos zonas; la parte norte y la costa atlántica están ocupadas por los alemanes, mientras que el sur queda libre. En Vichy, una ciudad de la parte no ocupada, Pétain organiza un nuevo

1. Hannah Arendt, *Wir Flüchtlinge*, pág. 12.

gobierno, que recibe el nombre de Gobierno de Vichy y que colabora con Hitler. El enemigo secular se ha convertido de repente en un aliado.

Este cambio en la política del país produce un gran desconcierto entre los comandantes de los campos de internamiento. Las puertas de algunos de ellos se abren sin más y se abandona a sus habitantes a su suerte. También en Gurs la disciplina se relaja progresivamente; ya nadie controla las salidas y se descuida la vigilancia de las torres.

En este ambiente de confusión, varias mujeres llevan a cabo la huida. Tras sustraer un gran número de formularios de liberación, falsifican la firma de los comandantes del campo. Con estos papeles, doscientas mujeres aproximadamente abandonan el lugar sin grandes dificultades. Hannah se encuentra también entre ellas. Lisa Fittko cuenta que no querían olvidar a «la esposa de Blüchner».¹

Las mujeres han aprovechado una oportunidad única para huir de Gurs; cuando pocos días más tarde se restablezca la disciplina ya no será posible escapar. El nuevo Gobierno de Vichy aprueba leyes antisemitas y comienza la colaboración con las autoridades alemanas. Según el artículo 19 del Acuerdo de Alto el Fuego, el gobierno se compromete a entregar a los refugiados a Alemania. Después de 1942 muchas internas del campo de Gurs son deportadas a Auschwitz para «misiones de trabajo».

En el sur de Francia la situación es caótica. Las calles de los preciosos pueblos del departamento de los Bajos

1. Lisa Fittko, *Mein Weg über die Pyrenäen*, pág. 55.

Pirineos, en la frontera con España, están repletas de refugiados procedentes del norte. Muchos no saben a dónde ir y caminan en círculo de lugar en lugar, siempre con el miedo a ser detenidos. La mayoría desea llegar a Marsella, el único puerto de mar no controlado por los alemanes y uno de los pocos lugares por donde todavía se puede escapar de la trampa.

Entre las figuras muertas de hambre que deambulan por las calles están Anna Seghers¹ con sus dos hijos y el periodista alemán Arthur Koestler, quien, tras luchar en la guerra civil española contra el general Franco, ha pasado todo tipo de odiseas en cárceles españolas y campos de internamiento franceses. Como última posibilidad de no caer prisionero de los alemanes, se ha enrolado en la Legión Extranjera e intenta huir de Francia. En su diario, Koestler describe su encuentro en Navarrenx con las mujeres de Gurs: «Los del lugar las llaman las “Gursiennes”. Los campesinos de Navarrenx, Sus, Géronce y otros pueblos del entorno les ofrecen alojamiento y les permiten trabajar en los campos a cambio de comida. Están mal alimentadas, exhaustas, pero siempre van limpias y todas llevan turbantes de vivos colores».²

Hannah se separa del resto de las mujeres y se esconde primero en un pueblo. Lisa Fittko, que se la encuentra caminando sola por los prados, le ofrece ir con ella y con otras mujeres de Gurs a Lourdes, pero Hannah rehúsa; pien-

1. Escritora comunista alemana. [*N. de la T.*]

2. Arthur Koestler, *Abschaum der Erde. Autobiographische Schriften*. Tomo II. Francfort del Meno / Berlín, 1993, pág. 418 y ss.

sa que sola tendrá más oportunidades. Tras caminar doscientos kilómetros llega a Montauban, un punto de encuentro de refugiados donde espera tener noticias del paradero de su marido.

Poco después se demuestra que ha tenido una intuición certera –y también mucha suerte–. No sólo se reúne en Montauban con viejos amigos –Lotte Klenbort, los Cohn-Bendit, Anne Weil–, sino que un día descubre a Heinrich en la ciudad entre masas de gentes que deambulan a pie o en bicicleta con sus pertenencias. Su campo había sido disuelto con el avance de las tropas alemanas y los liberados se habían añadido a los refugiados en ruta hacia el sur.

Heinrich y Hannah hacen acopio de nuevas fuerzas en Montauban mientras esperan a la madre de Hannah, que llega en octubre procedente de París. Pero su situación se hace cada vez más peligrosa: el Gobierno de Vichy aprueba leyes que obligan a todos los judíos a presentarse ante las autoridades locales para ser internados. Muchas de las mujeres huidas de Gurs no tardarán en volver al campo.

Hannah sabe que debe actuar antes de que sea demasiado tarde. Pone rumbo a Marsella con Heinrich y con su madre para intentar obtener un visado de entrada en Norteamérica. Los visados son ahora difíciles de conseguir: la entrada en Estados Unidos se encuentra limitada a cuotas, los tiempos de espera son largos e inciertos y se necesita un *affidavit*, una declaración jurada de un ciudadano norteamericano que se comprometa a asegurar económicamente la estancia del emigrado. Arendt utiliza sus contactos con las organizaciones judías; además, escribe a Günther Stern. Consigue dos de los muy preciados visados,

para sí y para Heinrich, pero el visado de Martha se hace esperar.

Aunque con los visados se han quitado un peso de encima, tienen que enfrentarse al hecho de que la mayoría de los barcos que se dirigen a América parten del puerto neutral de Lisboa. Para llegar a esta ciudad necesitan visados de tránsito para España y Portugal, lo cual les obliga a pasar días enteros haciendo cola frente a los consulados de estos dos países. Además, cuando se tiene suerte y se consigue un visado, hay que salvar todavía la dificultad de salir de Francia. El Gobierno de Vichy permite la salida en contadas ocasiones y a muchos refugiados no les queda más alternativa que abandonar Francia de manera ilegal.

Una de las personas obligadas a dejar Francia ilegalmente es Walter Benjamin. Cuando Hannah se encuentra con él en Marsella, Benjamin le entrega un manuscrito con el título *Tesis sobre el concepto de historia*. Benjamin tiene todos los visados necesarios, pero no puede salir de Francia. Ya ha intentado la huida una vez: con su amigo Fritz Fränkel sube a escondidas, vestido de marinero francés, a bordo de un carguero. Pero el plan fracasa. Ahora Benjamin pretende escapar a pie a través de los Pirineos. Le da la mitad de las cincuenta cápsulas de morfina que lleva a su viejo amigo Arthur Koestler, «para cualquier eventualidad».¹ En Port-Vendres se pone en contacto con una mujer que ayuda a los refugiados y que resulta ser Lisa Fittko, la compañera de Hannah en Gurs. Fittko acompaña a Benjamin,

1. *Ibid.*, pág. 449.

gravemente enfermo del corazón y cargado con una pesada cartera, a través de los Pirineos. Poco antes de llegar a la frontera española le abandona suponiéndole a salvo. Pero en Portbou Benjamin se entera de que acaban de cerrar la frontera y que, por tanto, pretenden devolverle a Francia. Por la noche se suicida tomando las cápsulas. La desgracia del «hombrecillo jorobado» le persigue hasta el final.¹

Hannah y Heinrich tienen más suerte. Aprovechan una relajación pasajera de las fronteras para viajar en tren hasta Lisboa. Deben dejar a la madre de Hannah con una amiga en espera de obtener su visado.

En abril de 1941 suben a un barco con destino a Nueva York. Martha Arendt les seguirá sólo unas semanas más tarde.

1. Detalles del trágico fin de Walter Benjamin se encuentran en: Fittko, capítulo 7; Koestler, pág. 449 y ss, y Hannah Arendt, *Walter Benjamin*, págs. 207-209.

IX. Una habitación en la calle 95

*«La libertad no es un premio
por los padecimientos sufridos»*

Huyendo de los nazis, los emigrados habían sido perseguidos en Europa de lugar en lugar. Como dice Hans Sahl, habían saltado de «un témpano de hielo a otro». Pero el viaje a América era un paso hacia lo desconocido, un salto «al agua» como dice Sahl.¹

Los refugiados tienen una idea muy vaga, casi aventurera, de la vida más allá del Atlántico. Muchos conocen América sólo a través de las películas; Nueva York, por ejemplo, era para Sahl una pantalla de cine fija, con grandes salones «en los que en cualquier momento podían aparecer Clark Gable, Katharine Hepburn, Spencer Tracy».

La mayoría de los exiliados alemanes no pretenden encontrar una nueva patria. Para ellos América constituye tan sólo un último refugio, un lugar donde estarán de paso hasta su regreso a Europa tras el fin de la amenaza nazi.

Sin embargo, nada parece apuntar a un rápido final del «Reich de los mil años». Hitler ha concertado un pacto tripartito con Italia y Japón. Las tropas alemanas conquistan

1. Hans Sahl, *Das Exil im Exil. Memoiren eines Moralisten II*, Hamburgo, 1991, pág. 107.

Yugoslavia y Grecia, el ataque a la Unión Soviética es inminente y Norteamérica sigue aferrándose a su neutralidad. Pero el presidente Roosevelt ha ordenado apoyar con armas y material de guerra a los países que, como Inglaterra, luchan contra los nazis. Las relaciones entre Estados Unidos y Alemania son tan tensas que se habla de una «guerra no declarada».

Cuando Hannah Arendt y Heinrich Blüchner llegan a Nueva York disponen sólo de cincuenta dólares y se ven obligados a recurrir a diversas organizaciones para poder sobrevivir. En un primer momento obtienen una habitación amueblada en una ruinoso casa de huéspedes con cocina comunitaria en la calle 95. Para Martha alquilan otra habitación en el mismo edificio.

Los recién llegados tienen que aprender el idioma inglés lo más rápidamente posible con objeto de conseguir trabajo. Incluso los intelectuales y artistas famosos deben contentarse a menudo con trabajos de peones. A Hans Morgenthau, politólogo, se le ofrece un empleo como ascensorista. El compositor Paul Dessau trabaja en una granja de pollos y el escritor Walter Mehring es vigilante en un almacén. Hans Sahl debe editar revistas para el ejército que luego serán arrojadas mediante catapultas sobre las líneas enemigas.

Heinrich Blüchner muestra poco entusiasmo por buscar empleo. Abandona pronto su trabajo en una fábrica de productos químicos y se queda en la pequeña vivienda leyendo o va a las clases en alemán de la New School for Social Research, una de las tres universidades fundadas por emigrantes alemanes en los años treinta. Hannah no le hace ningún tipo de reproches por su actitud porque cuando está

junto a él a ella también se le acaban «las ganas de trabajar».¹ Por el contrario, Martha Arendt le hace observar a Heinrich sutilmente que espera más de su yerno y que considera un signo de holgazanería su total negativa a aprender inglés. Pero para Heinrich renunciar a su lengua materna sería como si le robaran su Stradivarius y afirma obstinadamente que un nuevo idioma nunca podría ser para él más que un «mal violín».² La misma Martha acepta encargos de una fábrica de punto para realizarlos en casa, pero a sus sesenta y siete años le resulta difícil empezar de nuevo en un mundo extraño. La mayor parte del tiempo lo pasa en casa ocupándose de las tareas domésticas.

Hannah se revela pronto como el miembro más activo y emprendedor de la familia Arendt-Blüchner. Con el fin de aprender inglés acepta la oferta de una organización de ayuda al refugiado y marcha a vivir de *au-pair* con una familia norteamericana. A mediados de julio llega a casa de los Giduz, en Winchester, Massachusetts. El matrimonio, sin hijos, posee una casa unifamiliar típicamente norteamericana, una especie de «máquina habitable con libros»,³ como Hannah le escribe fascinada a *monsieur* y a *ma*. Aunque ella había supuesto que la emplearían como sirvienta, el matrimonio Giduz pone mucho empeño en que no se sienta explotada y le concede todo tipo de libertades; por ejemplo, puede fumar en la casa, mientras que Mr.

1. Carta a Blumenfeld, 19 de julio de 1947, pág. 42.

2. Carta de Heinrich Blüchner, 26 de julio de 1941, pág. 118.

3. Carta a Heinrich Blüchner, 21 de julio de 1941, pág. 110.

Giduz, fumador empedernido, respeta la «severidad puritana»¹ de su esposa y sale a hacerlo al jardín. Mr. Giduz se acomoda incluso a la exagerada obstinación de su esposa por «comer sano hasta morir», como comenta Hannah sobre la obsesión de Mrs. Giduz por la alimentación vegetariana. Una vez, estando solos en casa, Hannah le prepara un «enorme pollo» del que ambos dan cuenta con verdadero placer. Lo único que no logra es hacerle comer patatas fritas...

Al principio, Hannah sospecha que el menudo y pelirrojo Mr. Giduz es antisemita. Pero luego él le desvela su ascendencia judeo-alemana y pone incluso de manifiesto que, aunque ha nacido en América, habla muy bien alemán, algunas veces hasta «en'sajón». Sin embargo, oculta como si fuera un crimen su origen judío y sus conocimientos del idioma.

Durante el día, mientras sus anfitriones se encuentran trabajando, Hannah se tumba en el jardín a leer libros y tras la cena el matrimonio muestra un gran interés por conversar hasta bien entrada la noche. Ella siente —le dice a Heinrich— que esperan respuestas a «todo tipo de problemas, desde el Tratado de Versalles hasta la inmortalidad del alma». Los fines de semana la llevan a visitar a parientes y amigos, y ella, procedente de la Europa en guerra, acaba convirtiéndose siempre en centro de cualquier reunión.

A mediados de agosto, antes de lo planeado, Hannah

1. Carta a Heinrich Blüchner y Martha Arendt, 28 de julio de 1941, pág. 119.

se despide de la familia Giduz y vuelve a Nueva York. Echa de menos a Heinrich, quien entre tanto se ha matriculado en un curso de inglés y ha encontrado un trabajo más interesante que el empleo en la fábrica de productos químicos. Por encargo de un comité a favor de la presencia norteamericana en la contienda escribe discursos y artículos, que luego serán radiados, sobre las guerras en la historia alemana y las crueldades de los nazis.

Hannah colabora activamente en el trabajo de Heinrich, muy relacionado con los temas tratados por ella en Berlín y en París. Se encuentra totalmente en su elemento tras volver a ver a su viejo amigo «Kurtchen»¹ Blumenfeld, llegado a Nueva York para dar una conferencia sobre un futuro ejército judío, cuestión de capital importancia en la postura política de Hannah y muy debatida entonces en los círculos semitas.

Hannah Arendt es partidaria de la participación de los judíos en la guerra con un ejército propio, lo cual no tiene nada que ver con la glorificación de la violencia o con el militarismo, sino con su nueva postura tras la huida de Alemania. «Quien es atacado como judío debe defenderse como tal», lo cual significa que los judíos respondan como pueblo a la persecución nazi, se nieguen a ser defendidos por otros o sobrevivan acomodándose a cualquier circunstancia. Sólo se enfrentarán a su propio destino y recuperarán la dignidad luchando contra Hitler al lado de otros pueblos.

1. Diminutivo de «Kurt». [*N. de la T.*]

A pesar de los pocos meses transcurridos desde su llegada a América, Hannah no tarda en hallar foros para debatir su posición. Envía una carta a la revista de lengua alemana *Aufbau*, cuyo redactor jefe, Manfred George, queda tan impresionado por sus argumentos que le ofrece un puesto como colaboradora en el suplemento literario.

A partir de noviembre de 1941 aparece cada dos semanas en *Aufbau* una columna suya con el título *This means You* [Esto te concierne a ti]. Los artículos son tan impacantes como el propio título de la columna. Según Heinrich, Hannah es «como un hacha» por su manera apasionada e implacable de decir las cosas. En su primera colaboración escribe: «Sólo la verdadera guerra del pueblo judío contra Hitler pondrá fin de manera digna a la cháchara sobre la contienda. La libertad no es un regalo [...]. La libertad no es tampoco un premio por los sufrimientos padecidos».¹

Hannah escribe estas líneas con el telón de fondo de la persecución de los judíos en la Europa oriental y el cambio de postura de los británicos en Palestina. Después de la masiva emigración de judíos europeos a Palestina y la resistencia cada vez mayor de los árabes, los británicos se deciden a limitar el número de inmigrantes. Los barcos con refugiados no reciben permiso para atracar en los puertos palestinos y se suceden las catástrofes como el hundimiento del carguero *Struma*, el cual, después de largas conversa-

1. Hannah Arendt, «Die jüdische Armee – Der Beginn der jüdischen Politik?». En: *Aufbau*, 14-11-1941, citado en: Hannah Arendt, *Die Krise des Zionismus. Essays & Kommentare 2*, editado por Eike Gisel y Klaus Bittermann, Berlín, 1989, págs. 167-170, aquí pág. 168.

ciones diplomáticas, había sido remolcado hasta alta mar y abandonado a su destino. Como no habría podido ocurrir de otra manera, el barco, incapaz de maniobrar debido a su sobrecarga, se hunde, y sólo dos personas logran salvar la vida. Los restantes 760 pasajeros, la mitad de ellos niños y mujeres, mueren ahogados.

Como consecuencia de esta política se organizan grupos militares, como el ilegal Irgun, que efectúa acciones de sabotaje contra bienes y ciudadanos británicos. Hannah considera a estos terroristas, cuyo líder es Menahem Begin, «delincuentes lanza-bombas» porque actúan bajo la premisa de «el que no es amigo es enemigo». Advierte contra la tendencia judía de entender el antisemitismo como un «fenómeno natural» y de caer en el peligroso sectarismo de suponer que los judíos, como pueblo elegido, se encuentran cercados por un entorno hostil. Asimismo, previene contra la vana esperanza sionista de crear un propio estado como única manera posible de huir del antisemitismo. Una y otra vez recuerda en sus artículos que Palestina «no está en la luna», sino rodeada de una población árabe con la cual se debe convivir. Un estado judío propio haría imposible esta convivencia porque en él los no judíos sólo tendrían los derechos propios de una minoría. Por otra parte, se vería obligado a depender de una gran potencia, ya fuera Inglaterra o Estados Unidos. El resultado sería, según profetiza Hannah Arendt, muy distinto de una tierra prometida; se parecería más a un «estado guerrero» como Esparta, rodeado de una población árabe enemiga y en el cual la defensa militar pondría en serias dificultades el desarrollo económico y cultural.

En su opinión, un «hogar» judío sólo podría sobrevivir en cooperación pacífica con el vecino árabe y para ello se deben dejar de lado las pretensiones nacionalistas. Tampoco le parece suficiente el estado binacional propuesto por Juda Magnes, presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Ella imagina una «federación mediterránea» o una federación de naciones europeas en las que Palestina tuviera su lugar sin que hubiera mayorías o minorías, sino diferentes visiones nacionales y políticas coexistiendo libremente.

En los años siguientes, Hannah Arendt escribe más de cincuenta artículos para *Aufbau* y otras publicaciones. Funda incluso una asociación, llamada «grupo de jóvenes judíos», para influir políticamente en los círculos sionistas en Estados Unidos. Pero todos sus esfuerzos son vanos. La mayoría de los sionistas se deciden por las tesis discutidas en mayo de 1942 en una conferencia celebrada en el Biltmore Hotel de Nueva York, en la cual el sionista socialdemócrata Ben Gurion asegura el mantenimiento del viejo sueño de un estado judío propio. En el nuevo programa carece de importancia la relación entre judíos y árabes y se llega a lo que Hannah Arendt tanto temía.

Cuando sus compañeros se han dado por vencidos y «ya no quedan del ejército sino las trompetas»,¹ Hannah se retira de la política sionista. No quiere vincularse durante mucho tiempo a un grupo o partido, desea mantenerse independiente. Tampoco cree ser por naturaleza «una persona de acción», lo suyo es el trabajo intelectual. Por otra parte,

1. Wolfgang Heuer, *Hannah Arendt*, 1997, pág. 39.

detesta a los intelectuales judíos obstinados en hacer carrera en universidades norteamericanas a toda costa. Está decidida a morirse de hambre «en esta tierra de cuchufleta antes de convertirme en una figura tan patética».¹

La familia de Hannah no se muere de hambre, pero su situación es muy precaria. Martha, Heinrich y Hannah siguen viviendo en sus habitaciones alquiladas. Las colaboraciones periodísticas de Hannah no representan mucho dinero. Heinrich trabaja ahora como comentarista de noticias alemán en la radio de la NBC, pero pronto abandona este empleo. Se ve obligado a escribir artículos para la cadena y ello constituye un problema porque, aunque se expresa muy bien, le resulta difícil escribir.

A Hannah, la pobreza y la falta de perspectivas no le importan demasiado. A menudo le embarga una especie de desbordante alegría infantil y cree poder hacer frente a cualquier dificultad. No obstante, todo cambia cuando llegan noticias de Europa sobre el verdadero alcance del exterminio contra los judíos. Ya se sabía la postura antijudía de los nazis y que se habían llevado a cabo expropiaciones, así como también se conocía la existencia de los campos de concentración. Pero de la aniquilación sistemática y masiva se enteran en Estados Unidos por primera vez en 1943. Para la familia Blüchner-Arendt las noticias constituyen un durísimo golpe. «Fue», recordará Hannah años más tarde, «como si el abismo se abriera. Teníamos la impresión de que todo lo demás podría repararse de alguna manera [...]».

1. Carta a Heinrich Blüchner, 1 de agosto de 1941, pág. 123.

Esto no. Esto no debería haber ocurrido [...]. Es algo a lo que jamás podremos sobreponernos».¹

A pesar de todo, Hannah intenta sobreponerse. Comienza por enfrentarse con el nacionalsocialismo. Está convencida de que la maquinaria de la destrucción de los nazis es un hecho sin precedentes en la historia. Pero ¿qué tradiciones se han perdido para que algo así haya podido suceder? ¿Qué procesos soterrados de la historia han contribuido en ello? Hannah investiga en bibliotecas y lee una cantidad ingente de documentos y libros sobre el terror nazi, el antisemitismo y el imperialismo. Debe hacerlo en su tiempo libre ya que mientras tanto ha conseguido un nuevo empleo. Ahora es directora de la sección de investigación de la *Comission on European Jewish Cultural Reconstruction*, donde junto a un grupo de colaboradores tiene la tarea de confeccionar una lista con los tesoros culturales judíos que se encuentran en los países europeos.

El final de la Segunda Guerra Mundial está próximo. Después del ataque japonés a Pearl Harbor, Estados Unidos ha entrado en la guerra. Los aliados avanzan en los escenarios bélicos de Asia y Europa y el 6 de junio de 1944 desembarcan en Normandía.

Los exiliados alemanes en Nueva York están llenos de dudas. ¿Deben volver a la patria? ¿O, después de todo lo ocurrido, esta patria ya no existe? Hans Sahl cuenta que los exiliados alemanes solían reunirse a menudo en el río Hudson cuando en la orilla opuesta, en Nueva Jersey, se

1. Entrevista con Gaus, pág. 59 y ss.

encendían las luces. Miraban la basura flotando en la corriente y tenían el sentimiento de ser ellos mismos basura en la corriente de la historia.

Hannah y Heinrich también dan largos paseos a lo largo del río Hudson y por Central Park. Ella escribe una poesía sobre estos paseos, cuya última estrofa dice:

Los pescadores pescan en silencio en los ríos.

Una rama pende solitaria.

*Conducen ciegamente por las carreteras los conductores,
sin descanso, camino del descanso.*

Juegan los niños, las madres los llaman.

Casi la eternidad se encuentra aquí.

*Pasa una pareja de amantes
soportando la carga del tiempo.¹*

1. Young -Bruehl, pág. 267.

X. La cuestión de la culpa

*«Y los hipócritas burgueses dirán a coro:
“nosotros no hemos sido”»*

Hasta el fin de la guerra, en 1945, Hannah Arendt y Heinrich Blüchner desconocen el destino de sus amigos en Europa. Poco a poco les llegan noticias de ellos: Anne Mendelssohn se encuentra en París, Hans Jonas reaparece en Heidelberg convertido en soldado del ejército británico, y también el viejo amigo y profesor de Hannah, Karl Jaspers, ha conseguido sobrevivir al «espectáculo infernal». ¹ Ella recupera de inmediato el contacto con él y le envía paquetes a Heidelberg, puesto que los habitantes de la destruida Alemania carecen de todo.

Después de años de ostracismo y humillaciones, Jaspers vuelve a ser un hombre respetado, algo parecido al símbolo de una Alemania mejor. Pero él considera estos «curiosos cambios» ² menos importantes que la lealtad demostrada por Hannah, y le pregunta con curiosidad sobre su vida en Estados Unidos. Ella le cuenta que se ha convertido en una especie de «escritora independiente»: «Ya ve usted, no me he hecho respetable en absoluto. En mi opinión, sólo

1. Carta a Karl Jaspers, 18 de noviembre de 1945, pág. 58.

2. Carta de Jaspers, 10 de diciembre de 1945, pág. 62.

podemos llevar una existencia digna de un ser humano al margen de la sociedad, y todo ello con humor, porque nos arriesgamos a ser lapidados o condenados a muerte. Soy bastante conocida aquí y en algunas cuestiones tengo una cierta autoridad o, lo que es lo mismo, confían en mí».¹

De hecho, ha logrado crear en torno a ella un gran círculo de amigos y conocidos. Heinrich sigue siendo su gran apoyo. Pero la «fijación en una persona» sería para ella «destruir y arruinar la amistad».² Cuando Hannah establece una amistad la defiende incluso en contra de los prejuicios sociales. Esta actitud suya le ha llevado a darse cuenta de que la mayoría de los norteamericanos prestan un apoyo político a los judíos, pero no desean tener ninguna relación personal con ellos. Los judíos sólo se relacionan entre sí. En este sentido, la actitud de una de las amigas de Hannah no es excepcional: aunque ha nacido en América, su primer contacto con americanos no hebreos se produce en una reunión en casa de los Arendt-Blüchner.

Para Hannah la relación con gentiles es muy habitual, sobre todo desde que escribe artículos para la *Partisan Review*, la revista liberal por excelencia en Estados Unidos, publicada con la colaboración de conocidos escritores e intelectuales. A través de ella conoce a los editores William Phillis y Philip Rahv, al crítico Alfred Kazin y al escritor Robert Lowell.

1. Carta a Jaspers, 29 de enero de 1946, pág. 65.

2. Hannah Arendt, «Die jüdische Armee. Der Beginn einer jüdischen Politik?», en: Hannah Arendt, *Die Krise des Zionismus*, Berlín, 1989, págs. 167-170, aquí pág. 169.

En 1945 le presentan a Mary McCarthy en el curso de una fiesta en casa de Philip Rahv. Mary es seis años más joven que Hannah, escribe crítica teatral en la *Partisan Review* y ha adquirido cierta fama con una novela sobre su niñez y su juventud. Este primer encuentro de las dos mujeres termina en un enfrentamiento. A Hannah le enfada el *small talk*¹ político de Mary. Comentando la hostilidad de los franceses hacia los ocupantes alemanes, Mary dice que Hitler le da pena porque —en su opinión— sólo deseaba el amor de sus víctimas. A algunos de los presentes esta opinión les parece graciosa. Por el contrario, Hannah se indigna y hace observar que ella ha estado en un campo y es, por tanto, una de las víctimas. Todas las explicaciones y excusas de Mary son inútiles; Hannah no cede.

Ha de transcurrir todavía un tiempo hasta que ambas puedan volver a hablar. Después de una reunión en casa de Dwight McDonald, editor de la revista *Politics*, esperan el mismo metro. Entonces se reconcilian y surge una larga amistad entre las dos mujeres, muy diferentes entre sí. Hannah considera imprescindible cierta estabilidad en la vida mientras que Mary se lanza de cabeza a nuevas aventuras y experiencias. No pasa mucho tiempo en el mismo lugar y su vida amorosa es también bastante turbulenta; ya se ha divorciado dos veces. Con su segundo marido, Edmund Wilson, tiene un hijo, Reuel. A Hannah le resulta difícil a veces comprender la inconstancia de Mary, pero le agradan su inteligencia, su rectitud y su cándida afec-

1. Charla intrascendente. [*N. de la T.*]

tuosidad. Mary, por su parte, se encuentra fascinada por la formación de Hannah y por su certero olfato para descubrir la calidad de las cosas y de las personas. Como tantos intelectuales norteamericanos, Mary comienza a descubrir la literatura y la filosofía europea y Hannah representa la encarnación de esta cultura.

Alfred Kazin recuerda la impresión producida por Arendt en su círculo de amigos: «Cuando la conocí, a finales de los años cuarenta, era una judía fascinante, muy temperamental. Era tierna, divertida, femenina y tan rápida de palabra como instruida. Si le agradaba una persona, sus cara de rasgos judíos y su voz ronca se transformaban en el encanto personificado. [...] Me embrojó a mí y a otros con su interés por la nueva patria y por la literatura de habla inglesa, una parte tan fundamental de sí misma como su acento y su pasión por Platón, Kant, Nietzsche, Kafka e incluso por Duns Escoto. Todos ellos parecían vivir con ella y con su enérgico marido en la deteriorada casa de la calle 95».

Aunque Hannah comienza a sentirse cómoda en el Nuevo Mundo, su verdadero hogar se encuentra en la cultura y el idioma del Viejo Continente. Pero sobre éstos ha caído la sombra del Tercer Reich y nada ocupa más los pensamientos de Hannah que la cuestión de cómo ha podido producirse esta barbarie. En sus colaboraciones en la *Partisan Review* intenta dar respuesta a este punto, y a instancias de Karl Jaspers envía a la revista alemana *Die Wandlung*, fundada por Jaspers y por Dolf Sternberg, un artículo escrito en 1944 —es decir, antes del fin de la guerra— en el que trata la cuestión de la culpa.

No tiene sentido hablar de culpa o inocencia colectiva, escribe, porque éstas no existen; la culpa sólo concierne al individuo como tal. Si hay alguien culpable, lo es un tipo determinado de persona manipulada por los nazis para llevar a cabo sus planes diabólicos. Y esta persona no es un fanático, un sádico o un asesino; es un padre de familia corriente que considera primordial poner a salvo su propia existencia. «Alguien dispuesto a renunciar a las convicciones, al honor y a la dignidad humana a cambio de una pensión y una existencia segura».

Según Hannah Arendt, este tipo de burgués se caracteriza sobre todo por su indiferencia total ante la cuestión de cómo tiene que ser un mundo común y de cómo éste debe perdurar. Por una vida segura en el seno de sus cuatro paredes, los padres de familia que jamás habían matado una mosca estaban dispuestos incluso a convertirse en criminales y asesinos, siempre y cuando fueran tan sólo funcionarios en la maquinaria de la muerte y pudieran sacudirse cualquier responsabilidad en la misma. «Esta vez, al caer el telón», profetiza Hannah incluso antes del final de la guerra, «nos veremos obligados a oír a todo un coro de burgueses hipócritas diciendo: “nosotros no hemos sido”».¹

Desde Heidelberg, Jaspers le escribe que vuelve a carterarse de vez en cuando con Heidegger. La relación entre los otrora «compañeros de lucha» se había interrumpido en 1936 y es en 1945 cuando sus caminos vuelven a cruzarse.

1. Hannah Arendt, «Organisierte Schuld», en: Hannah Arendt, *Sechs Essays*, Heidelberg, 1948, págs. 33-47; citas: págs. 42 y 43.

Tras el final de la contienda, Heidegger se ha visto obligado a obtener un «certificado de depuración» para sanear su pasado. Pero las fuerzas francesas de ocupación le prohíben enseñar como consecuencia, sobre todo, de un informe firmado por Jaspers que expresa dudas sobre su «forma de pensar» tachándola de «dictatorial, no libre y poco inclinada a la comunicación».¹ En la primavera de 1946 Heidegger sufre una crisis física y psicológica. Tras recuperarse vive retirado, pero su fama como filósofo genial vuelve a incrementarse, sobre todo en Francia, y muchos de sus colegas, Jaspers entre ellos, intentan hacer lo posible para devolverle a la universidad. Pero Jaspers no puede evitar sentirse escéptico; en sus cartas percibe una «falta de honestidad» que no le permite presagiar nada bueno.

Hannah no es tan negativa en su juicio sobre el filósofo. Lo que Jaspers llama «falta de honestidad» es para ella «falta de carácter», porque «literalmente no tiene ninguno». Tampoco le convence el primer escrito de Heidegger tras la crisis, *Carta sobre el humanismo*: «Esta vida en el Todtnauberg, abominando de la civilización, escribiendo a solas consigo mismo, no es sino una ratonera donde se oculta porque sabe, con razón, que sólo necesita ver a quienes, llenos de admiración, peregrinan hasta allí».²

Nueva York no es en verdad el Todtnauberg. Hannah ve diariamente a tantas personas que muchas veces no sabe

1. Cfr.: Rüdiger Safranski, *Ein Meister aus Deutschland*, pág. 393. [Versión en castellano: *Un maestro de Alemania*, Tusquets, Barcelona, 1997. *N. de la T.*]

2. Carta a Jaspers, 29 de septiembre de 1949, pág. 178.

dónde tiene la mano derecha. Ahora es directora de la Commission on European Jewish Cultural Reconstruction. Su pequeña oficina se encuentra en el Columbus Circle, rodeada por míseros quioscos de tabaco, dudosas tiendas de segunda mano y deteriorados edificios de oficinas donde curanderos mugrientos practican abortos ilegales. Algunas veces, Alfred Kazin la recoge para tomar una taza de café en las cercanías de la oficina. Kazin es recibido entonces por una Hannah radiante y entusiasmada por sus nuevas experiencias. Una vez permanece incluso bajo una lluvia torrencial para hablarle con admiración de Kafka e intentar convencerle de la superioridad de éste sobre Thomas Mann.

La actividad en la comisión le ocupa a Hannah mucho tiempo, pero no le reporta suficiente dinero, y aunque imparte además cursos sobre historia europea en el Brooklyn College, vive gracias a su trabajo como lectora en la editorial Schocken. Esta editorial fue fundada en Berlín en 1933 por Salman Schocken —un «Bismarck judío», como le llama Hannah— y refundada en Nueva York tras el exilio de su creador.

El trabajo en la comisión no le interesa demasiado. Sufre estrés y «embotamiento crónico», debido sobre todo al permanente ir y venir de personas en la oficina. Conoce a tanta gente que «las caras y los nombres se mezclan en un terrible caos».¹ Pero algunos de estos nombres y caras permanecen en su recuerdo, como es el caso del joven escritor

1. Carta a Blumenfeld, 19 de julio de 1947, págs. 42 y 44.

Randall Jarrell, en opinión de Hannah una «figura del mundo de los cuentos» debido a su carácter sensible y apasionado. Ella le introduce en el ámbito de la poesía alemana y él, por su parte, le abre a ella las puertas de la literatura inglesa y norteamericana. Entre ambos se crea una relación muy cordial. Cuando Randall le indica con suavidad que le puede tutear, ella se siente algo perpleja porque el nombre de pila de Jarrell no le parece mucho más familiar que su apellido.

Otro escritor con el que los Arendt-Blücher se reúnen a menudo es el austríaco Hermann Broch. Broch había sido en su patria director de una fábrica de productos textiles hasta que decidió vivir sólo para la literatura. A Hannah, su obra *La muerte de Virgilio* le parece uno de los libros más significativos de su tiempo. Pero lo que le gusta menos en él es su tendencia a «la santidad»: Broch vive con lo mínimo posible y, además, ofrece su energía y su tiempo para ayudar a otros exiliados.

Hannah trabaja dos años en la editorial Schocken. Su tarea más importante durante este periodo es la edición de los diarios de Kafka. Ella admira a este autor, fallecido en 1928, y como aprovecha cualquier oportunidad para hablar de sus textos, le llega a ocurrir que, en una fiesta, alguien le pregunte quién es, en realidad, este «Francis» Kafka.

A juicio de Arendt, Kafka es el autor que mejor explica la «locura» de los nuevos tiempos, entendiendo por ésta la tendencia de los seres humanos a someterse a leyes disfrazadas de «necesidades». Este fenómeno le resulta a ella extraordinariamente interesante en su búsqueda de respuestas a la cuestión de cómo las personas pudieron adhe-

rirse masivamente a la «maquinaria de la destrucción» puesta en marcha por los nacionalsocialistas. A través del prototipo del perfecto padre de familia denuncia un nuevo tipo de hombre convertido en asesino por miedo a hacer peligrar su pequeña parcela privada. Pero ello no le parece suficiente para explicar cómo pudo llegar a existir un «tipo» de persona para la cual toda tradición anterior carece de valor. Hannah profundiza en la cuestión aunque, a diferencia de Kafka, no lo hace con relatos literarios sobre la lucha de un individuo contra un tribunal todopoderoso o contra señores feudales. Como su fuerte es el pensamiento filosófico y político, examina la historia para descubrir cualquier hecho que pudiera haber desembocado en el estado totalitario nazi.

Hannah disfruta de una vida plena en Nueva York. Realiza un trabajo interesante, se dedica con pasión a su libro y tiene muchos amigos. Pero para su madre Estados Unidos sigue siendo un país extraño, vive retirada en su habitación de la calle 95 y tiene una mala relación con su yerno, quien, tras una sucesión de trabajos, vuelve a ocuparse únicamente de sus intereses. Heinrich entretiene la ilusión de desarrollar un sistema filosófico propio con el que pretende poner cabeza abajo todo el pensamiento occidental. Es, además, un interlocutor muy preciado para su esposa porque le ofrece consejos e ideas para su libro.

A comienzos de 1948 Martha Arendt, de 74 años, decide pasar sus últimos días con su hijastra Eva Beerwald en Londres. En julio, Hannah y su madre se despiden y ésta parte en el barco *Queen Mary*. El 27 de julio Hannah recibe en su lugar de veraneo en New Hampshire un telegra-

ma de Eva: «Madre fallecida la pasada noche. Incinerada. Con cariño. Eva». Martha había sufrido en el barco un ataque de asma del cual no pudo recuperarse.

Hannah está «triste y aliviada» a la vez. «Jamás he hecho nada peor en mi vida», le escribe a Heinrich.¹ Se reprocha el no haberse ocupado bastante de su madre, pero al mismo tiempo se sabe incapaz de cumplir las expectativas de Martha sin resultar destruida. Casi más terrible que este dilema es el pensamiento de lo difícil que debió de resultarle la convivencia a su marido.

«Hitler y Stalin hicieron mucho más que imponernos a tu madre», le dice Heinrich en una carta. «Mi habitual despreocupación se fue al traste, comencé a tener mala conciencia y la boda no hizo más que agravar las cosas. Ella se ocupó de recordarme cuál era la justificación de la vida desde un punto de vista burgués, y si bien esto me resultaba insoportable, lo verdaderamente terrible era que te vampirizaba sin respetar en absoluto tu ingente trabajo».²

Con el «ingente trabajo» Heinrich se refiere sobre todo al libro que la ocupa desde hace años y que ahora está a punto de concluir. Ella ha aprovechado cada minuto libre de obligaciones en la editorial Schocken, en el Brooklyn College, en sus actividades políticas y periodísticas y en la Jewish Cultural Reconstruction para dedicarlo a su obra, leyendo y analizando toda una biblioteca de libros. Además, desea escribir la obra en inglés. El resultado de tanto esfuer-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 27 de julio de 1948, pág. 147.

2. Carta de Heinrich Blüchner, 29 de julio de 1948, pág. 158 y ss.

zo es un manuscrito de quinientas páginas que se llamará *Los orígenes del totalitarismo* y procurará a su autora fama mundial.

Pero al manuscrito le falta mucho para ser editado, en el supuesto de que pueda ser publicado alguna vez. Una empresa de Boston renuncia al proyecto después de haber firmado un preacuerdo porque un profesor de la Universidad de Harvard ha escrito una crítica bastante negativa sobre él. Alfred Kazin se lo envía entonces a Robert Giroux, de la editorial Harcourt, quien lo lee entusiasmado y se decide a publicarlo.

En el verano de 1949 Hannah y Heinrich pueden, al fin, abandonar su habitación y mudarse a una vivienda, situada en Morningside Drive, un vecindario poco seguro en la frontera con Harlem. El parque de Morningside, próximo al edificio, está muy abandonado y no es aconsejable pasear por él. La pareja debe asegurar la puerta del nuevo apartamento con dos cerrojos. Desde las ventanas se divisan el parque y la fábrica de pianos Krakauer. En las paredes del pasillo Hannah coloca una inmensa fotografía de Franz Kafka y en el salón cuelga una lámina, de un busto con una barba, que representa a Platón. A Alfred Kazin, visitante asiduo, le impacta la atmósfera de «exilio» imperante en la casa y Hannah le explica siempre lo mucho que sufre por estar separada de tantos amigos y conocidos alemanes.

A finales de año tiene la posibilidad de reencontrarse con sus viejos amigos. Tras haber abandonado su puesto en la editorial Schocken se ha convertido en gerente de la Jewish Cultural Reconstruction y su nuevo puesto le permite via-

jar a Europa. Desea, desde luego, visitar a Jaspers y tendrá que ir a Friburgo en viaje de trabajo, pero no sabe todavía si verá a Heidegger.

En noviembre Hannah parte hacia Europa y por primera vez en su vida viaja en avión. Lo hace totalmente en contra de los deseos de su marido, quien encuentra insoportable el pensamiento de que su «meteorito», como él la llama, atravesase el océano comprimida como una sardina en una frágil lata. A Hannah el viaje le entusiasma, pero Heinrich no cambia de opinión: «Ni siquiera se puede gufiar un ojo», dice.¹

1. Carta de Heinrich Blüchner, 20 de diciembre de 1949, pág. 181.

XI. El mal radical

«Los alemanes viven de la mentira y la estupidez»

Cuando Hannah parte a Alemania en diciembre de 1949 tiene cuarenta y tres años y su libro sobre el totalitarismo no ha aparecido aún. Llega al viejo continente como representante de la Jewish Cultural Reconstruction, no como autora. Sin embargo, se ha convertido en experta en sistemas totalitarios y tiene gran interés en visitar un país que ha sido víctima de uno de estos regímenes tan sólo unos años antes.

Los orígenes del totalitarismo, el libro en el que ha trabajado durante cuatro años, no solamente contempla el nacionalsocialismo, sino también la época estalinista en la Unión Soviética y constituye por tanto un documento imprescindible para explicar la idiosincrasia del totalitarismo. Pero, ¿qué características diferencian a estos dos sistemas de otras dictaduras?

Cuando Hannah y Heinrich se enteraron de la existencia de los campos de concentración no quisieron dar crédito a las noticias, les parecía inaudito que hubiera existido un programa de aniquilamiento completamente inútil desde un punto de vista militar o económico y cuyo esfuerzo organizativo y humano habría de tener consecuencias desastrosas para el transcurso de la guerra. Hannah tardó en comprender que era precisamente en esta falta de sen-

tido donde radicaba la peculiaridad más característica del régimen nazi.

En el libro evita comparar a Hitler con Gengis Khan o con cualquier otra figura histórica; asimismo, en su opinión, tampoco existen referentes históricos posibles para el nazismo. Naturalmente, siempre ha habido guerras ofensivas, el exterminio de todo un pueblo no es nuevo, ha ocurrido en Australia, América o África, y tampoco han faltado en la historia los dictadores sangrientos. Pero por muy terrible que fueran todos estos actos, siempre habían sido motivados por distintas razones, ya fueran la pura codicia o la sed de poder.

Sin embargo, éste no es ya el caso de las fábricas de muerte de los nazis, cuyos habitantes no podían atribuir sus padecimientos al castigo por un crimen cometido. A este sistema le resultaba totalmente indiferente enviar a la cámara de gas a un asesino o a un completo inocente, el aniquilamiento se dirigía contra los seres humanos, que ya estaban prácticamente «muertos», despojados de sus derechos y de su dignidad. Como se trataba sólo y sobre todo de mantener ciertas cuotas en la cadena de montaje de la destrucción, el atentado contra la dignidad humana se diluía bajo una «limpieza» llevada a cabo de forma «industrial» y rutinaria. Por todo ello la razón humana tiene que enfrentarse aquí a una «falta absoluta de sentido».¹

1. Hannah Arendt, «Das vollendete Sinnlosigkeit», en: Hannah Arendt, *Israel, Palästina und der Antisemitismus*, editado por Elke Geisel y Klaus Bittermann, Berlín, 1991, págs. 77-94.

Tras esta maquinaria de muerte, Hannah Arendt ve una «lógica tragicómica» en acción, para la cual lo importante era hacer realidad la absurda idea de que la hegemonía mundial de una raza superior puede llevarse a efecto a partir del terror y de una organización perfecta. Las personas sólo constituían el «material» en la ejecución del objetivo, considerado un deber histórico. Por otra parte, se esperaba que los ejecutores llevaran a cabo su tarea sin ningún tipo de implicación emocional, sólo con una fidelidad inhumana y sobrehumana a una ley decretada por la historia y la naturaleza. Para evitar los problemas de conciencia, los actores de esta trama criminal se consideraban hermanados en una alianza secreta y de moral superior. Así, Heinrich Himmler explicaba a los batallones de las SS la gloria implícita que suponía presenciar la muerte de miles de personas «soprotando la repugnancia y guardando la compostura».

Hannah Arendt considera esta pretensión de asesinar masivamente en nombre de un deber histórico tan monstruosa y tan inhumana que recurre al concepto de «mal radical» para explicarla: «[...] en su afán de demostrar que todo es posible, el régimen totalitario descubrió, sin pretenderlo en realidad, que existe un mal radical que consiste en lo que las personas ni pueden castigar ni pueden perdonar».¹

Para mostrar que es posible transformar el mundo partiendo de los preceptos de una ideología, los nazis construyeron un mundo ficticio libre de cualquier experiencia

1. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, 1996, pág. 941.

perturbadora, es decir, sustituyeron la realidad por un sistema demente.

Este mundo de apariencias engendró muy pronto una comunidad, un «movimiento» de individuos aislados, totalmente incapacitados para actuar de una forma genuinamente colectiva. Lo que desde fuera se veía como una «casa de locos» era considerado por las personas atrapadas en él completamente razonable y procedente. Pero tan pronto como este mundo ficticio se desbarata, se destruye también el «movimiento» y las personas vuelven a ser lo que eran: individuos aislados, «sin patria».

La dictadura necesita personas para quienes el mundo como colectividad no existe, personas agrupadas tan sólo por una ideología. En opinión de Hannah Arendt, estos seres «sin patria» existen ya desde antes del nazismo, son un fenómeno propio de la modernidad. En la mayor parte de su libro sobre el totalitarismo se ocupa directa o indirectamente de estas personas «sin patria». Pretende demostrar mediante anécdotas, el estudio del carácter histórico de ciertas personalidades, y con ejemplos literarios, los mecanismos que lo han hecho posible. Con todo, Hannah no cree en procesos históricos determinantes: nada de lo que existe o de lo que existió lo hacían inevitable, no hay ninguna circunstancia anterior de la que pueda derivarse: «el resultado ilustra su propio pasado», escribe, «jamás puede ser atribuido a éste».¹ También el resultado de la dictadu-

1. Hannah Arendt, «Verstehen und Politik», en: Hannah Arendt, *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, Múnich, 1994, págs. 110-127, aquí pág. 122.

ra totalitaria ilustra su propio pasado poniendo al descubierto «cristalizaciones» y «corrientes subterráneas».

Una de estas corrientes subterráneas en la historia es para Hannah Arendt la tendencia al poder sin límites, demostrado en estado más puro en el imperialismo, al que ella dedica uno de los tres capítulos de su libro. Esta tendencia es tan insaciable que al «profesional del imperialismo» le «enfadan las estrellas porque no las puede dominar». La supresión de las fronteras nacionales amplía la dimensión de los conflictos, antes acotados. Un inglés pasa a convertirse en un «hombre blanco», un alemán en un «ario» y, como contraposición a estos seres superiores, existe una raza de esclavos, la de los «negros» o la de los «judíos».

El racismo y el imperialismo se complementan. Un grupo que se sienta llamado a dirigir el mundo se desmarca de una raza inferior que, según piensa, no puede participar en esta forma de dominio. Todo ello permite entender por qué los judíos fueron la chispa que encendió el nazismo, por qué precisamente ellos se convirtieron en el mayor de los enemigos. El nacionalsocialismo llevó al extremo todas las tendencias del imperialismo. Los nazis se consideraban un movimiento supranacional de elegidos con el deber histórico de dominar el mundo, nada menos. Por ello, todos los grupos que tenían una proyección internacional y una conciencia propia –los judíos en primera línea– se convirtieron en enemigos. Aquí había un pueblo sin estado que, a pesar de estar disperso por todo el mundo, se había mantenido vinculado a una misión histórica propia a través de las creencias y de la familia. La propaganda nazi convirtió el destino especial del pueblo judío en una conspiración a

escala mundial, los nazis se condujeron como si el mundo estuviera de verdad infiltrado de judíos y sólo una contraconspiración pudiera salvarlo.

La cuestión de que esta conspiración fuera, tal vez, una quimera, no se planteó jamás. Todos se comportaban como si fuera verdad y en verdad se convertía. La locura se transformó en realidad. Pero tan pronto como los pilares fundamentales de esta construcción falsa, la organización y el terror, dejaron de funcionar, se pusieron de manifiesto las debilidades de un sistema totalitario, que reventó como una pompa de jabón. Y así, las personas despertaron de un sueño en el cual no querían ya seguir creyendo.

Hannah Arendt escribe al respecto: «Con el desmoronamiento de su patria ficticia, las masas regresan al mundo, de cuya realidad los había protegido el movimiento, se convierten de nuevo en los individuos aislados que la masa había reunido, y se dedican a nuevas tareas en un mundo transformado, o se retiran a una superficialidad desesperada de la cual la ficción les había rescatado por un momento. [...] En silencio, como si no se tratara más que de un desengaño absurdo, renuncian a su pasado y, cuando es necesario, lo niegan buscando una ficción nueva y prometida o esperan hasta que la vieja ideología tome fuerza de nuevo y produzca un nuevo movimiento de masas».¹

La Alemania a la que Hannah regresa ha dejado ya tras de sí el caos y el desconcierto de los primeros años de la pos-

1. *Elemente*, pág. 465.

guerra y se encuentra en vías de convertirse en una nación industrializada y democrática. Se ha llevado a cabo una reforma monetaria, las zonas ocupadas por las potencias occidentales se han unificado y en agosto de 1949 se celebran las primeras elecciones al Bundestag. Como presidente se elige a Theodor Heuss y como canciller al ex alcalde de Colonia Konrad Adenauer.

A Hannah su trabajo para la Jewish Reconstruction le ocupa todas las horas del día. Viajando de ciudad en ciudad, saltando de una cita a otra, tiene muchas oportunidades de hablar con la gente, y queda horrorizada. Le escribe a Heinrich: «¿Sabes que tenías mucha razón en no querer regresar jamás? A uno se le estrangula el sentimentalismo en la garganta. Los alemanes viven de la mentira y de la estupidez. Y cómo hiede esta última».¹ Hannah tiene la impresión de que los alemanes recuerdan anhelantes al «Hitler antes de la guerra», que recurren a cualquier truco, ya sea la autocompasión o la actividad frenética, para evadirse de la «realidad de la destrucción».

Con posterioridad describe en un artículo, asqueada, la compulsión de sus otrora compatriotas por «estar siempre ocupados», la «avidez por producir sin descanso».² Desde su punto de vista, las consecuencias del régimen totalitario se muestran, sobre todo, en el hecho de que las realidades son convertidas automáticamente en meros pareceres. Para

1. Carta a Heinrich Blüchner, 14 de diciembre de 1949, pág. 175.

2. Hannah Arendt, «Besuch in Deutschland 1950. Die Nachwirkungen des Naziregimes», en: Hannah Arendt, *Zur Zeit*, Berlín, 1986, págs. 43-70, aquí pág. 51.

librarse de la culpa, los alemanes tergiversan los hechos incuestionables del Tercer Reich y los transforman en meras opiniones que cada cual puede juzgar según crea conveniente.

Para Hannah, la única excepción honrosa la constituyen los habitantes de Berlín, donde visita a su viejo amigo de juventud Ernst Grumach. Aunque la ciudad está completamente en ruinas y sufre todavía los efectos del bloqueo soviético, los berlineses son «magníficos, humanos, divertidos, con un humor rápido como el rayo». Paseando en coche por la zona oriental de la ciudad, destruida por las bombas, cruza por delante de cartel con la figura de Stalin. Su joven chófer dice entonces señalando las ruinas: «Ya ve. Acabamos de despedirnos de un amigo del pueblo... y esto es lo que él ha legado a su querido pueblo».¹

Hannah no encuentra esta percepción tan sensata de la realidad en otros, ni siquiera entre los intelectuales. Le da la impresión de que cada uno tiene su forma peculiar y refinada de evitar la realidad preguntándose ante cualquier problema por su origen metafísico. En lugar de buscar en los nazis los motivos de la destrucción, retroceden hasta «acontecimientos tan antiguos como la expulsión de Adán y Eva del paraíso».²

A mediados de diciembre llega a casa de los Jaspers en Basilea. Entre Karl Jaspers y ella vuelven a producirse las sinceras conversaciones que tanto valora: «No pensamos

1. Carta a Heinrich, 14 de febrero de 1950, pág. 207.

2. *Besuch in Deutschland*, pág. 45.

que haya algo que no podamos decir por temor a herir al otro. La confianza en la amistad es muy grande y uno tiene certeza de que no existe ningún tabú».¹

Naturalmente, también hablan sobre Heidegger. Jaspers le enseña las cartas que éste le ha remitido y por primera vez ella se sincera sobre su relación. «Vaya, eso es muy emocionante», responde Karl Jaspers.

Tras la visita a los Jaspers, Hannah ya no desea ver a Heidegger, sobre todo tras enterarse de la campaña organizada por éste contra Jaspers. Sin embargo, y aunque no lo quiera reconocer, se siente atraída a Friburgo como por un imán. En Estados Unidos había publicado un artículo sobre Heidegger donde le llama «el último de los románticos». Es posible que en esta definición, en principio negativa, exista también algo de la fascinación que su antiguo profesor ha ejercido siempre sobre ella. Sea como fuere, Hannah se dirige a Hugo Friedrich, un amigo de estudios de la época de Heidelberg, para conseguir la dirección del filósofo y el 7 de febrero de 1950 llega a Friburgo por motivos exclusivamente profesionales, como se encarga de explicar.

Desde el hotel donde se aloja le hace llegar a Heidegger una nota sin firma, donde pone tan sólo: «Estoy aquí». Él llega al hotel hacia las seis y media de la tarde. Sólo desea dejarle a Hannah una carta en la recepción invitándola a su casa a cenar. Pero la llama, y cuando entra en su habitación parece, como ella dice, «un caniche mojado». Lo que

1. Diálogo con amigos y colegas en Toronto, en: *Ich will verstehen*, pág. 113.

Hannah siente se lo escribe a Heidegger dos días más tarde. «Cuando el camarero pronunció tu nombre (yo no te esperaba, no había recibido la carta), fue como si el tiempo se detuviera súbitamente. Entonces se me hizo patente lo que yo no había confesado a nadie, ni a ti, ni a mí, ni a cualquier otro: que, después de que Friedrich me diera la dirección, la presión del impulso tuvo la clemencia de preservarme de cometer la única infidelidad verdaderamente imperdonable y de hacerme indigna de mi vida. Pero tienes que saber una cosa [...] si lo hubiera hecho, habría sido sólo por orgullo, por pura locura absurda. No por ningún otro motivo».¹

Esta «infidelidad imperdonable» sería para Hannah romper todos los vínculos con su antiguo profesor y amante. Y como ella misma dice, lo habría hecho por «orgullo», no por otros «motivos» como su pasado nazi.

Tras aceptar la invitación de Heidegger, ambos pasan la tarde solos porque Elfride Heidegger no está en casa. Según parece, en este encuentro la atmósfera fue muy cordial. «Hablamos», escribe Hannah a Heinrich, «por primera vez en nuestra vida».²

Heidegger desea que, antes de partir, su ex alumna regrese para conocer a su mujer. Ella se resiste al principio, pero luego acepta. Tras volver a su hotel lee «medio dormida» la carta que le había entregado él en la recepción, en la que se menciona que Elfride conoce la relación entre ambos.

1. Cfr. Elzbieta Erttinger, pág. 86 y ss.

2. Carta a Heinrich. 8 de febrero de 1950, pág. 207.

A la mañana siguiente el encuentro se desarrolla con una gran tensión. Heidegger pone demasiado empeño en que ambas mujeres entablen amistad y desea convencer a Hannah –también en las cartas subsiguientes– de que Elfride le ha perdonado su aventura y no le importa que recuperen su vieja amistad. Al final de la visita ambas se abrazan y ello constituye para Heidegger una señal de la reconciliación y del comienzo de una relación entre los tres.

Hannah percibe la escena de otra manera, mucho menos distendida. Por una parte le «estremece» la actitud de Elfride al recibirla; por otra, no puede superar el hecho de que nunca haya disimulado su actitud antisemita. También le molesta que Elfride espere de ella una mala conciencia por el *affaire* mantenido con su marido. Dos días después de su partida de Friburgo, Hannah le remite una carta en la que reconoce, sin ningún remordimiento, su gran amor por Heidegger. Y a Heinrich le escribe la tarde después de la reunión: «Hoy se ha peleado con su mujer; ella le hace la vida imposible desde hace veinticinco años, o desde que, de alguna manera, se las ingenió para hacerle confesar la verdad. Y él, que es un mentiroso notorio y miente siempre y sobre todo lo que puede, confesó en el curso de la maldita conversación entre los tres que la nuestra había sido antaño la pasión de su vida. Me temo que, mientras viva, la mujer estará dispuesta a estrangular a todos los judíos. Es tonta de remate, sin más. Pero yo intentaré arreglarlo en lo posible».¹

1. *Ibid.*, pág. 207 y ss.

Baden-Baden, Rastadt, Wiesbaden, Coblenza, Kassel, Marburgo: estas son las siguientes paradas de su viaje. También visita a Anne Weil en París y a Eva Beerwald en Londres. Al final de este recorrido se encuentra «ligeramente atontada» y sufre una lumbalgia.

El 15 de marzo emprende el regreso a Estados Unidos, esta vez en barco, para alivio de Heinrich, quien tiene que enviarle pastillas contra el mareo. Hannah viaja muy a disgusto en los barcos, sobre todo cuando están llenos de gente, le parece estar en «un campo de concentración de primera clase».

Durante la ausencia de su esposa, a Heinrich se le ha hecho patente que la soledad es algo muy diferente del abandono. Cuando se encuentra solo escribe cartas y disfruta haciéndolo; sin embargo, cuando se siente abandonado sufre mucho.

En esta ocasión Heinrich no ha tenido tiempo para la soledad. Mientras Hannah se encontraba viajando por Europa, alquiló parte de la vivienda a un pintor llamado Krauskopf, su mujer y su hijo. Una vez todos salen huyendo por la escalera en mitad de la noche porque en el piso de abajo se ha declarado un incendio. Heinrich también debe ocuparse de Hilde Fränkel, una amiga enferma de cáncer, y como en su círculo de amigos se aprecia mucho su carácter sensible pero firme, tiene que salvar varias «crisis, la última peor que la anterior», entre ellas la del matrimonio de Alfred y Carol Kazin. Además, actúa de testigo en la boda de Hermann Broch y Annemarie Meier-Gräfe. Tras la ceremonia define el matrimonio en un pequeño discurso diciendo: «El matrimonio todo lo duplica».

Heinrich, que tiene ahora cincuenta y un años, carece todavía de una profesión en la que pueda desarrollar su talento oratorio y pedagógico. Las tentativas de conseguir un puesto apropiado no han dado resultado. «Algunas veces me parece ser un apestado», le dice a Hannah.

No obstante, de repente se le abre un camino en un acto organizado por el club de artistas de Greenwich Village. Los conferenciantes no aparecen y a él le ofrecen tomar la palabra. Su alocución, totalmente improvisada, tiene «un éxito clamoroso» y a partir de entonces es convocado para aparecer en otros foros por toda América.

La evolución política vivida por Hannah en Alemania y en Europa influye en el clima político de Estados Unidos. La guerra fría, librada entre las potencias occidentales y los países del bloque oriental, produce enfrentamientos en todo el mundo. En 1950 la parte norte de Corea, comunista, invade el sur, de influencia norteamericana, con intención de conquistarlo. Se declara una guerra que no tiene consecuencias en la división de la nación pero que acrecienta el peligro de que se produzca una nueva guerra mundial y aviva el temor en Estados Unidos al predominio de los comunistas.

En el año 1951 aparece *Los orígenes del totalitarismo*. El libro tiene una acogida entusiasta. Hannah incluso aparece en la portada de una revista que dedica una amplia crítica a la obra.

En el mismo año se convierte en ciudadana estadounidense. Ha dejado de ser apátrida tras diecisiete años de huida y exilio.

XII. Caza de brujas

*«Algunas veces me permito las escapadas
más increíbles»*

A comienzos de 1952 Heinrich, que sigue esperando su nacionalización, siente temor a ser denunciado por su pasado político. En Estados Unidos se vive una atmósfera de persecución contra todo lo que recuerde a los comunistas, tanto que en Hollywood, donde un actor llamado Ronald Reagan es el líder de los anticomunistas, se incluyen en el Índice ciertas películas porque en ellas aparecen niños soviéticos.

En 1951 el Congreso norteamericano aprueba leyes anticomunistas, y este hecho desata una campaña de «acoso al rojo», dirigida especialmente contra artistas e intelectuales, a cuya cabeza figura el senador republicano Joseph McCarthy, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas. Todos los sospechosos tienen que presentarse ante el comité y quienes se niegan a testificar o no muestran arrepentimiento son incluidos en una lista negra y condenados al ostracismo profesional y social. En esta caza de brujas participan algunos comunistas desencantados por los crímenes de Stalin además de muchos famosos, como el actor Gary Cooper y el director Elia Kazan, que respaldan al comité denunciando a sus colegas para salvar sus propias carreras. A partir de entonces, como dice

Hannah Arendt en una carta a Karl Jaspers, el miedo «cubre la vida intelectual como una nube tóxica».¹

Los Arendt-Blüchner se sienten también inseguros. No sólo porque Heinrich teme que no le concedan la nacionalidad, sino que además sobre algunos exiliados ya nacionalizados pende la amenaza de la retirada de la ciudadanía. A pesar de todo, Hannah publica un artículo criticando la pretensión de «hacer América más americana». En su opinión, tras esta pretensión, calificada en *Los orígenes del totalitarismo* de típicamente totalitaria, se oculta la intención de querer adaptar la realidad a un objetivo futuro y abstracto. Una democracia, argumenta, no es un modelo ya acabado que pueda ser construido con métodos violentos. Es algo «vivo», necesita la discrepancia tanto como el consenso y cuando se le arrebatara este dinamismo se la destruye.

También a Heinrich le espanta el fanatismo de los anti-comunistas, le recuerda la persecución nazi contra los judíos. «Qué pronto convertirán a los “*born in America*” en superhombres» dice.² A él esta inseguridad le resulta especialmente difícil de superar porque es ahora cuando empieza a sentirse integrado en su nueva patria. Tras el éxito de su conferencia en el club de artistas ha recibido la oferta de ocupar el puesto de Günther Stern, primer marido de Hannah, en la New School of Social Research.

Las clases de arte que Heinrich imparte en la New School no le impiden manifestarse sobre acontecimientos

1. Carta a Karl Jaspers. 3 de junio de 1949, pág. 173.

2. Carta de Heinrich Blüchner, 5 de julio de 1952, pág. 304.

políticos; al contrario, entiende las obras de arte, sobre todo de arte moderno, como expresiones de libertad y por tanto con una gran carga política. Diserta espontáneamente, sin apuntes, pero con una gran concentración, y sus oyentes le consideran «brillante, maravilloso». «*He has come into his own* [se ha encontrado a sí mismo], como se dice en inglés», escribe Hannah a Kurt Blumenfeld.

Según Alfred Kazin, Hannah es un gran refugio en medio de la histeria colectiva de la era McCarthy, pues proporciona a sus muchos amigos algo parecido a «valor intelectual». El valor es para ella una virtud política cardinal consistente en vencer el miedo por la seguridad personal con objeto de poder ocuparse del mundo. «El valor», escribe una vez, «libera al espíritu de la preocupación por la vida convirtiéndola en una preocupación por la libertad del mundo».¹

Los visitantes de la pequeña vivienda en Morning Side Drive 130 sienten también un poco esta libertad. Alfred Kazin ve a la pareja a menudo y es testigo de lo inusual de su unión. «En cualquier conversación, el idioma podía cambiar de repente a alemán. Entonces estallaba un conflicto matrimonial sobre algún tema filosófico surgido de la forma más sorprendente. Heinrich, con la pipa entre los apretados labios, explicaba sus argumentos gruñendo, como si peleara en algún campo de batalla contra obstinados filósofos. [...] Hannah te enfrentaba a la verdad, te entregaba su amistad y no dejaba de desafiar a su esposo aun cuan-

1. Hannah Arendt, *Freiheit und Politik*, en: *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, págs. 201-226, aquí pág. 208.

do él fuera su compañero en el seminario más apasionado que yo haya visto jamás entre un hombre y una mujer».¹

Los Arendt-Blüchner se sientan con sus visitas en grandes sillones presididos por una lámina con el busto de Platón, fumando y comiendo frutos secos de todo tipo y *crackers*, que a Hannah le encantan, y cuando se pone a hablar sobre la *polis* griega sólo se deja interrumpir por su inquilino, que hace temblar toda la casa al utilizar la cisterna del cuarto de baño. Entonces se detiene un momento para después continuar hablando apasionadamente sobre Platón o acerca del estado policial. «Ambos vivían de una manera verdaderamente filosófica», recuerda Kazin, «no vivían “su” filosofía, sino la filosofía entendida como “el pensamiento a través de los tiempos”».²

Hannah ejerce una poderosa fascinación en los artistas de su círculo de conocidos, en Robert Lowell y, especialmente, en Randall Jarrell. Jarrell nunca deja de acercarse a la casa de Hannah cuando va a Nueva York. Se anuncia con una pequeña tarjeta diciéndole que escriba en su agenda: «Fin de semana bajo el signo de la poesía norteamericana», y cuando entra en la vivienda, Hannah siempre tiene la sensación de que todo se transformaba con su embrujo.³ Su ser poético impregna su entorno de tal manera que ella le habría considerado poeta incluso aunque jamás hubiera escrito una línea. Durante horas Jarrell le lee a Hannah textos de

1. Alfred Kazin, *New York Jew*, Nueva York, 1978, pág. 198.

2. Alfred Kazin.

3. Cfr. Hannah Arendt, «Randall Jarrell», en: H.A., *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 335-340.

autores estadounidenses y por su parte ella despierta en él un gran entusiasmo por Goethe, Hölderlin y Rilke.

Aunque Jarrell ama la lengua alemana incluso más que la suya propia, se niega en redondo a aprenderla de una manera sistemática, prefiere leer los cuentos de Grimm sin diccionarios ni gramáticas. Cuando Hannah se mete en la cocina para preparar la comida, él la sigue hasta allí para conversar, y si ella le echa, se acerca a la habitación donde está Heinrich. No mucho después se oye a ambos intentando, cada uno de ellos, hablar más alto que el otro. «Imagínate», le dice Jarrell a su prometida, Maria von Schrader, «¡el marido de Hannah es todavía más apasionado que yo!». Sobre la pareja Blüchner-Arendt escribe: «Son realmente increíbles. Se tiran pullas entre sí y se dividen las tareas del hogar de una forma muy peculiar; ella se burla de él más que él de ella. Creo que son un matrimonio realmente feliz».¹

A Hannah, Jarrell le parece a veces un personaje de fábula por su entusiasmo sin límites hacia la poesía, pero no considera que viva en un mundo de ensueño, al contrario, le «hace frente». Es realista y al mismo tiempo mantiene una cierta ingenuidad infantil y la capacidad de sorprenderse.

El realismo mezclado con un cierto alejamiento del mundo son cualidades que siempre han atraído a Hannah. Éste es el caso de Waldemar Gurian, un judío de ascen-

1. *Randall Jarrell's letters*, editado por Mary Jarrell, Boston, 1984, pág. 279.

dencia rusa, profesor de ciencia política en Estados Unidos y hombre muy instruido, que es a la vez tan fuerte como un coloso pero tan sensible como un niño. Arendt le considera «un hombre de gran valor» porque conoce muy bien el mundo y porque, precisamente por ello, necesita una gran valentía «para seguir manteniendo intacta su inocencia».¹

Lo mismo se podría decir de Mary McCarthy, a quien Hannah compara una vez con el niño del cuento asombrado por las nuevas vestiduras del rey. Para Mary, la vivienda en Morningside Drive se ha convertido en un «verdadero imán»,² incluso a pesar de la manera de cocinar de su amiga. Mary se ha casado una tercera vez, con Bowden Broadwater, y ha escrito una novela satírica sobre los intelectuales norteamericanos. En ella critica con vehemencia el «embobamiento» de estos intelectuales, siempre enredados en vanas cuestiones en lugar de tomar postura contra la política reaccionaria del gobierno. Proyecta incluso dejar su carrera literaria para estudiar derecho y, como dice Heinrich, «convertirse en una verdadera luchadora por la libertad».³

En sus recuerdos sobre las visitas a Morningside Drive, Mary McCarthy menciona un aspecto doloroso de la pareja Blüchner-Arendt: la falta de hijos. Hannah atribuye este

1. Hannah Arendt, «Waldemar Gurian», en: H.A., *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 310-323, aquí pág. 319.

2. Carta de Mary McCarthy, 14 de marzo 1952, pág. 51.

3. Carta de Heinrich Blüchner, 17 de junio 1952, pág. 59. *Fighter for freedom* en el original. [N. de la T.]

hecho a circunstancias puramente pragmáticas. «Cuando éramos jóvenes», le explica a Hans Jonas, otro huésped frecuente, «no teníamos dinero y cuando lo tuvimos ya éramos demasiado mayores».¹

Tal vez a la falta de hijos se deba también la dependencia mutua entre los esposos. A pesar de sus muchos amigos y conocidos, el uno es el mayor apoyo del otro, sobre todo en el caso de Hannah. Ella siempre está preocupada por la salud de Heinrich, que ya ha cumplido cincuenta y tres años. Cuando se encuentra de viaje él debe prometerle que le escribirá con regularidad, y si una carta se retrasa o no llega ella se enfada muchísimo, simplemente porque no puede pasar mucho tiempo sin tener contacto con Heinrich. En un artículo sobre la educación, Hannah subraya la importancia de saber diferenciar entre la esfera privada y la pública. En el ámbito de lo privado todo niño encuentra la seguridad necesaria para vivir en tanto que en el ámbito público debe aprender a valerse por sí mismo. Éste es también su caso. Al lado de Heinrich acumula la confianza necesaria para poder enfrentarse al mundo. «Con Heinrich apoyándome no me puede pasar nada», escribe a Kurt Blumenfeld, «y algunas veces, por pura confianza, me permito las escapadas más increíbles».²

Hannah desea viajar de nuevo a Europa en marzo de 1952. Esta vez tiene el proyecto de quedarse en el Viejo Continente más tiempo, hasta julio. Vuelve en represen-

1. Young-Bruehl, pág. 373 y ss.

2. Carta a Kurt Blumenfeld, 14 de octubre de 1952, pág. 69.

tación de la Jewish Cultural Reconstruction, pero su intención es conseguir una beca Guggenheim para dejar de trabajar durante dos años. Desea utilizar este apoyo económico para escribir un libro, y el soporte bibliográfico necesario se encuentra en las bibliotecas europeas. El libro pretende complementar *Los orígenes del totalitarismo* siendo una crítica sólida del marxismo, porque a Hannah le desagradaba que su comparación entre Hitler y Stalin haya encontrado eco en los anticomunistas estadounidenses. Cualquier «idiota» cree poder denostar a Marx, escribe a Jaspers.¹ Y ella no se lo quiere poner tan fácil.

Arendt realiza su segundo viaje a Europa con objetivos muy diferentes al primero. Aunque *Los orígenes del totalitarismo* no se ha traducido todavía a otros idiomas, le acompaña la fama de ser autora de una obra revolucionaria. La invitan a pronunciar conferencias en Berlín, Tubinga y Manchester e incluso recibe la oferta de convertirse de regreso a Estados Unidos en la primera mujer profesora de la renombrada Universidad de Princeton. «Nuestro famoso meteoro», dice Heinrich con admiración.

En París, todas las personas importantes desean la compañía de la elogiada judía norteamericana. Hannah ve a «todo el mundo»; también Albert Camus, la persona más relevante de Francia en su opinión, quiere conocerla. Por el contrario, ella no tiene ningún interés por reunirse con Jean-Paul Sartre. Considera a Sartre y sus seguidores tan encerrados en los procesos históricos que han perdido la

1. Carta a Jaspers, 3 de junio de 1949, pág. 173.

perspectiva sobre todo lo real. Viven, dice, «en una luna hegeliana».¹

Hannah está como embrujada por la capital francesa y no tarda en postergar su intención de comenzar el trabajo en su nuevo libro. Visita los lugares y cafés donde había estado con Heinrich dieciséis años antes. Compra vino, queso y pan en la calle Buci y se pierde por las librerías. Con Annchen² Weil asiste a una representación del *Wozzeck*³ de Alban Berg y a una actuación del coro en la iglesia de Santo Tomás⁴ de Leipzig: «Realmente precioso». Acompañada de Alfred Kazin, que imparte un curso en Alemania, y de la nueva novia de éste, Ann Burstein, viaja a Chartres para ver la famosa catedral. «Qué bonita», le escribe a Heinrich. «El sol primaveral, tan maravilloso, brillaba a través del azul de las vidrieras haciéndolo todavía más azul. Empiezo a valorar la arquitectura; hasta ahora no me había dado cuenta del milagro perfecto que es».⁵

Naturalmente, estima un deber ineludible trasladarse a Basilea para visitar al matrimonio Jaspers. A Karl Jaspers todavía le atormenta su relación con Martin Heidegger. Entre tanto, a éste le han retirado la prohibición de enseñar y pone gran empeño en reconciliarse con su viejo ami-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 24 de abril de 1952, pág. 254.

2. Diminutivo de Ana. [*N. de la T.*]

3. Se trata de una ópera compuesta por Alban Berg, basada en la obra teatral del mismo nombre, del autor Büchner. [*N. de la T.*]

4. Donde trabajó y compuso sus obras Juan Sebastian Bach. [*N. de la T.*]

5. Carta a Heinrich Blüchner, 17 de abril de 1952, pág. 248.

go. En una carta de marzo de 1950 le escribe arrepentido: «No he ido a su casa desde 1933 porque viviera en ella una judía, sino, simplemente, porque estaba avergonzado».¹ Jaspers le agradece sus palabras, pero no desea perdonarle por completo. Le contesta que le considera un muchacho soñador, pero un muchacho ante un montón de ruinas que se deja llevar. Heidegger entiende esta reacción como un rechazo a su mano tendida. Por su parte, Hannah teme que Elfride le atribuya a ella la culpa por la actitud de Jaspers.

Hannah no se ha anunciado a Heidegger intencionalmente, aunque le supone enterado de su viaje a Europa por los periódicos. Ahora le comunica su dirección y le hace saber que viajará a Friburgo el 18 de mayo. Desea permanecer toda una semana allí y para evitar las habladurías atribuye su visita a obligaciones profesionales.

Sabe que en Friburgo no todo serán «mieles», supone que tendrá «dificultades con *madame*», es decir, con Elfride Heidegger. Pero los primeros días en la ciudad sobrepasan incluso sus peores temores. «La mujer casi ha enloquecido de celos, aumentados por todos los años esperando que él me olvidara. Todo ello se hizo patente en una escena casi antisemita producida en ausencia de él. Las convicciones políticas de esta dama [...] han permanecido inalteradas por las circunstancias y están tan llenas de una necesidad obtusa, maliciosa y resentida que se puede llegar a entender lo

1. Carta de Heidegger a Jaspers, 7 de marzo de 1950, en: Martin Heidegger/Karl Jaspers, *Briefwechsel 1920-1963*, editado por Walter Biemel y Hans Saner, Múnich, Francfort del Meno, 1990.

que a él le ha sucedido. [...] Todo acabó, en resumidas cuentas, con una escena mía ante él, y desde entonces las circunstancias han mejorado mucho».¹

Hannah considera «un atrevimiento» por su parte recalar en Friburgo trastornando el matrimonio de Heidegger. Tras los primeros problemas se encuentra indecisa sobre si debe marcharse. Pero no desea darse por vencida, no soporta ver a su querido profesor y amante tan equivocado desde un punto de vista político, refugiándose en mentiras y medias verdades, y se siente obligada a pedirle explicaciones.

De los titubeantes intentos de acercamiento entre Hannah y Elfride ya no queda nada y evidentemente Heidegger también se ha dado por vencido en su pretensión de conseguir la amistad entre ambas. Para Hannah la cuestión está ahora clara: Elfride se encuentra detrás de todo, a su influencia se debe la participación del filósofo en el nacionalsocialismo, su falta de sinceridad y su mendacidad. A él se le puede hacer el reproche, como mucho, de no haberse defendido de esta influencia por debilidad. Tan pronto como Hannah se reúne con él desaparecen todas las cosas que a ella tanto le molestan, se convence de su «bondad esencial», de su genuino «desvalimiento».²

Hannah se considera la protectora de Martin, de su equilibrio anímico y de su trabajo filosófico y sus palabras reflejan la antigua devoción por el gran mago. Él está en «una forma maravillosa», piensa ella, e incluso le entusias-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 24 de mayo de 1952, pág. 274.

2. *Ibid.*, pág. 275.

ma su curso, en el que él le ha reservado un lugar de honor. Pero jamás hablan del trabajo de ella, como si de forma tácita hubieran acordado que «se comportara como si jamás hubiera escrito una línea».

Hannah no deja de visitar a Heidegger, aunque éste hubiera preferido ahorrarle más disgustos a su mujer. Hannah va y viene de Ginebra a Friburgo, de uno a otro de los dos profesores que más le han influido: Jaspers, cuyas conversaciones la embriagan, y Heidegger, a quien debe arrancar cada palabra. Una vez se reúne con Martin «en secreto, cerca del lago de Constanza». Piensa con preocupación si caerá de nuevo en sus depresiones cuando ella ya no esté allí y pretende «estabilizarle» para un periodo tan prolongado como sea posible.

Posteriormente Hannah tiene que dedicarse a sus deberes oficiales; viaja a Maguncia, Stuttgart y Múnich para negociar con ministerios de cultura y bibliotecas en nombre de la Jewish Cultural Reconstruction. Renuncia al proyecto de desplazarse a Berlín por la tensa situación de la ciudad. Tras la disolución, por un «convenio general», del estatuto de ocupación de las potencias europeas occidentales y la firma, el 27 de mayo de 1952, del tratado de una Comunidad de Defensa Europea, se produce un recrudecimiento en las «medidas de seguridad en las fronteras». La línea de demarcación entre Berlín oriental y occidental sigue permaneciendo abierta, pero se cierran calles, se clausuran líneas de transportes y se establece una barrera entre Berlín occidental y la República Democrática Alemana.

A finales de junio, Hannah viaja a Inglaterra para pronunciar una conferencia en la Universidad de Manchester.

Los ingleses –piensa– son el pueblo más civilizado de la tierra, pero «también el más aburrido», tienen un don especial para «desaprovechar la vida». Por ello, lo primero que hace cuando se vuelve a encontrar en París es «comer como loca» en compañía de Anne Weil.

Desde París regresa de nuevo a Alemania. Está invitada a hablar en las universidades de Heidelberg y Marburgo, donde una vez fuera estudiante. La atmósfera en ambos lugares la decepciona. De Heidelberg le molestan las camarillas y el nivel «absolutamente pésimo» y a Marburgo, lleno de *Korpsstudenten*,¹ lo considera «espiritualmente muerto».

En las universidades trata el tema *Ideología y terror*.² Las conferencias pronunciadas son resultado de un intenso trabajo sobre su concepción del totalitarismo. Con ellas desea mostrar las experiencias humanas subyacentes a las distintas formas de estado. Mientras que la tiranía se define por la conjunción de temor y desconfianza y en la república existe el convencimiento de la igualdad entre todos y de «no estar solo», la experiencia central en un régimen totalitario es el abandono.

Este abandono es engendrado por el terror, y lo específico de este terror no sólo es el hecho de que destruye los vínculos entre las personas, sino también que el individuo pierde los vínculos consigo mismo. Toda relación crítica con uno mismo, que todavía existe en la mayor de las

1. Estudiantes pertenecientes a asociaciones. [*N. de la T.*]

2. La conferencia apareció primero en libro homenaje a Karl Jaspers y más tarde se incluyó en la edición alemana de los *Orígenes*.

soledades, es destruida y desaparece así el «otro» que podría oponer resistencia con sus vivencias y sus pensamientos. En este abandono, que no es lo mismo que la soledad, la persona tiende a perderse en pensamientos, lógicos, pero alejados de cualquier realidad. Quienes caen presos en él se convierten en víctimas fáciles de las ideologías, porque una ideología no es, en opinión de Hannah Arendt, sino un «abandono organizado» caracterizado por los mismos rasgos: parte de una premisa no probada y de ella extrae lógicamente todas las consecuencias.

A este respecto cita al reformador Martin Lutero y su respuesta a la pregunta de por qué se debe evitar la soledad. Un hombre solo, dice Lutero, «siempre deduce una cosa de otra y piensa en todo hasta llegar a lo peor».¹

1. *Elementos*, pág. 976.

Hannah permanece en Europa más tiempo del planeado. Acepta la oferta de Jaspers de irse de vacaciones con él y su mujer a Saint Moritz. Los días allí son «inolvidables». Dan grandes paseos por las montañas y ella disfruta de que Jaspers la «incluya de verdad» en las conversaciones. Envía una postal a Heinrich con la imagen de la casa de Nietzsche en Sils-Maria diciéndole: «Ay querido, según Nietzsche sólo existe la verdad cuando existen dos. Yo sola no podría alcanzarla».¹

Mientras tanto, Heinrich ha hecho carrera en Nueva York. El Bard College le ha ofrecido desarrollar y dirigir un nuevo programa académico. En las conversaciones de toma de contacto ha causado una grata impresión, le consideran un «socrático». Y como él, siguiendo a Wilhelm Busch,² piensa que «un buen hombre algo bueno obtiene», recibe la satisfacción de ver resuelto el problema de su ciudadanía, que jura el 7 de agosto de 1952.

1. Carta a Heinrich Blüchner, 1 de agosto de 1952, pág. 321.

2. W. Busch (1832-1908): escritor y dibujante conocido sobre todo por sus cuentos (más bien contraculturales) para niños. [*N. de la T.*]



Hannah Arendt a la edad de ocho años con su madre.



Hannah Arendt con sus hermanastras Eva y Clara Beerwald hacia 1921.



Hannah Arendt, 1923.



Günther Stern y Hannah Arendt hacia 1929.



Hannah Arendt en París.

*Hannah Arendt y Karl Jaspers con su mujer, Gertrud,
en Saint Moritz, 1952.*



Hannah Arendt y Heinrich Blüchler en Nueva York, 1950.





Hannah Arendt en la Universidad de Chicago, hacia 1965.



Hannah Arendt, 1963.



Hannah Arendt y Mary McCarthy en Sicilia, 1971.



Hannah Arendt poco antes de su muerte. Año 1975

XIII. Más allá del trabajo

«De vez en cuando debemos tratar a los intelectuales»

A finales de 1952 los Arendt-Blüchner pueden votar de nuevo después de veinte años. Lo hacen en las elecciones del sucesor del presidente Truman, que renuncia a presentarse a un nuevo mandato. Hannah otorga su confianza a Adlai E. Stevenson, el elocuente e ingenioso gobernador de Illinois, pero no es éste el elegido, sino el íntegro general Dwight D. Eisenhower. La vicepresidencia la ocupa el senador por California Richard Nixon, quien tiene para Hannah un cierto *mob appeal*.¹

A Hannah le desilusiona el resultado de las elecciones porque no espera que el nuevo gobierno ponga fin a los manejos del senador McCarthy. Escandalizada, le escribe a Jaspers que la sociedad en su conjunto ha acabado por convertirse en un sistema de soplones, en un conjunto de *job holders* [tenedores de empleo], es decir, personas para quienes lo más importante es la seguridad de sus puestos de trabajo.² Ella no desea amilanarse ante «esta chusma» y pretende crear con un grupo de amigos como Mary McCarthy, Dwight Macdonald —editor de la revista *Politics*—, Richard Rovere —famoso periodista— y Arthur Schlesinger —influ-

1. Una cierta aureola de mafioso. [*N. de la T.*]

2. Carta a Karl Jaspers, 13 de mayo de 1953, pág. 247 y ss.

yente profesor de historia— una nueva revista con el nombre de *Critics*. Finalmente, tienen que abandonar su pretensión debido a la carencia de fondos.

Mientras tanto, Hannah Arendt es bastante conocida para participar en el debate público de otras maneras. Toma parte en varios congresos y las prestigiosas universidades de Harvard y Princeton la invitan a impartir cursos. Estos honores no la impresionan demasiado, ni tampoco la intimidan. En Harvard provoca un escándalo arremetiendo contra los sociólogos, quienes en su opinión tienen por costumbre comparar las cosas más distintas, en especial el comunismo y la religión. Por el contrario, ella considera fundamental distinguir con claridad unos conceptos de otros e inquirir la función que cada fenómeno tiene en la sociedad, lo cual le abre de par en par las puertas de la notoriedad. Así, por ejemplo, el tacón de un zapato puede cumplir la función de martillo —explica— cuando se utiliza para poner un clavo en la pared,¹ pero no por ello el zapato se convierte en un martillo. Por consiguiente, quien compare zapato y martillo, o comunismo y religión, por poner por caso, es para Hannah «cuando menos, muy poco científico».² Entre los sociólogos de Harvard este reproche produce indignación. «Fue muy divertido», le escribe a Jaspers, «porque a mí me encanta pelearme».³

1. Carta abierta a Henry Kissinger, en: *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, págs. 324-326.

2. Hannah Arendt, «Religion und Politik», en: H.A., *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, págs. 305-324, aquí pág. 312.

3. Carta a Karl Jaspers, 21 de diciembre de 1953, pág. 272.

En octubre de 1953 Hannah Arendt se convierte en la primera mujer directora de los seminarios Christian Gauss¹ en la patricia Universidad de Princeton. Le disgusta sobremanera ser presentada como algo excepcional, como un adalid de la lucha por la emancipación de la mujer; opina que en la invitación para enseñar en Princeton su condición femenina no debería tener importancia. «No me molesta en absoluto ser presentada como la Señora Profesora», dice en una entrevista, «porque mientras tanto me he acostumbrado de maravilla al hecho de ser mujer».² Y así como le gusta que el *masculini generis* sea masculino sin reservas, ella también desea, sin reservas, ser mujer, y no puede entender por qué debe comportarse de un modo menos femenino sólo por dedicarse a lo que tradicionalmente ha sido un ámbito exclusivamente masculino.

Hannah considera las clases en Princeton una oportunidad para sistematizar sus pensamientos sobre el marxismo y darlos a conocer al público. Desde su punto de vista, Karl Marx es uno de los pensadores que, junto con Nietzsche y el filósofo danés Kierkegaard, dieron paso a la modernidad tras una época fuertemente vinculada al pasado. Ya no pueden asirse a criterios establecidos e intentan encontrar «sin red» su espacio en un mundo fuertemente influido por la ciencia y el progreso técnico.³ Según Arendt, Marx no pasó

1. Christian Gauss (1878-1951) fue profesor de lenguas modernas, preceptor del presidente W. Wilson y decano de Princeton. [*N. de la T.*]

2. Cfr. Young-Bruehl, pág. 380.

3. Hannah Arendt, «Tradition und Neuzeit», en: *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, págs. 23-53, aquí pág. 37.

por alto las «rupturas» y las «contradicciones» entre este mundo moderno y la tradición, sino que los incorporó a su pensamiento, en especial a su concepción del trabajo.

En una tradición influida por el modelo de la cultura griega, el trabajo se juzgaba un mal necesario para vivir, convertía al hombre en un «esclavo de la necesidad», lo igualaba al animal y por ello se despreciaba al trabajador, no se le consideraba libre. También el hogar y la familia eran ámbitos en los que la única ambición consistía en asegurar la pervivencia física. Pero más allá existía un espacio donde el ser humano podía dejar de lado sus necesidades naturales, donde era libre y donde junto con otros ciudadanos libres podía dedicarse al bienestar de la comunidad. Este espacio era la *polis*, la vida pública.

En tanto que concesión obligada a la dependencia natural del ser humano, el trabajo era sólo requisito para otro tipo de vida, la «buena vida», consistente en discutir con otros ciudadanos libres las cuestiones de la existencia común para poder proceder en conjunto.

Con el comienzo de la Edad Moderna se invierte por completo esta concepción del trabajo. Y Marx entendió de una manera muy perspicaz este cambio crucial. En su opinión, el trabajo no es un yugo impuesto a las personas por la naturaleza, sino una facultad altamente creativa para cambiar el mundo y para realizarse uno mismo. Mediante el trabajo el hombre se hace a sí mismo. El ser humano ya no se diferencia del animal por la razón, sino por el trabajo, es un *animal laborans*.

A pesar de todo lo anterior, Marx describe una trayectoria histórica en franca contradicción con su glorificación

del trabajo. Desde su punto de vista, el desarrollo histórico sigue una ley que conduce, a través de revoluciones violentas, a una sociedad sin estado y sin clases. En este «reino de libertad» la productividad es muy alta, el trabajo disminuye cada vez más y es finalmente abolido. Pero, ¿qué deben hacer en una sociedad sin trabajo las personas a las que les guste trabajar? Según Marx, al hombre del futuro le será posible «hacer esto hoy, mañana aquello, cazar por las mañanas, pescar después de la comida, dedicarse a la ganadería por las tardes y a criticar tras la cena [...] sin convertirse en cazadores, pescadores, ganaderos o críticos».¹

Esta curiosa contradicción no es, en opinión de Hannah Arendt, un simple fallo conceptual, pues está presente en toda la obra de Marx reflejando el conflicto entre tradición y modernidad. Él se vio inmerso en una época que había descubierto el trabajo como verdadero motor de la historia, pero al mismo tiempo deseaba salvar la concepción de un trabajo placentero y razonable en contraposición con el trabajo como necesidad. Desafortunadamente, por este trabajo placentero —concluye Hannah Arendt— no entendía sino una serie de actividades carentes de finalidad, «como los *hobbies* o el caballito de palo, que sólo existen para matar el tiempo».²

Por tanto, allí donde la tradición todavía distingue una forma política de actuar, en la que los hombres encuentran su felicidad más allá del trabajo, Marx ve sólo tiempo libre

1. *Ibid.*, nota nr. 16, pág. 386.

2. *Ibid.*, pág. 32.

y ocio. Pero este tiempo libre, como el trabajo, está supe-
ditado, según Arendt, a la ley de producción / consumo. En
este círculo de trabajo y consumo el ser humano está aban-
donado a sus propias fuerzas y aparece el «singular abando-
no» característico del mundo moderno.

Tras las clases en Harvard y Princeton y otros seminarios en la Universidad de Nueva York, Hannah está cansada de las apariciones públicas. Disfruta de no hacer nada y de no tener que trabajar para mantener a la familia. Por su parte, Heinrich, que no concluyó sus estudios, se ha convertido contra todo pronóstico en un profesor muy solicitado y prestigiado, y acaba de tomar posesión de una plaza en el Bard College. De lunes a jueves imparte clases en la pequeña localidad de Annendale-on-Hudson, al norte de Nueva York, donde se encuentra la universidad, y los jueves por la tarde regresa a Nueva York. Los viernes hace algo muy importante para él: imparte una clase y dirige un seminario en la New School for Social Research. Después de toda esta actividad está tan cansado que, según dice Hannah, no puede ni abrir la boca.

Heinrich goza de gran aceptación entre sus alumnos aunque no sea un profesor fácil. En el Bard College se ocupa de los primeros cursos, obligatorios para todos los estudiantes, en los que le encanta sorprenderlos y desbaratarles las ideas preconcebidas. Pero ni esto ni su fuerte acento berlinés logran impedir que acudan en masa a sus clases.

En 1954 Randall Jarrell se publica una novela en la que parodia la vida en una universidad norteamericana. En la obra aparece un matrimonio mayor, Gottfried e Irene Rosenbaum, muy parecidos a Hannah Arendt y Heinrich Blüchner. Él tiene ascendencia austríaca y es compositor y profesor de música. Ella procede de Rusia y ha sido can-

tante. Los Rosenbaum viven en una gran casa repleta de cosas y recuerdos de un pasado al que los visitantes se sienten transportados cuando la pareja habla con pasión sobre su patria y sobre Hölderlin y Goethe.

Gottfried Rosenbaum es un profesor afable y excéntrico. Sus colegas mueven la cabeza al verle pasear por el *campus* con sus estudiantes canturreando canciones populares alemanas. Tan peculiar como su carácter es también su forma de expresarse. Cuando se enfada con una colega, por ejemplo, gruñe: «No me *guzta* el tono en el que me *jabla*».¹ Sobre sus dificultades con la lengua inglesa, especialmente con la pronunciación de la *th*, se dice en el libro: «Algunas veces la pronunciaba como *d*, otras como *t* y otras como *z*, y explicaba riéndose que en un par de años todo sonaría como debía, «tan *zeguro* como *ezo*».²

Hannah Arendt y Heinrich Blüchner tienen algo más en común con los Rosenbaum de la novela de Jarrell: la hospitalidad. Son muy famosas las fiestas de Nochevieja en Morningside Drive, a la que cada año invitan a toda la «tribu». Norman Podhoretz, coeditor de la revista *Commentary*, explica que una invitación a estas fiestas significaba «haber llegado».

El prestigio de Hannah vuelve a incrementarse cuando su libro sobre el totalitarismo consigue en 1954 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Nacional de las Artes y las Letras. «Un gran honor», dice, «pero también algo muy

1. En el original: *I do nodt like de tune she says zings to.* [N. de la T.]

2. En el original: *Ass shure ass Fadt.* [N. de la T.]

extraño». Asimismo, la Universidad de California, en Berkeley, le ofrece una cátedra, pero ella no quiere convertirse en profesora a tiempo completo porque tiene una mala opinión del «pensador profesional». Además, desea disponer de tiempo para viajar, para investigar y también para Heinrich y sus amigos. Sin embargo, cuando la Universidad de California insiste en 1955, decide pasar allí un semestre. Estar separada de Heinrich durante casi cuatro meses le resulta muy difícil.

En 1954, como todos los años, los Arendt-Blüchner pasan sus vacaciones de verano en Palenville, un pueblo en las montañas Catskill, al norte de Nueva York. Allí se hospedan en el Chesnut Lawn House, un conjunto de *bungalows*. Mientras Heinrich se dedica a preparar tranquilamente su próximo semestre, Hannah practica la natación con gran placer, escribe cartas y trabaja en sus manuscritos. De vez en cuando les visitan allí los amigos, como Rose Feitelson, que ayuda a Hannah con sus textos en inglés. Mary McCarthy también está invitada, pero no puede ir, tiene que ocuparse de su hijo Reuel y de su nueva novela. Mary piensa continuamente si a su amiga le gustarán sus libros y se siente especialmente cohibida cuando en ellos «aparece el sexo»: «Mientras escribía una escena de seducción tú te apareciste ante mí, me tiraste de la manga y dijiste: “deténte”. Tus protestas obraron un efecto tal en mis fantasías que lo he reescrito todo desde el punto de vista del hombre, no del de la heroína».¹

1. Carta de Mary McCarthy, 8 de diciembre de 1954, pág. 84.

Mary ha vuelto a renunciar a sus intenciones de hacerse abogada, se ha dado cuenta de que los estudios son demasiado largos y costosos. Además, los días del perseguidor de comunistas McCarthy parecen estar contados incluso sin su concurso. En otoño tiene lugar la llamada *Army Hearing*, tras la cual todas las acciones de los anticomunistas quedan en ridículo, y en diciembre el senado reprende oficialmente a McCarthy. Ello constituye la tumba política del senador y sus cómplices y el final de la histeria anticomunista. Esta época constituye una página negra en la historia norteamericana; se destruyeron muchas vidas, se persiguió a las personas hasta el exilio o hasta el suicidio y la confianza en el gobierno resultó seriamente dañada.

A principios de febrero de 1955, Hannah viaja en tren a California para tomar posesión de su plaza como profesora visitante. Por primera vez ve otros sitios distintos de Nueva York o su entorno y queda entusiasmada con las cimas nevadas de las Montañas Rocosas y la belleza cautivadora de Sierra Nevada. Admira a la luz de la luna el río Mississippi mientras el revisor del tren le explica cómo son los salarios de los trabajadores ferroviarios y su sistema de pensiones. «Un mundo bonito, muy bonito», escribe a Heinrich.

A Arendt le sorprende y divierte su recepción en Berkeley. El director del instituto político en el que va a enseñar no se deja ver. En su lugar se presenta una jovencita con postales de San Francisco y Berkeley, otro «chico majo» le lleva diccionarios y una tercera alumna pretende regalarle su radio. Finalmente aparecen dos estudiantes de una asociación y la secuestran para tomar café.

Hannah, que en sus tiempos de estudiante conoció el orden y la disciplina alemanas, ha de acostumbrarse a la atmósfera desenfadada de la universidad californiana. Y también a su popularidad. A sus clases de teoría política acuden 120 personas en lugar de las 35 previstas. La mayoría debe permanecer de pie, algunos incluso en el pasillo, en tanto que ella se ve obligada a gritar «a pleno pulmón». Le resulta sorprendente esta afluencia de «120 chicos», le parece ser una «domadora de leones» y, tras amenazarlos con terribles trabajos, logra deshacerse de un tercio. Es muy estricta respecto a la disciplina de «sus chicos», como llama

a sus alumnos: nada de vaqueros, «nadie desaseado o indecoroso, etc.».¹ De otra forma, en su opinión, no se puede dar una clase sensata. Todo ello le procura al principio fama de «déspota», pero poco a poco los estudiantes empiezan a confiar en ella de una forma conmovedora. La comparan con Rosa Luxemburg y encuentran *terrific*² todo lo que dice.

Con sus colegas no tiene la misma relación en absoluto. Cuando les es posible evitan encontrársela. En el departamento todos se adulan entre sí y, como ella dice, «esto no es manera de convivir». Le pone furiosa que en los cócteles todos se jacten de su importancia, como aquel profesor que a la menor oportunidad afirma estar acostumbrado a otro nivel en Oxford o el romanista que dice creer hallarse en una «aldea africana» por la cantidad de estudiantes de color. Espantada, le escribe a Heinrich: «De vez en cuando debemos tratar con los intelectuales para darnos cuenta de a dónde no queremos volver bajo ningún concepto».³

Para Hannah constituye un alivio conocer a Eric Hoffer, trabajador de los muelles de San Francisco y por tanto muy alejado del medio académico. Lo extraordinario de este hombre es su interés por la literatura y la filosofía, que le ha llevado a escribir un libro, *The true believer*. Ambos traban amistad y siempre que ella puede se «escabulle» del departamento para verle. Hoffer le enseña San Francisco, le lleva, orgulloso, a su trabajo en el puerto y una vez hacen una excursión para ver las inmensas secuoyas.

1. Carta a Heinrich Blüchner, 5 de mayo de 1955, pág. 375.

2. Estupendo [*N. de la T.*]

3. Carta a Heinrich Blüchner, 1 de marzo de 1995, pág. 350 y ss.

Hannah no tiene otra oportunidad de ver los bellos lugares de California debido a sus muchas ocupaciones. Además de las clases y los seminarios dedica dos días a la semana a atender a los estudiantes en el departamento, tras de lo cual se siente «triturada». Junto con estas tareas oficiales, ofrece charlas en todo tipo de asociaciones y clubes, además de acudir varias veces a la cercana universidad de Stanford para investigar en la biblioteca. Asimismo, se ha comprometido con su editorial alemana a terminar la traducción de *Los orígenes del totalitarismo*.

Pero todos estos esfuerzos le parecen recompensados cuando descubre a un estudiante realmente capacitado; entonces hace lo imposible para fomentar su talento. A un «chaval de diecinueve años» por el que está fascinada le da incluso clases particulares y no cabe en sí de gozo cuando un estudiante keniano recién llegado a Estados Unidos consigue redactar el mejor trabajo. «Es un mundo maravilloso éste en el que ocurren estas cosas», escribe.¹

A finales del semestre se ha convertido en la estrella de la universidad. Sus estudiantes trabajan mucho más de lo exigido «por puro placer, llenos de entusiasmo»; no pasa un día sin que ella descubra un pequeño regalo ante su puerta: fresas, cerezas, revistas, pequeñas redacciones, poesías.

Después de los exámenes finales está agotada, se siente «vacía». Por una parte le satisface haber tenido éxito, por otra ha aprendido de la experiencia en Berkeley que no puede estar mucho tiempo «en el escenario». Como le gusta

1. Carta a Heinrich Blüchner, 19 de mayo de 1955, pág. 301.

implicarse realmente en la docencia, se siente permanentemente desbordada por las preocupaciones y necesidades de sus estudiantes y colegas. Necesita un tiempo para alejarse de la expectación pública provocada por su figura. Por eso le alegra tanto poder efectuar en otoño un gran viaje por Europa con su amiga de Königsberg Julie Braun-Vogelstein. En este viaje tendrá ciertos compromisos, como dar conferencias, acudir a un congreso en Milán y realizar una visita a sus parientes en Israel, pero ante todo desea ver las bellas ciudades italianas y después trasladarse a Grecia para conocer Atenas, Delfos y las islas eólicas.

También necesita tener oportunidad de escribir. Desde hace algún tiempo los pensamientos le asaltan «como moscas» y desea plasmarlos en un libro en el que también esté presente su nuevo sentimiento vital. Como le reconoce a Jaspers, hace sólo unos años que «ha comenzado a amar de verdad al mundo». ¹ Por gratitud a esta experiencia desea llamar a su libro *Amor Mundi*.

1. Carta a Karl Jaspers, 6 de agosto de 1955, pág. 301.

XIV. Mundo bello, mundo sombrío

«*Ahora me doy cuenta de la dicha que produce
tener ojos*»

Del 12 al 17 de septiembre de 1955 se celebra en Milán una conferencia internacional del Congreso en favor de la Libertad Cultural, organización anticomunista fundada en 1952 en Nueva York. Hannah está invitada a participar con una ponencia sobre el tema *Ascenso y desarrollo de las formas de estado totalitarias-autoritarias*. De camino a Milán visita algunos días a Mary en Venecia.

Mary ha empezado a «dar patinazos», como dice Hannah. Tras un viaje por Grecia tuvo un aborto y esta circunstancia estuvo a punto de romper su matrimonio con Bowden Broadwater. También visitan a Mary otros participantes en el congreso, como Dwight MacDonald, editor de la revista *Critics*, muy amigo de Mary y de Hannah. Pero MacDonald no proporciona ningún tipo de consuelo a Mary: se comporta de una manera típicamente norteamericana, sólo le preocupa vestirse con una camisa rosa y la cuestión de por qué las góndolas no llevan motores fuera-borda.

Desde Venecia, Hannah se dedica a hacer excursiones en autobús a Ferrara, Ravena, Bolonia y Padua. Los frescos de Ferrara, los mosaicos de Ravena, las pequeñas *trattorias*, los cafés y el paisaje le producen tantas impresiones que la

cabeza le da vueltas. Jamás había viajado así —dice— sin poder expresar con palabras toda la belleza «que desfila ante mis ojos».

El 12 de septiembre viaja de Mantua a Milán para el congreso. El encargado de pronunciar el discurso de apertura es Sidney Hook, profesor de filosofía en Nueva York. Hannah se encuentra entre los oyentes y todo le resulta «mortalmente aburrido», como escribe a Heinrich en una postal. El congreso es «completamente irreal», «un escándalo de primera magnitud». Los participantes están alojados en hoteles de lujo y reciben las acostumbradas dietas. «Luego se van de tiendas, a consumir y a comer como locos».¹

La conferencia de Arendt provoca un vivo debate. Se enfrenta a Sidney Hook, quien la acusa de intrigar en su contra, y llegan a un enfrentamiento. «Al menos he animado el cotarro», dice.

Hannah abandona el congreso antes de su clausura para proseguir el viaje por Italia. Primero se desplaza a Génova con intención de reunirse con su viejo amigo «Kurtchen» Blumenfeld y su esposa. Blumenfeld está enfermo y le hace la vida muy difícil a su mujer, que pasea por Génova con la boca apretada y sin disfrutar de la belleza. Hannah, por el contrario, no deja que la situación le arruine el buen humor; se encuentra «maravillosamente», abrumada por la «exorbitante belleza».

Desde Génova vuela a Roma y le cuenta maravillada al «narigudo» la magnífica vista que se divisa desde el avión: «Cómo podría describirte lo que veo desde aquí. Es como

1. Carta a Heinrich Blüchner, 13 de septiembre de 1855, pág. 398.

si las nubes no estuvieran ya en el cielo, sino alfombrando la tierra». ¹

Hannah se ha citado en Roma con su amiga Julie Braun-Vogelstein y ambas se hospedan en un hotel pequeño y bien situado. Aunque se entiende bien con Julie, no desea tener ahora compañía, prefiere perderse sola por las calles de la ciudad. Roma se abre «hacia adentro», le escribe a Heinrich. No es como París, aquí las calles no desembocan en las plazas, sino que la ciudad entera parece componerse de plazas. «En Roma doblas una esquina y te vuelves a topar con una plaza o placita». A pesar de sus escasos conocimientos de italiano se dirige continuamente a las gentes para preguntarles cosas. Visita la villa Borghese y la villa Medici, la plaza de España, el mausoleo de Constanza y una tarde, casi por casualidad, se topa con una pequeña iglesia. Queda tan impresionada por este edificio renacentista que cree saber, por fin, «lo que es luz».

A finales de septiembre vuela con Julie a Atenas. Grecia no es tan bonita como Italia, dice, pero posee una belleza seca y dura. Visita Delfos, donde templos y paisaje están «hermanados» y luego prosigue al Peloponeso. Según dice, Olimpia es tan maravillosa «que dan ganas de llorar» y Mikonos es simplemente «espléndido». Tras una semana le escribe a Heinrich sus impresiones sentada en una terraza donde tres hombres intentan «ligar» con ella: «Estoy casi ciega de tanto ver. Ahora me doy cuenta de la dicha que produce tener ojos». ²

1. Carta a Heinrich Blüchner, 17 de septiembre de 1955, pág. 400.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 19 de septiembre de 1955, pág. 406

El 14 de octubre, fecha de su cuadragésimo noveno aniversario, se encuentra con la familia de su primo Ernst Fürst en Tel Aviv; pero no se siente con ganas de celebraciones, su espíritu optimista de Italia y Grecia se ha esfumado. La atmósfera política en Israel le parece opresiva, vacía de esperanza. Tras la fundación del estado y la guerra de independencia de 1948, Israel se ha mantenido firme frente a sus enemigos árabes consiguiendo un acuerdo de alto el fuego, pero el país vive en un miedo permanente a una nueva guerra. El primer ministro egipcio, Gamal Abdel Nasser, amenaza continuamente con ataques militares y se anuncia un nuevo conflicto por la utilización del canal de Suez. El 26 de julio Egipto nacionaliza la Compañía del Canal de Suez, hasta entonces en manos de británicos, franceses y norteamericanos.

Toda esta situación preocupa a Heinrich. Le pide una y otra vez a su esposa que abandone el país de inmediato si las circunstancias empeoran. Pero ella sólo empieza a intranquilizarse cuando visita con sus parientes los *kibbutz* y percibe la tensión en el ambiente. Todas las personas con las que conversa son «nacionalistas a ultranza», de una «terrible estupidez».¹

Hannah se siente aliviada al abandonar el país a finales de octubre para volar de Estambul a Suiza; casi hubiera llorado de alegría contemplando desde el avión las cumbres nevadas de los Alpes y los bosques otoñales cerca de Zúrich.

La perspectiva de conversar con Jaspers, que la espera

1. Carta a Heinrich Blüchner, 22 de octubre de 1955, pág. 415.

en Basilea, la alegra tanto como lo había hecho «poder gozar de la vista». Jaspers está absorto en problemas políticos de actualidad, trabaja en un texto sobre la bomba atómica, tema candente sobre todo en Alemania.

La República Federal de Alemania pertenece a la OTAN desde el 9 de mayo de 1955. El nuevo ministro de Defensa, Franz Josef Strauss, defiende la adquisición de armas nucleares por parte del ejército alemán, lo cual da origen a un amplio movimiento de protesta. El 12 de julio se reúnen en las proximidades del lago de Constanza varios premios Nobel alemanes, entre ellos Otto Hahn y Werner Heisenberg, para advertir contra los peligros de una guerra atómica.

Hannah Arendt comparte estos temores, pero menos por miedo a la destrucción producida por las armas nucleares que por la cuestión de cómo la bomba nuclear puede influir en el pensamiento político. La amenaza nuclear ha restado vigencia a las habituales justificaciones de una guerra, como son la expansión, el incremento de poder y la conquista. Sobre todo ha perdido efectividad el repetido argumento de la contienda como una forma de defender la libertad. Arendt considera «verosímil» que haya personas dispuestas a matar y a morir por defender la libertad, pero este hecho está vinculado necesariamente a la noción de que la vida sigue tras una guerra y de que las víctimas se han sacrificado en favor de nuevas generaciones.

Esta esperanza se desvanece por completo con la amenaza nuclear. Su utilización no sólo pone en peligro la existencia del individuo, sino la de toda la humanidad; por otra parte, ¿qué sentido tendría arriesgar la vida por la libertad si «después» no queda nadie? Por tanto, las consignas «liber-

tad o muerte» y «es mejor morir que caer en manos de los rojos» carecen de lógica, pues parten del supuesto de que las pérdidas producidas por una guerra nuclear no serán tan extraordinarias y de que sobrevivirá una parte de la civilización. Hannah escribe en un texto: «Cuando una guerra amenaza la supervivencia del conjunto de los individuos, la alternativa entre libertad y muerte pierde toda su anterior verosimilitud». ¹ La bomba atómica coloca a las personas ante una decisión única en la historia: deben acabar con las guerras antes «de que la guerra acabe con la humanidad». ²

Para Arendt constituye una evidencia que la bomba atómica –y la alternativa macabra ante la que ésta coloca a la humanidad– no sería posible sin el concurso de la técnica, pero no responsabiliza al desarrollo técnico de todos los males del mundo moderno. Esta tendencia, muy europea según dice, le resulta irritante. Con frecuencia se topa con personas para quienes todas las conquistas de la técnica son «destructivas» y que culpan a Estados Unidos de todos los males originados por la técnica moderna. Con esta postura no aciertan a entender que el origen del desarrollo tecnológico está enraizado en la historia del mundo occidental y que esta nación es sólo precursora en un camino seguido inevitablemente por el resto de los países.

La rapidez con la que los países europeos acortan distancias con Estados Unidos después de la guerra se le hace

1. Hannah Arendt, «Europa und die Atombombe», en: H.A., *Zur Zeit*, págs. 82-87; pág. 415.

2. Hannah Arendt, «Revolution und Freiheit», en: H.A., *Zwischen Vergangeheit und Zukunft*, págs. 227-225, aquí pág. 235.

patente a Hannah en Alemania. El país se encuentra en mitad de un *boom* económico y con el «milagro de Berna», la victoria alemana en la final del campeonato del mundo de fútbol de 1954, la población recupera la confianza en sí misma. A Hannah le admira no encontrar ningún signo visible de la guerra. Un «país flamante y reluciente», escribe con incredulidad a Heinrich, y le parece típico de la atmósfera reinante que se diga que como la ciudad de Heidelberg, apenas destruida en la contienda, «es tan antigua, tendríamos que derribarla entera».¹ A pesar de su admiración por el esfuerzo de reconstrucción no le abandona la sensación de «fachada»: «lo que ocurre bajo la superficie no lo sabe nadie».

Mientras Hannah se encuentra en Berna con Jaspers aparece la edición alemana de su libro sobre el totalitarismo. Este hecho convierte la visita a Alemania en un viaje triunfal: los periódicos informan ampliamente sobre sus conferencias en Francfort, Berlín y Colonia, todos se la disputan y debe conceder entrevistas y hablar en la radio.

Y ¿qué dice Heidegger?, inquiere Heinrich cuando Hannah le explica la expectación creada en torno a su persona. Ella también se lo pregunta, sin saber si debe visitar a su profesor y amante. Finalmente decide no hacerlo, le parece una «pantomima» ir a Friburgo. Supone a Heidegger enterado de su éxito y considera poco oportuno reunirse con él. Habitualmente —dice— está bien dispuesta a «actuar como si jamás hubiera escrito una línea y jamás fuera a escri-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 28 de noviembre de 1955, pág. 431.

birla»,¹ condición imprescindible en su pasada relación amorosa, pero esta vez le faltan las ganas y las fuerzas para este «juego». Quiere dejar pasar el tiempo.

Probablemente también tema que a su ex profesor le hayan molestado algunas opiniones manifestadas en su obra. Él siempre justificó su simpatía por el nacionalsocialismo diciendo que la nueva ideología salvaría a Occidente de la amenaza del comunismo. El libro sobre el totalitarismo, por el contrario, se basa en la creencia de que ambos, nacionalsocialismo y estalinismo, son sistemas dictatoriales y, como tales, equiparables.

Es posible que Heidegger se sintiera aludido por otros puntos de vista expresados en el libro. Hannah se pregunta por qué Hitler tuvo una influencia tan grande sobre tantas personalidades relevantes. Explica esta circunstancia con un fenómeno histórico que llama «la alianza entre el populacho y la elite».² La elite intelectual consideraba todos los valores antiguos perdidos tras la Primera Guerra Mundial. Pero nadie los echaba de menos; al contrario, con un gran cinismo se pretendía destruirlos, como todo lo que hasta entonces había tenido validez. Por ello, las personas, aliadas, se ponían de parte de quien denostara la cultura y fuera capaz de dar puñetazos sobre la mesa sin mayores contemplaciones.

Seguramente Hannah pensó también en Heidegger al exponer sus consideraciones, y cuando regresa a Friburgo

1. Carta a Heinrich Blüchner, 14 de noviembre de 1955, pág. 426.

2. Cfr. *Elemente*, págs. 702-725.

después de la guerra comprueba que él no se ha liberado de su propensión a lo primitivo y a lo vulgar. Ella califica el matrimonio con Elfride de «alianza entre el populacho y la elite en el más íntimo de los planos».¹

Hannah ha descubierto desde hace pocos años su amor por la realidad. Su viaje por Italia y Grecia ha sido una apasionada declaración de amor al mundo. Al mismo tiempo vive con el miedo de que este mundo se encuentre de nuevo ante una catástrofe política. La guerra fría entre las superpotencias y la amenaza de la bomba atómica le hacen temer «que lo peor se cierna sobre nosotros».² Como la situación política es tan tensa, la más mínima chispa bastaría para desencadenar la tercera guerra mundial, y situaciones explosivas no faltan: Berlín, Oriente Próximo, los estados soviéticos.

La política futura de la Unión Soviética es difícil de predecir. La muerte de Stalin en 1953 desencadena una lucha por el poder. En el vigésimo congreso del Partido Comunista soviético, celebrado en febrero de 1956, el secretario general, Nikita Kruchov, denuncia los crímenes del estalinismo. Con ello se da paso a una titubeante liberalización, el «deshielo» en palabras de Ilia Ehrenburg. Pero nadie sabe si tras este deshielo se producirá una nueva helada.

La historia mundial acaba por atrapar a Hannah en otoño de 1956, justo cuando menos lo espera. Regresa a Europa para hacer sus visitas acostumbradas —esta vez no a Heideg-

1. Carta a Heinrich Blüchner, 13 de junio de 1952, pág. 289.

2. Carta a Karl Jaspers, 5 de noviembre de 1956, pág. 339.

ger— y para investigar en un nuevo libro, *Amor mundi*. En Holanda se reúne con Mary McCarthy, con quien visita las colecciones de pintura en Amsterdam, Rotterdam y La Haya. Mary vive ahora en Venecia, escribe un libro sobre el renacimiento italiano y se ha separado finalmente de su marido para unirse a John Davenport, ex boxeador y ahora empleado en periódicos. Hannah está fascinada por Mary, la encuentra «guapa», «encantadora» y su relación es «como la de dos antiguas camaradas».

Ambas viajan a París, donde Hannah pasa tanto tiempo en las bibliotecas que los empleados acaban por llamarla *la mangeuse des livres* [la devoradora de libros]. No tiene siquiera ocasión de celebrar su cumpleaños, pero recibe tarjetas de felicitación de todas partes; Jaspers incluso le escribe por correo urgente. Sin embargo, no llega ninguna de Heinrich. «Te lo restregaré por la cara hasta el final de nuestros días». «Porque, por si lo has olvidado», le escribe molesta, «he cumplido cincuenta años».¹

Heinrich sí le envía una tarjeta de felicitación por su cumpleaños, pero ésta le llega dos semanas más tarde, cuando ya se encuentra con Jaspers en Basilea. Allí se entera de la insurrección popular húngara contra la Unión Soviética.

La revuelta había comenzado después de que el 23 de octubre la Seguridad del Estado disolviera violentamente una protesta pacífica. Cuando llegan noticias a Basilea, los tanques soviéticos ya han invadido Hungría. El 1 de noviembre, tras producirse enfrentamientos entre las tropas y la

1. Carta a Heinrich Blüchner. 17 de octubre de 1956, pág. 445.

población civil, el nuevo primer ministro, Imre Nagy, que goza del apoyo popular, anuncia la salida de Hungría del Pacto de Varsovia. Sin embargo, la población poco puede hacer contra los tanques y el 11 de noviembre la Unión Soviética pone fin al levantamiento. Comienza una ola de detenciones, Imre Nagy y sus colaboradores son ejecutados y sus restos enterrados en un lugar desconocido de Budapest.

En opinión de Hannah, los acontecimientos demuestran que, a pesar del cambio en el Kremlin, la Unión Soviética sigue anclada en antiguas estructuras totalitarias. Aunque el fin sangriento del levantamiento popular en Hungría le produce espanto, no puede dejar de alegrarse por lo acontecido en el país. Estos pocos días han enseñado al mundo lo que significa la acción política y los resultados que ésta puede tener. Los sublevados no habían sido dirigidos por un partido y tampoco tenían un programa político. Lo que les llevó a salir a la calle y lo que luego puso en marcha el movimiento fue una decisión espontánea de actuar, originada en la libertad individual y expresada en la solidaridad con los demás.

En un ensayo posterior sobre esta revolución Arendt escribe: «Lo que impulsó la revolución no fue sino la energía elemental surgida de la acción común de todo un pueblo, que sabía tan bien lo que deseaba que no necesitaba ya fórmulas complicadas; pretendía el inmediato abandono de las tropas rusas y la celebración de elecciones libres para la constitución de un nuevo gobierno».¹

1. Hannah Arendt, *Die ungarische Revolution und der totalitäre Imperialismus*, Múnich, 1958, pág. 37.

Una característica de estos acontecimientos fue que, lejos de enfrentarse al movimiento popular, el gobierno y el ejército se disolvieron o se unieron a los rebeldes, y con ellos cayó como una torre de naipes la falacia de la estructura ideológica. La revolución siguió un camino correspondiente a la razón política humana normal, en opinión de Hannah. De manera espontánea, los grupos sociales de la más distinta procedencia se reunieron en asamblea para determinar por sí mismos y de forma «genuinamente democrática» sus objetivos y la manera de organizarse. Estas asambleas tienen la ventaja, en contraposición con los sistemas de partido, de que en ellas el individuo puede tomar parte directamente en la vida pública sin necesidad de delegar sus intereses o sus exigencias en un pequeño grupo de representantes. El hecho de que no hayan tenido gran eco en la historia o de que fueran totalmente distorsionados en la Unión Soviética no cambia la realidad «de que en el mundo moderno son la única alternativa a un gobierno democrático».¹

La alegría de Arendt ante la revolución húngara queda empañada por los sucesos en Israel. El 29 de octubre, como respuesta a la estatización del canal de Suez por parte de los egipcios, Israel, Francia y Gran Bretaña envían tropas a la zona después de haberla bombardeado. Las Naciones Unidas, la Unión Soviética y Estados Unidos intentan mediar en el conflicto.

1. *Ibid.*, pág. 42; y H.A., *Über die Revolution*, Múnich, 1994, pág. 336 y ss.

Hannah, entonces en Münster,¹ considera que «nos encontramos ante la tercera guerra mundial». «Ay, querido», le escribe a Heinrich, «cuán sombrío es el mundo y cuán perdida me siento yo en él cuando no estamos juntos».²

1. Población cercana a Hannover. [*N. de la T.*]

2. Carta a Heinrich Blüchner, 5 de noviembre de 1956, pág. 454.

XV. ¿Ave de rapiña o pájaro cantor?

«Jamás en mi vida he amado a ningún pueblo»

Al final de la Segunda Guerra Mundial se convoca un concurso en los institutos neoyorquinos de enseñanza media con el tema de qué castigo debería recibir Hitler. Una estudiante de color sugiere ponerle una piel negra y obligarle a vivir en Estados Unidos. La muchacha obtiene el primer premio y una beca para la universidad.

Hannah Arendt le cuenta anécdota a Jaspers para ilustrar una paradoja de la sociedad norteamericana que ella había percibido ya en las primeras semanas de su exilio.¹ Se trata de la contradicción entre «libertad política y servidumbre social», o dicho de otro modo: por una parte se discrimina abiertamente a la población negra y por otra se critica duramente esta discriminación e incluso, como hemos visto, se premia su crítica.

Hannah tiene sus propias experiencias al respecto. En 1957 se producen disturbios raciales en los estados del sur, sobre todo en la capital de Arkansas, Little Rock. El desencadenante es una sentencia del Tribunal Superior de Justicia, el cual, tras considerar inconstitucional la segregación racial en las escuelas, ordena la apertura de las escuelas de blancos a los alumnos negros. Esta disposición tro-

1. Carta a Karl Jaspers, 3 de enero de 1960, pág. 422.

pieza con el rechazo más absoluto de la población blanca en los estados sureños, hasta el punto de que el gobernador Orval Faubus moviliza a la Guardia Nacional para impedir la entrada de los niños negros en los institutos. El presidente Eisenhower debe entonces enviar tropas federales al lugar para hacer cumplir la ley.

La revista *Commentary* ofrece a Hannah la posibilidad de escribir un artículo sobre los acontecimientos y ella acepta. La reacción de la revista ante su artículo, titulado *Reflexiones sobre Little Rock*, es todo menos entusiasta; la redacción queda consternada y no sabe cómo salir del atolladero. Pero, ¿en qué consisten estos «puntos de vista heréticos»¹ de Hannah?

El punto de partida de sus reflexiones es una foto aparecida en la revista *Life* que muestra a una niña negra de Little Rock escoltada a la salida del colegio por un hombre blanco, amigo de su padre. La niña parece muy asustada porque les persigue una horda de jóvenes blancos profiriendo amenazas.

Evidentemente, la foto provoca en Hannah el recuerdo de su propia niñez y de su etapa escolar en Königsberg. A ella no la persiguieron ni la amenazaron, pero sí tuvo una idea muy aproximada de lo que significa ser discriminado por motivos raciales. La pequeña estaba entonces «totalmente protegida» por su madre, quien había dispuesto que,

1. La traducción alemana lleva el título: «Ketzerische Ansichten über die Negerfrage und equality», en: H.A., *Zur Zeit*, Berlín, 1986, págs. 95-117. [La palabra *ketzerisch* significa *herético* en alemán. *N. de la T.*]

ante cualquier comentario racista, abandonara la escuela. Después, Martha Arendt escribía cartas de protesta a la dirección del colegio. Esta forma de enfrentarse a los hechos fue más tarde muy valorada por Hannah.

En su artículo sobre Little Rock se pregunta cuál sería su comportamiento si fuera la madre de la pequeña de la foto. Y se contesta lo que hubiera respondido Martha Arendt: «Impedir que mi hija se viera involucrada en una disputa política en el patio del colegio».¹

Pero en el caso de Arkansas no se trata de las experiencias de niñez de Hannah, sino de una distinción consustancial a su pensamiento: la diferenciación entre lo privado y lo público. En su opinión, ambos constituyen ámbitos de la vida en los que el ser humano puede desarrollar ciertas necesidades y aptitudes. En la «esfera privada» todo el mundo puede llegar a ser feliz según sus propios gustos, cada cual hace lo que le agrada y busca la compañía de las personas a las que quiere o con las que simpatiza. Por el contrario, en la «esfera de lo público» estas preferencias personales carecen de importancia, o al menos no deberían tenerla. En ella las personas se encuentran porque deben vivir juntas en un mismo mundo y porque son responsables de este mundo. Aquí los intereses privados pasan a un segundo término y la energía se concentra en cuestiones y problemas de la vida común.

En opinión de Hannah, se debe impedir a toda costa que estos dos ámbitos se confundan. Cada uno tiene, por

1. *Ibid.*, pág. 115.

decirlo así, su propio lenguaje y precisa una manera de actuar propia, de modo que cuando lo político se privatiza o lo privado se politiza se produce la «mayor de las desgracias», como dice ella. Este punto de vista provoca un enfrentamiento con su amigo Gershom Scholem, quien le reprocha no amar a su propio pueblo, el judío. Ella opina que el amor es algo absolutamente privado, es «apolítico» y que, por el contrario, el destino de los judíos es una cuestión eminentemente política. Siguiendo esta línea de pensamiento replica a Scholem: «Jamás en mi vida he “amado” a ningún pueblo o colectivo, ni al alemán, ni al francés, ni al norteamericano, tampoco a la clase trabajadora o a cualquier otra. De hecho, yo sólo quiero a mis amigos, y soy incapaz de cualquier otro amor».¹

Hannah Arendt supone a los adultos capaces de esta diferenciación, no así a los niños. Un niño es «ante todo parte de una familia y de un hogar», debe ser educado en una atmósfera lo «suficientemente sólida y segura» como para protegerle de las obligaciones de la vida política. Sin embargo, al cargar sobre «los hombros de la niña» de Little Rock una responsabilidad perteneciente a los adultos, el Tribunal Superior de Justicia la expone a una controversia política que la desborda y le produce conflictos psíquicos.²

Hannah va un paso más allá al afirmar que la igualdad sancionada por una ley no tiene mucho más valor que la

1. Carta a Gershom Scholem, 20 de julio de 1963, en: H.A., *Ich will verstehen*, págs. 29-36, pág. 30 y ss.

2. *Ketzerische Ansichten*, pág. 114.

segregación racial legal. Y ella misma sabe lo que esta afirmación supone para «las personas de buena voluntad».

Para comprender su postura debemos partir de la distinción que establece entre el ámbito político y el privado. Junto a ellos distingue un tercero: el ámbito de la «sociedad». En él pasamos la mayor parte de nuestra vida; por ejemplo, cuando asistimos a la escuela o cuando realizamos nuestro trabajo. En opinión de Hannah, la sociedad es una «esfera peculiar, mezcla de lo político y lo privado», caracterizada porque los seres humanos se unen a sus semejantes por motivos profesionales, económicos o de origen étnico. Así se crean grupos, coaliciones, asociaciones. En una palabra, surgen diferencias totalmente justificadas que ni pueden ni deben ser niveladas a través de medidas legales; la igualdad del ámbito político no puede verse cumplida totalmente en la sociedad a menos que se desee una sociedad de masas en la que todos son verdaderamente iguales en el peor sentido de la palabra.

Sólo en relación con lo anterior puede comprenderse que Hannah Arendt diga que la discriminación social debe ser asumida. En última instancia no se trata de «cómo se puede acabar con la discriminación, sino de cómo se la puede mantener reducida al ámbito de la sociedad, donde está legitimada; es decir, cómo evitar que invada la esfera de lo político y lo personal, donde repercute de un modo nefasto».¹

Hannah encuentra poca comprensión para su postura. La redacción de *Commentary* no sabe si publicar o no el artículo y, en todo caso, para hacer patente sus reservas al

1. *Ibid.*, pág. 105.

respecto desea sacarlo a la luz junto con una crítica del profesor de filosofía Sidney Hook. No obstante, como tampoco se ponen de acuerdo en este punto, a Hannah se le acaba la paciencia y retira finalmente el artículo.

La actitud de muchos críticos no se debe tanto a los argumentos de Arendt cuanto a su tono, considerado «frío» e hiriente y que también irrita a personas cercanas a ella. Un conocido la llama «Hannah la desvergonzada». Sus compañeros de *Partisan Review* la consideran sencillamente «arrogante» y el coeditor de la revista, William Phillips, le dice una vez, alterado: «Pero, ¿quién se cree usted que es, Aristóteles?».¹ También a Hans Jonas, amigo de Hannah, le molesta su juicio demasiado rápido sobre las situaciones o las personas. Una vez que Jonas pone objeciones a su conducta, Hannah intercambia una mirada cómplice con su esposa y dice: «Vaya con Hans». En otra ocasión Jonas le pregunta: «Por favor, dime, ¿es que me consideras tonto?». Ella le contesta sorprendida: «Por supuesto que no», y añade: «Te considero un hombre».² A otro hombre, Alfred Kazin, le pasa algo similar, pero está más dispuesto a obviar el tono aparentemente autoritario de su amiga, lo atribuye a una cierta «soledad intelectual» manifestada exteriormente como arrogancia.

A menudo Arendt reacciona malhumorada ante estas especulaciones psicológicas; para ella todo son «tonterías».

1. Carta a Mary McCarthy, 23 de junio de 1964, pág. 114.

2. Cfr: Hans Jonas, «Handeln, Erkennen, Denken. Zu Hannah Arendts philosophischem Werk», en: Adalbert Reif (editor), *Hannah Arendt, Materialien zu ihrem Werk*, Viena, 1979, pág. 353 y ss.

Se considera bastante sensible para darse cuenta de que se comporta «como un hacha», pero no lo considera un defecto, sino una postura consciente e inseparable de sus convicciones. El tono —manifiesta una vez— es la persona. Y la persona, se podría añadir, depende de las circunstancias. Cuando Hannah se encuentra con Heinrich y con sus amigos puede llegar a ser la personificación del encanto, pero en sociedad considera apropiado otro tono y da paso a una batalla apasionada por lo esencial. En esta batalla —explica en un ensayo— ninguno de sus participantes debería tami- zar su propia luz por una humildad mal entendida o por consideración a los demás. Sólo cuando todos y cada uno nos arriesguemos a hacerlo así podremos llegar a algo parecido a la verdad. Debemos provocar y dejarnos provocar para sacar a la luz los conflictos relevantes, a menudo asfi- xiados por la «cortesía absurda», por una falsa compasión respecto a los demás.¹

Pero también es cierto que en el entorno privado su forma de comportarse fluctuaba en un momento desde la ama- bilidad a la inflexibilidad. Randall Jarrell la describió muy sutilmente en su novela *Pictures from an Institution* a través de su sosias literario, Irene Rosenbaum: «Miraba el mundo como un pájaro, pensativa, sin dejar adivinar si era un ave de rapiña o simplemente un extraño pájaro cantor. [...] Te contemplaba durante unos segundos con su mirada límpida para luego mirar más allá de ti. Entonces tenías la sen-

1. Hannah Arendt, «Waldemar Gurian», en: H.A., *Menschen in fin- teren Zeiten*, pág. 319.

sación de que te había pesado con sus pestañas y te había encontrado demasiado ligero. Juzgaba por pautas que te costaba adivinar y, o bien se guardaba sus juicios para ella, o bien los desechaba como si no tuvieran nada que ver contigo. No te quedaba otro remedio que aceptar que no se te hiciera justicia, esperando, como un niño, su risa, una risa como la primavera que te salía al encuentro, abierta y liberadora».¹

1. Randall Jarrell, *Pictures of an Institution*, pág. 140.

En el verano de 1958 Hannah vuelve a encontrarse ante una situación que le obliga a buscar un equilibrio entre lo privado y lo público. La asociación alemana de librerías ha distinguido a su profesor y amigo Karl Jaspers con el premio de la paz por su libro *La bomba atómica y el futuro de la humanidad*, y ella debe pronunciar el discurso en la entrega oficial de los galardones, celebrada en la iglesia de San Pablo de Francfort. Se muestra indecisa, no sabe si aceptar ya que hay muchos motivos en contra. Por una parte está su estrechísima amistad con Karl Jaspers; por otra, el hecho de ser judía y exiliada. Además, le molesta que la elección haya recaído sobre ella porque quieren que sea la primera mujer en tomar la palabra en la iglesia de San Pablo.

Karl Jaspers, a quien pide consejo, rechaza todos sus argumentos. Pero ella le oculta uno muy poderoso: teme que, en Friburgo, Martin Heidegger interprete el discurso como una afrenta hacia él y un reconocimiento hacia Jaspers, y ella desea evitarlo. Nunca ha querido enfrentarlos y cuando una vez Jaspers le exigió que rompiera el contacto con Heidegger, ella se negó, furiosa.

Finalmente, Heinrich consigue disipar sus reservas. Al fin y al cabo —dice—, el «braguillas alemán» de Heidegger bien merece que alguna vez le lean la cartilla, debe saber que «no todo el mundo gira en torno a él».¹

1. Carta a Heinrich Blüchner, 1 y 14 de junio de 1958, págs. 472 y 477.

A finales de septiembre de 1958 Hannah Arendt vuela a Alemania. Inmediatamente después de su llegada a Francfort, le roban todas las joyas en el hotel. Cuando Heinrich se entera, se muere de risa y entre chanzas dice que, al parecer, los ladrones la habían tomado por la «tía rica de América». Pero a ella no le parece gracioso. Le pone nerviosa la perspectiva de tener que hablar ante tantas personalidades y la torturan pensamientos como: «¿qué me pongo? y ¿cómo debo dirigirme a Heuss?».

Theodor Heuss, presidente de la República Federal de Alemania, se sienta en la ceremonia al lado de Jaspers y de ella. Cuando Hannah sube al podio y comienza su discurso para hablar de Karl Jaspers podría pensarse que está hablando, sin nombrarlo, de Martin Heidegger. Se refiere a lo que significa ser una «persona pública» como lo es Jaspers: no sólo dar a conocer sus obras al público para luego quedarse en un segundo plano, sino sacar toda su personalidad a la luz y «adherirse» a ella.¹ Darse a conocer de esta manera no significa renunciar a las peculiaridades personales y diluirse en la masa; al contrario, es en público donde el ser humano muestra verdaderamente su personalidad.

Naturalmente, una concepción de esta naturaleza contradice la opinión de los «intelectuales», para quienes el ámbito público es el lugar donde sólo existe la mediocridad y en el que todas las cosas resultan «chatas». Por el contrario, Arendt pinta un cuadro muy distinto: el ámbito público es el escenario al que acuden las personas para «mos-

1. Hannah Arendt, «Laudatio auf Karl Jaspers», en: H.A., *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 89-98.

trarse» a placer. En el intercambio mutuo se manifiesta entonces algo que es más que la suma de individuos, es un «entre» que a todos engloba y desde el cual cada uno puede entenderse mejor a sí mismo y a los demás.

La facultad humana capaz de crear este espacio del entendimiento es, a juicio de Arendt, el lenguaje, la comunicación, y con ello no se refiere a palabras enigmáticas para los no iniciados, sino a «la capacidad de ser popular», de «hablar y escuchar». De Jaspers elogia su «incomparable disposición para el diálogo», su voluntad de comunicarse con los demás y de escucharlos. Nadie es excluido, nada se deja en la oscuridad, todo se trae a «la luz».

El lenguaje alcanza con Jaspers un significado que se corresponde con su ser-persona-pública. No busca verdad con el lenguaje, tampoco tiene ninguna que transmitir con él; en su opinión, el lenguaje es verdad porque la verdad surge sólo con el diálogo. «Porque verdad es», dijo una vez, «lo que nos une los unos a los otros». Este diálogo comprende otro espacio temporal, en él se hacen tan presentes generaciones largamente olvidadas como personas vivas, se crea un «reino del espíritu» en el que todos tienen cabida. Este «reino», según Hannah Arendt, no se encuentra «en el más allá y no es ninguna utopía, no es de ayer ni de mañana, es de este mundo [...] y, aunque es del mundo, es invisible».

Es en este reino descrito en el discurso en Francfort donde Hannah se siente unida a Jaspers a pesar de vivir en continentes distintos. Ella interviene en Estados Unidos en la publicación de los libros del maestro, negocia con las editoriales y supervisa las traducciones. Entre Nueva York y Basilea se cruzan muchas cartas.

Tras regresar de Francfort Hannah le escribe como de pasada que en su ausencia ha aparecido un libro de ella. Se trata de la obra que deseaba llamar *Amor mundi* y cuyo título en inglés es *The Human Condition*. Las críticas son tan buenas que tras cuatro meses se lanza una nueva edición.

El 29 de enero de 1959 Heinrich celebra su sexagésimo cumpleaños. Se propone reducir en el futuro su consumo de whisky, pero no desea renunciar a sus queridos cigarrillos ni tampoco a las películas del Oeste que con tanta pasión ve en el cine.

Hannah pasa poco tiempo en Nueva York. La Universidad de Princeton ha vuelto a reclamarla para un semestre con una propuesta tan tentadora que no ha podido rechazarla: le ofrecen seis mil dólares por impartir tres clases a la semana, sin otro tipo de obligaciones. Si quiere mantenerse fiel a su propósito de no trabajar únicamente en la universidad debe aceptar este tipo de contratos cortos.

A mediados del otoño de 1959, tras las acostumbradas vacaciones con Heinrich en Palenville, retoma de nuevo su artículo sobre Little Rock. La revista *Dissident* desea publicarlo y ella, todavía segura de su argumentación, acepta.

Como esperaba, el artículo encuentra un gran eco. Sidney Hook le reprocha «pretender censurarnos a nosotros, norteamericanos, por nuestros principios intelectuales».¹

Hannah se gana muchos enemigos con el escrito. Ninguno de sus conocidos estadounidenses la apoya y muchos están «verdaderamente enfadados».² Por tanto, le sorprende sobremanera recibir el premio de la Longview Foundation, dotado con trescientos dólares. Esto vuelve a ser «muy típico del país», dice.

1. Cfr. Young-Bruehl, pág. 434.

2. Carta a Karl Jaspers. 3 de enero de 1960, pág. 422.

XVI. Sobre el milagro del comienzo

*«Lo que realmente hacemos
cuando actuamos»*

El 28 de septiembre de 1959, exactamente un año después de la entrega del premio a Jaspers en la iglesia de San Pablo en Francfort, se le concede a Hannah Arendt en Hamburgo el Premio Lessing. Ella misma se encarga de pronunciar el discurso en la ceremonia.

Si el año anterior había hablado en la iglesia de San Pablo sobre el ámbito público como un mundo común, en esta ocasión se pregunta lo que le sucede a este mundo común en «tiempos de oscuridad», cuando, como ocurrió en el Tercer Reich, no existe posibilidad alguna de tomar parte en la vida pública.

Arendt considera un error fatal pensar que se puede salvar lo propiamente humano en «tiempos de oscuridad» salvándose cada cual a través de la «calidez» de relaciones interpersonales. Esta forma de retirada en la vida privada, dice, no sólo no tiene nada que ver con el mundo, sino que es, además, «inhumana». Sólo seguiría siendo humana si al mismo tiempo la persona no perdiera de vista el mundo, es decir, si la realidad siguiera siendo objeto de diálogo. Por tanto, lo propiamente humano se pierde en una intimidad que ignora al mundo, sólo puede conservarse cuando uno

considera a su prójimo digno de «disfrutar con él del mundo, de la naturaleza y del cosmos».¹

Tras la concesión del premio permanece en Alemania. Desde hace años pretende exigirle al estado alemán una reparación y ahora se decide a presentar la demanda. Según una ley del año 1953, todos aquellos que fueron perseguidos en la época del nacionalsocialismo y «perdieron la vida o sufrieron perjuicios físicos, en su salud, libertad, propiedades, patrimonio o en su desarrollo profesional» tienen derecho a ser indemnizados. Hannah considera a los nazis culpables de haber destruido su carrera profesional en Alemania y Jaspers la apoya firmándole un certificado que indica: «Resulta extraordinariamente verosímil suponer que su trayectoria profesional hubiera tenido éxito, con independencia de su condición de mujer».² Hannah se dirige al Departamento de Indemnizaciones de Berlín, donde para su sorpresa la indemnizan de inmediato con cuarenta y cinco mil marcos. Pero la reparación que estaba segura de obtener no llega, al final rechazan su petición y ni siquiera el certificado de su ex profesor puede cambiar las cosas. En 1971 volverá a intentarlo, esta vez con más éxito.

En noviembre de 1959 regresa a Nueva York tras su viaje por Europa, que la ha llevado también a Italia y a Suiza. Volviendo del aeropuerto, dos adolescentes negros le roban

1. Hannah Arendt, «Gedanken zu Lessing. Von der Menschlichkeit in finsternen Zeiten», en: H.A., *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 17-48, aquí pág. 41.

2. La formulación de la exposición se encuentra publicada en: *Briefwechsel Arendt-Jaspers*, pág. 789.

el bolso en el descansillo de entrada a su piso, y aunque esto no supone una gran pérdida, decide buscar una nueva vivienda en un vecindario más seguro. A Heinrich la idea no le entusiasma; se siente tan «bien» en su casa que pretende que la nueva vivienda tenga condiciones casi imposibles de cumplir. Pero Hannah no se desanima y arrastra a su marido en la búsqueda. Ambos quedan entusiasmados con el primer piso que ven, en Riverside Drive número 370, que dispone de cuatro habitaciones grandes y una pequeña. La vivienda está totalmente renovada, desde los despachos se disfruta de una «maravillosa vista» sobre el río Hudson y el edificio está vigilado día y noche por un portero.¹

El traslado de Morningside Drive a Riverside Drive, a sólo unas calles de distancia, tiene lugar en diciembre. Hannah se encarga de casi todo ayudada por sus muchos conocidos. Heinrich está demasiado ocupado con sus actividades en el Bard College, «a pesar de lo cual no le ha quedado más remedio que colgar los cuadros». El 31 de diciembre, los Arendt-Blüchner celebran su tradicional fiesta de Nochevieja. Como este acontecimiento anual goza de tanta fama, los amigos no esperan ya a ser invitados, simplemente llaman para preguntar si pueden asistir. Esta vez se reúnen más de sesenta personas.

Después del «gran acontecimiento», Hannah debe ponerse de nuevo a trabajar, le esperan un viaje para pronunciar conferencias y la traducción de *La condición humana*, que tiene que estar concluida en abril. Pero en la nue-

1. Carta a Karl Jaspers, 3 de enero de 1960, pág. 421.

va vivienda no encuentra la tranquilidad necesaria. En marzo se presenta Mary McCarthy y le pide que la alojen durante un tiempo. La vida privada de Mary vuelve a ser un caos. Su relación amorosa con el ex boxeador inglés se ha ido a pique. Cuando ella le visita en Londres descubre que él la ha engañado en todo y que es alcohólico. En 1959, durante un viaje por Europa oriental, conoce al diplomático norteamericano James West, quien ese mismo año le propone matrimonio. Mary también desea casarse, pero el problema es que ambos lo están ya: ella con Bowden Broadwater y West con «un monstruo pequeño y horrible», como dice Mary. Además, West tiene tres hijos.

A Hannah lo sucedido le parece «una historia fantástica, muy norteamericana», «el miedo menopáusico a perder el último tren»; no logra comprender a su amiga y teme que resulte perjudicada.¹ Mary permanece en Nueva York hasta finales de abril y después viaja a Roma para reunirse con James West.

A principios de mayo, Hannah sigue aún trabajando en la traducción de *La condición humana* —y maldiciendo a todo el mundo—. No será hasta junio cuando —«gracias a Dios»— el trabajo quede concluido.

Cuando en otoño aparece su libro —titulado *Vita activa*— hace algo desatostumbrado: escribe a Martin Heidegger. Desde su última visita el contacto ha quedado prácticamente roto. Ella siempre le ha felicitado por su cumpleaños, la última ocasión en 1959, cuando Heidegger cumplió

1. Carta a Karl Jaspers, 20 de junio de 1960, pág. 431 y ss.

setenta años, y él le había enviado el año anterior su último libro. Hannah le comunica que le hará llegar un ejemplar de su obra a través de la editorial y le dice: «Verás que el libro no lleva dedicatoria. Si las cosas hubieran ido bien entre nosotros –y digo “entre”, no para ti o para mí–, te habría preguntado inmediatamente si podía dedicártelo; fue concebido en los primeros días de Marburgo y te lo debe casi todo en todos los aspectos. Tal como están las cosas ello no me pareció posible, pero de alguna manera quería decirte la verdad desnuda».¹

En una hoja de papel escribe una especie de dedicatoria, pero no la incluye en la carta. Dice así:

Re vita activa

La dedicatoria de este libro ha quedado vacía

Quería dedicártelo,

al confidente,

al que me mantuvo fiel

y no me mantuvo,

ambas cosas con amor

Hannah le ha sido fiel a Heidegger. No ha roto con él a causa de tibieza ante el nacionalsocialismo. Pero también le había sido infiel o, mejor dicho, no se había rendido ante él porque no había olvidado el pasado. Le había exigido siempre que no se ocultara tras medias verdades y excusas y que reconociera sus propias faltas y debilidades.

1. Ettinger, pág. 121 y ss.

También como alumna mantiene una lealtad crítica ante el maestro. Por una parte se siente obligada ante él, por otra le supera. ¿Hasta qué punto sigue en la *Vita activa* las huellas de Heidegger y hasta qué punto sigue sus propios pasos?

En la época de Marburgo que menciona Hannah, Heidegger, inspirado por su joven amante, escribe su obra principal, *Ser y tiempo*, con la que se adentra en un territorio nuevo en la filosofía. Su punto de partida principal lo constituye la noción de que no comprendemos el mundo cuando reflexionamos sobre él, sino cuando actuamos en él y en él somos activos con toda naturalidad. Tenemos la experiencia del mundo en tanto que estamos unidos con él y nos compenetramos con él, y mientras nos relacionamos con las cosas y con otras personas nos guía una «cautela» que pertenece a la acción. Cuando comenzamos a reflexionar sobre este mundo, a desarrollar sobre él teorías o a efectuar consideraciones científicas, se destruye esta unidad entre acción y cautela, creamos una distancia que nos separa de la vivencia originaria.

Heidegger llama «preocupación» [*Sorge*]¹ a esta forma de actuación cautelosa, refiriéndose a la doble acepción de «estar preocupado» [*Sorge haben*] y de «estar ocupado» [*Sorge tragen*]. La persona se ocupa del mundo y también está preocupada por él porque el mundo se dirige a un futuro imprevisible. La preocupación es para Heidegger, desde este

1. Este término se tradujo por *cura* en la primera edición en castellano de *Ser y tiempo*. [*N. de la T.*]

punto de vista, dual. En la relación preocupada con el mundo la persona puede encontrar su propia definición. Sin embargo, también puede ocurrir que por una preocupación excesiva se refugie en supuestas seguridades renunciando a la aventura de la vida. Este tipo de preocupación asfixiaría la vida.

Arendt comparte absolutamente la nueva orientación de Heidegger. También ella desea hacerle justicia a la vida activa, hasta entonces tan denostada por los filósofos. Por ello reflexiona en su libro sobre «lo que realmente hacemos cuando actuamos».¹

Pero en su forma de describir este ser-activo se distancia completamente de su ex profesor. El que la vida activa tenga éxito —es decir, que logre convertirse en «verdadera»— es, desde el punto de vista de Heidegger, una cuestión del individuo, que debe encontrar una relación transformada consigo mismo, y ello ocurre en un alejamiento consciente respecto a sus congéneres, respecto al «uno» y a su «cháchara». Para Hannah Arendt, por el contrario, la vinculación de la persona con el mundo significa compartir el mundo con otras personas. Por ese motivo, el ser humano debe siempre dirigir y abrir su acción a sus congéneres.

En su obra *Vita activa* enjuicia las distintas formas del ser-activo desde el criterio de que éstas puedan engendrar algo duradero, algo que dé a luz un mundo común y establezca una comunidad.

1. Hannah Arendt, *Vita activa oder Vom tätigen Leben*, Múnich, 1996, pág. 14.

Según este criterio distingue tres formas de ser-activo: el trabajo, la producción y la acción.

Hannah Arendt entiende el trabajo como la actividad menos conformadora de mundo porque está dictada por la necesidad de seguir viviendo. Cuando, por ejemplo, corto un árbol, lo convierto en astillas y hago con él un fuego para no helarme, el resultado de mi trabajo tiene una utilidad inmediata: mi supervivencia. Nada permanece. Uno vive al día, por así decirlo. En un mundo que conoce únicamente el trabajo existe sólo el ritmo del trabajo y del consumo, que sólo encuentra su fin cuando se acaba la vida o cuando se agota la fuerza del trabajo. En un mundo así no hay lugar para otra actividad que no esté ligada al ritmo del trabajo y del consumo, sólo existen «aficiones inconexas del mundo», el tiempo libre existe únicamente para generar energía y poder volver a trabajar, es decir, sólo en función del trabajo.

Al contrario que Marx, Arendt no abriga la esperanza de que un día el trabajo llegue a convertirse en algo innecesario. Para ella es parte de la condición humana, pero sólo una parte, y por tanto debe quedar encuadrado en el ámbito de lo que llama lo «privado». En el ámbito privado tiene su lugar todo aquello que no conforma mundo y que tiene, por tanto, un «derecho a estar oculto».

En contraposición al trabajo, la producción crea objetos que se resisten al consumo rápido, por ejemplo, muebles o edificios, ciertos objetos de uso y también obras de arte. Estas cosas son consistentes y permanentes, a menudo sobreviven a las generaciones, enriquecen nuestro mundo y conceden una cierta estabilidad a nuestras vidas. Para seguir con el ejemplo anterior: si corto un árbol y hago con

su madera una mesa, esta mesa se convierte en parte de la vida común, se encuentra entre los hombres –en el más amplio sentido de la palabra– y al mismo tiempo los une cuando se sientan en torno a ella.

A diferencia del trabajo, la producción no se realiza en continua repetición. El *homo faber* tiene ante los ojos un modelo de lo que quiere hacer y cuando lo ha convertido en una realidad, el proceso de producción ha concluido. Lo que suceda luego con el objeto acabado escapa al control de su creador. No es posible saber lo que ocurrirá. El producto dispone, por decirlo así, de vida propia, se incorpora a las cosas que nos rodean en la vida diaria. Con todo, no se emancipa nunca por completo del control humano, permanece a disposición de los individuos hasta que ya no es necesario o resulta inservible. En otras palabras: la producción conforma mundo, pero no es una actividad en la cual reine una auténtica apertura e imprevisibilidad. Los objetos generados por ella están predeterminados por su utilidad para las personas. En este sentido se entiende que Arendt diga que el hombre que sólo trabaja no entiende «lo que es la finalidad». El *homo faber* sí entiende lo que es la finalidad, pero no comprende «lo que es el sentido».

En opinión de Hannah Arendt, sólo existe verdadera apertura y libertad en la acción. Por acción entiende la relación del hombre con los demás hombres a través de la palabra y de los hechos. En comparación con el trabajo, no existe aquí una finalidad predeterminada. Un ser humano que actúa se encuentra siempre en una red de relaciones con los demás y por tanto nunca puede empezar ni acabar nada sin ser perturbado. Una palabra puede tener efectos que nadie

puede predecir, una acción puede cambiarlo todo en un momento y crear nuevas estructuras.

A través de la acción el hombre perfecciona su capacidad más importante, la de comenzar algo completamente nuevo y de poner en funcionamiento un proceso cuyas consecuencias son imprevisibles. Para designar este proceso utiliza la palabra «natalidad», desmarcándose así de filósofos como Heidegger, para los cuales la vida humana se caracteriza en primera instancia porque se dirige a la muerte, como el ratón de la fábula de Kafka, que llega corriendo desde un campo a un lugar, lo atraviesa, y acaba en una habitación donde ya le espera el gato.

En opinión de Arendt, el origen de la verdadera acción no se encuentra en la perspectiva de la muerte, sino en la retrospectiva del nacimiento. La muerte iguala a los hombres, pero el nacimiento es el acontecimiento que fundamenta la singularidad de cada uno. Y sólo quien es único puede aportar algo único al mundo. En este sentido escribe: «Puesto que cada persona es un *initium*, un comienzo y un recién llegado al mundo, las personas pueden tomar iniciativas, convertirse en precursoras y comenzar algo nuevo. [...] El comenzar de nuevo está constantemente en contradicción con probabilidades susceptibles de ser registradas estadísticamente, es siempre lo improbable infinito y por tanto nos parece un milagro allí donde nos lo encontramos como experiencia viva».¹

La acción y la palabra constituyen las actividades en las cuales se vuelve a producir el nacimiento. Quién soy yo no

1. *Ibid.*, pág. 215 y ss.

lo puedo experimentar ni aprehender en el retraimiento pasivo y sin palabras. Sólo cuando comienzo a hablar y a actuar doy información sobre mí, me muestro e incluso me entrego. Porque a cada uno de nosotros nuestra peculiaridad no nos es tangible, nos acompaña mirándonos «desde detrás por encima del hombro». Sólo se le hace visible a aquellos con quienes nos encontramos. Es aquí donde está la cualidad reveladora de la acción y de la palabra, que sólo entra en juego cuando «las personas hablan y actúan, no las unas para las otras o las unas contra las otras, sino las unas con las otras».

Esta filosofía del nacimiento y de la acción constituye la respuesta de Arendt a la filosofía de Heidegger del «ser para la muerte» y es también la base de su concepción sobre la política y la democracia. En un mundo en el que muchas personas deben vivir juntas, la facultad de actuar garantiza que cada una de ellas conserve su idiosincrasia sin que ninguna considere la peculiaridad del otro como una limitación, sino como la oportunidad de preguntarse una y otra vez, en «concierto» con los otros, sobre la vida común.

Las consecuencias de nuestra acción no las sabe nadie a ciencia cierta. Por tanto, ¿podemos responsabilizarnos de las consecuencias no deseadas de nuestra acción? Y, ¿cómo podríamos confiar en nuestro comportamiento futuro? El que los riesgos de nuestro actuar no se conviertan en peligros incalculables se lo debemos a dos facultades estrechamente vinculadas con la acción: la facultad de perdonar y la facultad de realizar promesas.

El perdón es la «medicina» para lo que hemos puesto en marcha de una manera más o menos involuntaria y ante lo que no podemos dar marcha atrás. Por su parte, la capa-

cidad de perdonar nos proporciona seguridad contra un futuro a cuya «imprevisibilidad caótica» estaríamos, indefensos, abocados. Al respecto escribe: «Si no nos pudiéramos perdonar los unos a los otros, es decir, si no pudiéramos eximirnos mutuamente de las consecuencias de nuestros actos, nuestra capacidad para actuar quedaría limitada en cierta manera a un solo acto cuyas consecuencias nos perseguirían hasta el final de nuestras vidas, tanto en lo bueno como en lo malo; justamente en la acción seríamos víctimas de nuestro propio ser, como el aprendiz de brujo que no encontraba la palabra mágica para romper el hechizo: “escobas, escobas, que todo sea como antes”. Sin vincularnos a través de la promesa a un futuro incierto y encaminarnos hacia aquello, no podríamos mantener la propia identidad, estaríamos condenados a la oscuridad, la ambigüedad y la contradicción del corazón humano, perdidos en un laberinto de soledades del que sólo podríamos liberarnos con la llamada del mundo circundante, el cual nos reafirma en nuestra identidad con la promesa que hemos dado y que ahora debemos mantener (...) Ambas facultades sólo pueden reafirmarse bajo la condición de la pluralidad, en la presencia del otro, en el ser-con otro y en el actuar-con otro, porque nadie puede perdonarse a sí mismo ni sentirse vinculado por una promesa que se haya dado sólo a sí mismo. Las promesas hechas a uno mismo y el perdón concedido a sí mismo son tan poco vinculantes como las muecas realizadas ante un espejo».¹

1. *Ibid.*, pág. 302.

Hannah Arendt no realiza sus reflexiones sobre el trabajo, la producción y la acción en el vacío, sino que tiene siempre presente su época, sobre todo el desarrollo económico y el creciente bienestar en Estados Unidos y en Europa. En este desarrollo se muestra que las formas distintas de *vita activa* se han confundido entre sí y que cada vez queda menos espacio para las actividades conformadoras de mundo. Así, a través de la automatización y de la división del trabajo, la producción adquiere el carácter de trabajo, con lo cual los productos, incluso cuando son concebidos para ser usados durante un largo periodo de tiempo, han quedado convertidos en bienes de consumo. Para la economía moderna no habría nada más peligroso que el «mantener y el conservar», y para Arendt el milagro económico alemán constituye un ejemplo clásico de que «bajo condiciones modernas, la destrucción de la propiedad privada, el aniquilamiento de los objetos y la demolición de las ciudades no conlleva miseria, sino riqueza».

A Hannah le preocupa todavía más que en la acción política se deslicen concepciones pertenecientes en realidad a la producción. Entonces la acción se entiende como la solución a los problemas, como una estrategia para llegar a un fin a través de determinados medios, representa la pretensión de alcanzar la capacidad de verificación en un ámbito donde es imposible que exista ninguna seguridad y en el que se debe contar con riesgos y con peligros.

En julio de 1960 se celebran en Estados Unidos las primarias para elegir a los candidatos a la presidencia. Los Arendt-Blüchner ven los debates en casa de amigos. El que estos debates se televisen por primera vez le parece a Hannah una «bendición». Ella considera que John F. Kennedy, el candidato demócrata, es la mejor opción. Los republicanos designan al hasta entonces vicepresidente Richard Nixon, «bastante repulsivo» en su opinión.

Hannah pone muchas esperanzas en el joven Kennedy. Tras la era McCarthy, que ha supuesto en Estados Unidos una parálisis espiritual y el permanente peligro de guerra, espera que el joven irlandés represente un nuevo comienzo en la política norteamericana.

XVII. El espectro en la cabina de cristal

*«No sé cuántas veces me tuve que reír
¡y a carcajadas!»*

En agosto de 1960 los Arendt-Blüchner pasan sus vacaciones de nuevo en las montañas Catskill, esta vez en un pequeño lugar llamado Haines Falls, en una pensión construida al estilo suizo y en la que tanto el patrón como los huéspedes hablan sólo alemán suizo. Las vacaciones significan para Hannah, entre otras cosas, poder trabajar sin ser perturbada para hacer frente a sus múltiples compromisos. Debe tomar parte en dos congresos en Nueva York, en otoño quiere impartir unos seminarios en la Universidad de Columbia, desea publicar una colección de artículos y está escribiendo un nuevo libro en el que pretende explicar qué es una revolución a través de los ejemplos de la Revolución francesa y de la norteamericana.

Cuando se harta de sus manuscritos se marcha a nadar en las piscinas naturales formadas por una cascada o hace excursiones a las montañas, y por las tardes Heinrich, que se pasea con un gran sombrero de *cowboy* como si estuviera recién salido de una película del Oeste, le enseña a jugar al billar.

En la prensa el tema fundamental es, naturalmente, las próximas elecciones presidenciales estadounidenses. Pero también se habla de otro asunto. Adolf Eichmann, un nazi

que desempeñó un papel de primera magnitud en el holocausto, ha sido secuestrado en Argentina por los servicios secretos israelíes y pronto será juzgado en Jerusalén.

Eichmann, nacido como Arendt en 1906, vivió tras el final de la guerra de incógnito como cortador de madera en la zona de la landa de Luneburgo.¹ En 1950 se traslada a Argentina, seguido de su mujer y sus hijos. Con el sobrenombre de Ricardo Klement se construye una nueva existencia en un barrio periférico de Buenos Aires, donde trabaja como mecánico. El 11 de mayo de 1960 es secuestrado por agentes israelíes, quienes, tras ocultarlo durante una semana, lo trasladan a Israel.

Hannah Arendt no puede dejar de pensar en este caso. Ella abandonó Alemania muy pronto y sólo experimentó la dictadura nazi desde la lejanía. El proceso contra Eichmann constituye quizá su última oportunidad de enfrentarse al típico representante del terror nazi.

De vuelta en Nueva York escribe unas líneas a Robert Shawn, de la revista *The New Yorker*, preguntándole si estaría interesado en enviarla a Jerusalén como observadora en el proceso. La respuesta no se hace esperar y cumple sus expectativas: el *New Yorker* acepta la propuesta y se compromete a correr con todos los gastos del viaje.

Estas nuevas perspectivas descabalan todos sus planes. No sólo ha adquirido muchos compromisos para el nuevo año, sino que finalmente ha podido convencer a Heinrich para realizar juntos un viaje por Europa. Como no desea

1. Al norte de Alemania. [*N. de la T.*]

renunciar a este viaje, decide cancelar muchos actos o los pospone. El matrimonio acuerda que ella se traslade a Israel en primavera para seguir el proceso y luego pase el resto del tiempo en Suiza y Alemania esperando la llegada de Heinrich, en junio. Posteriormente viajarán juntos a Italia y Grecia y visitarán a los Jaspers.

En noviembre se celebran las elecciones presidenciales. Los Arendt-Blüchner se sientan frente al televisor casi veinticuatro horas siguiendo los acontecimientos: Kennedy sale finalmente elegido por muy pocos votos de diferencia. Hannah está «muy aliviada» y también en su círculo de amigos reina la euforia del cambio. El escritor Robert Lowell, invitado a Washington para la toma de posesión del nuevo presidente, le escribe: «El mundo vuelve a ser verde».¹

Hannah tiene aún muchas ocupaciones antes del viaje a Jerusalén. Ha de trasladarse a Evanston, al norte de Chicago, para impartir unos seminarios en la Northwestern University. Su vida privada es también muy ajetreada. A menudo recibe la vista de Bowden Broadwater; desde que Mary McCarthy le dejó él ha perdido el norte, su vida está arruinada. Mary le ha pedido a su amiga que se ocupe de él y que ponga en marcha su divorcio. Desea contraer matrimonio cuanto antes con James West y le parece «ridículo habernos convertido en el desvalido reflejo de otros».²

Hannah ve la situación de otra manera y se toma la libertad de reprender a su antigua amiga. Ha olvidado aca-

1. *The world is green again* en el original. [*N. de la T.*]

2. Carta de Mary McCarthy, 26 de octubre de 1960, pág. 172.

so, le escribe, que ha tenido suficiente confianza con Bowden como para haber estado casada quince años con él. «O dicho de otra manera: escribes que para vosotros (para James West y para ti) es simplemente “ridículo”, “haberos convertido en el reflejo de otros”. Si quieres contemplar la cuestión desde este punto de vista me parece evidente que ambos sois víctimas de un pasado propio, elegido por vosotros mismos. Es posible que ello sea incómodo, pero no es ridículo, a no ser que pretendas afirmar que todo tu pasado no sólo es un error, sino además un error ridículo».¹

El 8 de abril Arendt vuela a Jerusalén. La ciudad está repleta de extranjeros atraídos por el proceso, sobre todo muchos alemanes que, como ella dice, padecen «israelitis», una pasión recién descubierta por los judíos. En su hotel cercano a la playa el alcalde de Francfort y su mujer son sus vecinos en el comedor. Acaban de dejar a su hijo en un *kibbutz*. Un periodista se le arroja a Hannah en los brazos porque no puede soportar la culpa que los alemanes se han echado encima. «Como si estuviéramos en el teatro», le escribe a Heinrich. «Es para ponerse a vomitar».²

Cuando el 11 de abril comienza el proceso contra Eichmann en un tribunal especial del distrito de Jerusalén, ella se encuentra entre el público. Los tres jueces, presididos por Moshe Landau, toman asiento en un podio. Su mesa está cubierta por una gran cantidad de libros y más de 15.000 documentos. Debajo del banco de los jueces se

1. Carta de Mary McCarthy, 11 de noviembre de 1960, pág. 177.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 15 de abril de 1961, pág. 519.

encuentran los traductores y un escalón más abajo hay una cabina de cristal en la que está el acusado, colocado de perfil al público. Finalmente, a los pies del podio se sientan el fiscal general del estado, Gideon Hausner, con todo un grupo de fiscales y el defensor de Eichmann, Robert Servatius, con sus asistentes. El defensor, el acusado, así como la mayoría de los presentes en la sala llevan auriculares porque las sesiones se desarrollan en hebreo.

Adolf Eichmann le parece a Hannah un «espectro en la cabina de cristal». Es un hombre delgado, de estatura media y mediana edad, «con entradas en el cabello, mala dentadura y ojos miopes, que durante todo el proceso estira su cuello enjuto hacia el podio de los jueces [...] y se esfuerza desesperadamente por mantener la compostura».¹ Desde el principio a ella no le causa la impresión de ser un «monstruo», más bien le asalta la sospecha de hallarse frente a un «bufón». Eichmann dice haber olvidado los hechos más importantes de su trayectoria como nazi, aunque recuerda muy bien sus sentimientos y estados de ánimo. En opinión de Hannah, su forma de hablar está llena de «modismos», no puede decir una frase que no sea un cliché, es incapaz de ver una cosa desde un punto de vista distinto al propio y se refugia una y otra vez en el «sentimentalismo». «Seguramente has leído que le gustaría colgarse *en público*», le escribe atónita a Heinrich. «Me quedé de una pieza».

1: *Eichmann in Jerusalem. Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, Múnich, 1997, pág. 72. [Versión en castellano: *Eichman en Jerusalén*, Lumen, Barcelona, 1967.]

Justamente porque a Eichmann no se le puede tomar en serio, porque produce risa, las monstruosidades que relata tienen algo grotesco, cómico. Aquí se discuten hechos de una crueldad inimaginable y se hace responsable de ellos a una persona «completamente normal» según el diagnóstico de los psiquiatras. Es en este contraste tan extraordinario donde Hannah encuentra algo esencial que hay que aprender sobre Eichmann y sobre todo el nazismo. «Todo normal, indescriptiblemente mediocre y repulsivo», le escribe a Heinrich sobre sus sentimientos y su perplejidad. «Aún no lo entiendo, pero me parece que algún día caeré en la cuenta».¹

El desarrollo del proceso la desilusiona. El fiscal utiliza una gran cantidad de testigos y de material para señalar la terrible dimensión del aniquilamiento de los judíos. Pero casi nada guarda relación con Eichmann; es como si se quisieran retratar los crímenes de los nazis en toda su crueldad y probar así su carácter monstruoso e inhumano. Entre tanto, el hombre de la cabina de cristal no consigue acabar ninguna frase, contesta de modo absurdo y cuando finalmente en el interrogatorio de los testigos se concreta su papel en las matanzas, insiste en no haber sido su organizador, sino un funcionario subalterno que, según subraya una y otra vez, sólo ha cumplido con su deber.

Con todo, Arendt no considera a Eichmann un personaje secundario del terror nazi, es un nazi típico. No le defiende en absoluto, le considera culpable y merecedor de

1. Carta a Heinrich Blüchner, 20 de abril de 1961, pág. 521.

la pena de muerte, pero para ella la cuestión es por qué un sistema totalitario como el del nacionalsocialismo se mantuvo gracias, precisamente, a personas tan superficiales e irreflexivas.

Hannah permanece aún hasta el 6 de mayo en Jerusalén. A través de su viejo amigo Kurt Blumenfeld se pone en contacto con las personas más influyentes del país. Así por ejemplo, pasa una noche completa discutiendo con Golda Meir, ministra de Asuntos Exteriores. Con las primeras luces del día Hannah está muy cansada y toda su preocupación consiste en «cómo convencer a una ministra de Exteriores para irse a la cama».

El 7 de mayo vuela temprano a Basilea llevando consigo siete grandes tomos de documentación. Son los protocolos de lo declarado por el acusado tras su detención, que desea estudiar con objeto de utilizarlos en su informe.

Permanece una semana en Basilea y luego se traslada a Múnich, donde encuentra un hotel pequeño y cómodo cerca del Englischer Garten.¹ Quiere trabajar con tranquilidad en su libro sobre la revolución utilizando las magníficas bibliotecas de la ciudad. En Pentecostés recibe la visita de Annchen Weil; ambas pasean bajo una lluvia pertinaz por el parque del palacio de Nymphenburg «tan contentas como unas castañuelas» y, como colofón, Hannah compra una cámara Minox con medidor de luz *Fool proof*, «a prueba de tontos».

1. Un gran jardín situado en pleno centro de la ciudad bávara.
[N. de la T.]

El mismo tren con el que Anne Weil regresa a París lleva a Günther Stern de Viena a Múnich, donde se reúne con Hannah. Ella tiene reservas respecto al reencuentro con su ex marido, y se horroriza al verle tan cambiado. Tiene el pelo completamente blanco, está muy delgado y muy avejentado. Pero, en contraste con su aspecto exterior, no deja de hablar de sus éxitos, dice que está a punto de publicar una carta de los pilotos que arrojaron la bomba atómica sobre Hiroshima y se supone cerca de obtener fama y mucho dinero. Esto se le antoja una «locura» a Hannah. Como la realidad parece ser «que se encuentra cara a cara con la nada, pero no quiere confesarlo»,¹ se siente aliviada de verle partir. Por eso le alegra tanto la visita de Mary McCarthy, que llega a comienzos de junio a Múnich procedente de Varsovia.

Mary ha contraído matrimonio con James West el 15 de abril. El día anterior a la boda, la ex esposa de West vuelve a mudarse a la casa de éste, lo cual le causa al diplomático muchos problemas con sus superiores. Seguramente como reacción ante lo que consideran una vida privada escandalosa le trasladan a un nuevo puesto en París. Y por si todo ello fuera poco, Mary sufre un problema de hernia discal y se ha visto obligada incluso a utilizar una silla de ruedas. Se encuentra mejor cuando viaja a Múnich, pero sigue llevando un collarín.

El 17 de junio de 1961 Arendt regresa a Jerusalén. El proceso continúa y ella desea ver a Eichmann testificando.

1. Carta a Heinrich Blüchner, 28 de mayo de 1961, pág. 544 y ss.

Como el veredicto se espera para diciembre, permanece en Israel sólo unos días porque ha de estar en Zúrich cuando llegue Heinrich, el 24 de junio. Él ha logrado superar su aversión a volar y ha viajado a Europa. Para recibirle en el aeropuerto llega expresamente desde Locarno su viejo amigo Robert Gilbert, al que no ha visto desde los tiempos de Berlín y que desde entonces se ha hecho famoso escribiendo guiones de cabaret y traduciendo musicales norteamericanos.

Los Arendt-Blüchner han acordado visitar a los Jaspers en julio. Primero desean realizar su viaje por Italia. Atravesando el paso Gotthard se dirigen a Pisa, más tarde a Roma y finalmente viajan a Sorrento, donde se hacen conducir en un coche «como los grandes señores». Visitan Capri, Pompeya, Salerno y Amalfi. La ciudad colonial griega de Pesto les gusta especialmente y Heinrich está tan entusiasmado que incluso habla de ir a Grecia.

A mediados de julio están de vuelta en Suiza, donde por fin se produce el esperado encuentro entre el matrimonio Jaspers y Blüchner. Jaspers ha oído hablar mucho a Hannah sobre Heinrich y por tanto le parece conocerle desde hace tiempo. Entre ambos hombres se produce enseguida una entrañable familiaridad a pesar de lo distinto de su procedencia y educación: Heinrich es autodidacta y vivió en los barrios pobres de Berlín, Jaspers es profesor y descende de una familia de la gran burguesía. El encuentro acaba siendo una «orgía de amistad», como dice Heinrich más tarde, y todos acuerdan tutearse en el futuro.

Hannah piensa también en Heidegger. Le escribe comunicándole dónde puede encontrarla. Pero él no responde

y finalmente es ella quien vuelve a dar el paso intentando recuperar el contacto. De camino a Locarno para visitar a Robert Gilbert hace un alto en Friburgo. Está invitada por el profesor Joseph Kaiser a su extravagante casa. Kaiser ofrece una fiesta en su honor e invita al filólogo Eugen Fink, muy amigo de Heidegger. Pero Fink declina asistir «con brusquedad». No desea ver a Arendt, dice, y explica que es a causa de Heidegger.

Ella supone que Heidegger está detrás de esta extraña conducta, molesto por su carta y por su negativa a dedicarle el libro. Posteriormente escribe a Karl Jaspers: «Toda mi vida me he comportado respecto a él como si no existiera o como si no supiera hacer la *o* con un canuto, a no ser que fuera en la interpretación de sus textos; entonces él estaba encantado de comprobar que sí podía hacer la *o* con un canuto, incluso más. Pero de repente me cansé, estuve furiosa un momento, pero ya no lo estoy. Al contrario, creo haberlo merecido de alguna manera, tanto mi conducta anterior como el haberme cansado de ella».¹

A principios de agosto el matrimonio Arendt-Blüchner regresa a Nueva York. Para ambos empieza de nuevo la rutina. Heinrich pasa la semana en el Bard College y Hannah se dedica a sus obligaciones académicas y revisa además la montaña de material que ha recopilado sobre el caso Eichmann para escribir el informe del *New Yorker*.

En otoño, cuando se encuentra metida de lleno en sus cursos de la Wesleyan University, recibe la noticia de que

1. Carta a Karl Jaspers, 1 de noviembre de 1961, pág. 494.

Heinrich ha sido ingresado en un hospital tras sufrir un colapso. Lotte Beradt, una antigua amiga, le encontró en muy mal estado en la vivienda de Riverside Drive. Se había producido quemaduras con un cigarrillo y la casa estaba sumida en un caos de papeles desperdigados y muebles caídos.

Hannah se apresura a regresar a Nueva York tras dejar a Mary McCarthy a cargo de sus cursos. En un primer momento no le es posible saber el alcance de la afección de su marido, los médicos dudan sobre el diagnóstico y temen que se trate de un tumor. Sólo después de algunas pruebas descubren un «aneurisma congénito», una dilatación arterial en el cerebro. Su situación mejora día a día, pero debe aceptar el hecho de que su salud va a resultar afectada. Así se lo comunica Hannah, y también que la mortalidad en estos casos es de hasta el 50%. «Bueno, no te alteres», le dice Heinrich, «te olvidas del 50% restante».¹

En noviembre Heinrich puede pasear de nuevo. El médico le recomienda que viva con precaución dos meses más y evite los esfuerzos físicos, pero él contesta que desciende de un gran mariscal de campo y que, por tanto, su familia ya ha hecho todo cuanto podía esperarse de ella en este aspecto.

Del 11 al 15 de diciembre se hace público en Jerusalén el veredicto del proceso. Eichmann es condenado a muerte tras ser declarado culpable con pequeñas restricciones de los quince cargos de la acusación.

A Hannah la sentencia le parece «muy decepcionante», pero no por la condena a muerte, sobre la que no tenía

1. *Ibid.*, pág. 493.

dudas, sino porque en su opinión debía haberse explicado que era necesario hacer justicia, aun cuando en este caso la justicia y el castigo apenas pudieran corresponderse con los crímenes.

El informe de Arendt sobre el proceso se espera con gran expectación. «¿Qué ha sido de tu artículo para el *New Yorker*?», inquiera Mary McCarthy. «Todos me preguntan a mí por él». No obstante, Hannah quiere concluir su libro sobre la revolución antes de ponerse a escribirlo.

El 19 de marzo de 1962, el taxi donde se encuentra Hannah, que ya ha cumplido cincuenta y cinco años, es arrollado por un camión a su paso por el Central Park. A ella la trasladan en seguida al Roosevelt Hospital, y aunque no se encuentra herida de gravedad, sufre traumatismos múltiples: nueve costillas y la muñeca de la mano derecha rotas, hematomas, traumatismo craneal, dientes rotos, profundas heridas en la cabeza que requieren treinta puntos de sutura, contusiones y lesión en el músculo del corazón como consecuencia del *shock*.

Sin embargo, se recupera con una rapidez sorprendente. Después de cuatro días en el hospital puede sentarse, caminar, vuelve a leer y además se pelea continuamente con la enfermera jefe, quien la llama continuamente *honey* [cielo]. El 30 de marzo le dan el alta «porque si no me hubiera ido yo».

Cuando Mary McCarthy le pregunta preocupada «cómo van las reparaciones» contesta que, aunque tiene todo el aspecto de «una mala copia de Picasso», se encuentra mejor. Le han rapado el pelo, le falta un diente y tiene una fea cicatriz en la frente. Mary le recomienda una peluca, pero ella

prefiere ponerse un velo negro hasta que el pelo vuelva a crecer.

El 31 de marzo de 1962, tras ser desestimada la petición de clemencia, se cumple la sentencia de muerte de Eichmann en la horca. Sus cenizas se esparcen después en el Mediterráneo.

Hannah se recluye entonces en una casa en Pallenville, localidad donde pasa sus vacaciones, para escribir el artículo del *New Yorker*. Tras leer los protocolos sobre los interrogatorios dice: «No sé cuántas veces me he reído, ¡y a carcajadas!».¹ Escribe su informe sobre el proceso en un estado de «extraña euforia», con una sensación de alivio. «No se lo cuentes a nadie», le dice a Mary, «porque, ¿no es ésta la prueba definitiva de que no tengo “alma”?».²

1. Entrevista con Gaus, pág. 62.

2. Carta a Mary McCarthy, 23 de junio de 1964, pág. 260.



XVIII. La controversia Eichmann no tiene fin

«El mal banal puede destruir todo el mundo»

El día 16 de febrero de 1963 aparece en la revista *The New Yorker* el primero de los cinco artículos de Hannah Arendt sobre el proceso contra Eichmann bajo el título *Eichmann en Jerusalén. Sobre la banalidad del mal*. Cuando se publica el último artículo, el 16 de marzo, Hannah no se encuentra en Nueva York, sino con los Jaspers, en Basilea, celebrando el octogésimo cumpleaños de Karl Jaspers.

«Alégrate de no estar aquí», le escribe Heinrich, quien no para de contestar el teléfono atendiendo a las muchas personas interesadas en hablar con su esposa. La mayoría de ellas son judíos encolerizados por el informe, que ahora se va a publicar también como libro. «Parecen un pelotón de ataque», dice Heinrich. Hannah ya había podido atisbar lo que se avecinaba a principios de marzo, cuando Siegfried Moses, antiguo interventor del estado israelí, les declara a ella y a su informe «la guerra» en nombre del Consejo Judío Alemán.¹

Hannah se lo toma todo con calma. Está «muy complacida» de haber podido escapar al escándalo producido

1. Cfr. Young-Bruehl, pág. 477.

por el libro. En Suiza y en Alemania no se percibe todavía la excitación reinante en Nueva York porque no existe aún traducción al alemán de la obra.

En Colonia, ciudad a la que se traslada después de dejar Basilea, Hannah ofrece una lectura pública de fragmentos del libro y más tarde toma parte en un debate radiofónico. Aprovecha la oportunidad para, según explica, «dar mi opinión al gobierno alemán»; denuncia públicamente que, tras la guerra, Alemania permitió a muchos ex nazis hacer carrera e incluso alcanzar puestos altos en la administración pública sin obligarles a responder ante la justicia por sus crímenes. A pesar de todos los debates —dice más tarde en una entrevista—, mientras a estos señores no se les enjuicie «no superaremos el pasado, o bien tendremos que esperar a la muerte de todos ellos».¹ Ya en su informe sobre Eichmann, Hannah se hizo eco de este «terrible problema» mencionando casos concretos; también habla con mucha claridad en el debate radiofónico de Colonia. «Si realmente llega a emitirse», le escribe a Heinrich, «que Dios nos asista».²

A comienzos de la primavera, Heinrich toma un barco desde Atenas para reunirse con ella. Hannah embarca en Nápoles. Ambos desean realizar la planeada visita a Grecia y continuar luego viaje a Sicilia e Italia. Con ello Heinrich cumple un sueño de toda la vida. Atenas le cautiva de tal manera que no le importa realizar esfuerzos caminando por

1. «Der "Fall Eichmann" und die Deutschen. Ein Gespräch mit Thilo Koch», en: *Gespräche mit Hannah Arendt*, editado por Adelbert Reif, Múnich, 1976, págs. 35-40, aquí pág. 40.

2. Carta a Heinrich Blüchner, 8 de marzo de 1963, pág. 561.

las antiguas ruinas. «Vivimos la vida “regalada” de los dioses», escribe Hannah a Jaspers y le cuenta que en todo este tiempo no ha leído nada en absoluto, ni libros ni periódicos. En Roma, a finales de mayo, se cansa de ver tantos museos y ruinas y se declara «en huelga»: sólo desea «comprar ropa, beber Campari y vino y comer mucho y bien». Pero desgraciadamente «Eichmann» vuelve a aparecérselo. Se ha producido un gran «barullo», explica, «que sin embargo a mí me deja indiferente».¹

Tras desviarse hasta París para visitar a su amiga Mary, los Arendt-Blüchner vuelven a Nueva York a finales de junio. La vivienda de Riverside Drive está, literalmente, llena de correo, casi todo referente al «caso Eichmann». Es ahora cuando Hannah entiende que ha tocado un tema no superado del pasado de los judíos. Durante su ausencia se ha preparado una «campana» contra ella, le explica a Jaspers, y aquélla se encuentra «en su apogeo».

De hecho, las organizaciones judías han declarado la guerra a Hannah. Una liga antidifamación ha preparado dos memorandos con líneas de ataque y material para la lucha contra su libro. En ellos se la acusa de traicionar a su propio pueblo por defender la tesis de la coculpabilidad de los judíos en el holocausto.

La revista *Aufbau*, sobre todo, se convierte en tribuna de las críticas. Como ya ocurrió con ocasión de sus reflexiones sobre los acontecimientos en Little Rock, le reprochan el tono utilizado, lo tachan de «frío», «sin emociones»

1. Carta a Jaspers, 29 de mayo de 1963, pág. 543.

e «insoportablemente arrogante». La acusan de estar poseída por «una obsesión perversa» por «ser original»; un crítico afirma incluso que «Arendt desprecia a las personas».¹

Desde el punto de vista del contenido, los ataques se centran especialmente en dos puntos: el concepto de «banalidad del mal» y la interpretación del papel de los consejos judíos en el Tercer Reich.

Estos consejos judíos eran los representantes reconocidos de las comunidades judías. En el proceso en Jerusalén, Adolf Eichmann describió con detalle cómo los consejos habían cooperado estrechamente en la organización de la persecución. Tomando estas declaraciones como punto de partida, Hannah explica el papel de los dirigentes de estas organizaciones en la ejecución del holocausto, en su opinión el «capítulo más oscuro de una historia oscura». Sin la cooperación activa de los consejos, dice, no habría podido tener lugar una persecución tan sistemática contra el pueblo judío. En *Eichmann en Jerusalén* escribe al respecto: «Tanto en Amsterdam como en Varsovia, en Berlín y en Budapest los nazis pudieron confiar en que funcionarios judíos prepararan listas de personas y de bienes, obtuvieran de los deportados el dinero para la deportación y el asesinato, llevaran una relación de las viviendas que quedaban vacías y pusieran fuerzas a disposición de los nazis para detener a los judíos y llevarlos a los trenes. Se implicaron incluso en la confiscación de los bienes de las comunidades».²

1. Citado en: *Die Kontroverse. Hannah Arendt, Eichmann und die Juden*, ed. por F.A. Krummacker, Múnich, 1964.

2. Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, pág. 209.

Los críticos consideran estas afirmaciones «tonterías denigrantes» y una terrible afrenta para las víctimas del holocausto. Estiman a los dirigentes judíos a salvo de toda duda y justifican su cooperación con los nazis como la única manera de salvar lo que se podía en una situación desesperada. Hannah Arendt estudia este argumento en su libro y lo descarta; entregarse a los enemigos para «evitar algo peor» no supone forma alguna de resistencia, sino una refinada estrategia para tranquilizar la conciencia y para no reconocer la implicación en las reglas de juego del enemigo. Tampoco comparte el punto de vista de que los judíos no tenían posibilidades de huir de la maquinaria de destrucción nazi. La resistencia individual —admite— carecía de «sentido», a la persona individual sólo le cabía recluirse en la «emigración interior» para no verse implicada en los crímenes. Pero esta huida no contribuyó a ofrecer una solución; la tupida red del terror sólo habría podido ser rasgada con una resistencia organizada a gran escala.

Con objeto de ilustrar su punto de vista, se refiere en su libro a la persecución de los judíos en los países europeos. Mientras que en algunos países —por ejemplo, Rumanía— hubo colaboracionistas prestos a cumplir las órdenes, en otros, como Dinamarca, Suecia e Italia, los nazis se encontraron con una gran oposición. Hannah considera a Dinamarca un ejemplo del «potencial enorme subyacente a una acción no violenta y a la resistencia frente a un enemigo superior en cuanto a los medios». El gobierno danés se negó rotundamente a obedecer los mandatos de los alemanes, y ante la exigencia de entregar a los judíos, el rey Christian se declaró dispuesto a ser el primero en colo-

carse la estrella amarilla. Esta resistencia «a gran escala» tuvo un efecto sorprendente: las autoridades alemanas en Dinamarca, desconcertadas, se comportaron de un modo extrañamente condescendiente, desoyeron las directrices de Berlín y se tornaron muy poco fiables, su «dureza se derritió como la mantequilla al sol». Este relajamiento apunta una característica de los sistemas dictatoriales, descrita ya en el libro sobre el totalitarismo: por muy criminales y destructores que sean, se derrumban frente a una resistencia decidida y solidaria porque adolecen de una peculiar falta de sustancia.

Esta falta de sustancia la ha observado Hannah también en Eichmann, por eso se niega a presentarle como un ser monstruoso y carente de alma. Ello supondría conferirle una grandeza que no merece, aunque fuera una grandeza demoniaca y presuponer la existencia de poderes oscuros ante los que nos encontramos inermes. En opinión de Hannah Arendt, tras estos aparentes poderes oscuros se esconde una organización muy real contra la que no sólo podemos, sino que debemos hacer algo. Una iniciativa común por parte de las personas es más eficaz y de mayor «alcance» que todo el sistema totalitario, basado en las órdenes, la obediencia y la falta de responsabilidad. Por eso llama «bufón» a Eichmann y «banal» al mal que él representa.

En una carta a Gershom Scholem explica por qué considera importante no hablar más del «mal radical» —como en el libro sobre el totalitarismo—, sino del «mal banal»: «Hoy considero en efecto que el mal es siempre extremo, pero nunca radical, no posee profundidad ni dimensión

demoniaca alguna. Puede crecer desordenadamente y destruir todo el mundo porque se extiende como un hongo en la superficie. Pero lo verdaderamente profundo y radical es siempre el bien».¹

Con todo, sus críticos, entre ellos Gershom Scholem, lo ven de otra manera. En su opinión, la expresión «banalidad del mal» resta importancia a los crímenes de los nazis y desdramatiza los terribles sufrimientos de las víctimas. Sólo quien no haya sufrido en propia carne el terror nazi, dicen, puede hacer afirmaciones tan superficiales.

La protesta judía contra el informe Arendt no se limita a los artículos aparecidos en periódicos, se pretende incluso evitar la publicación del libro. Ernst Simon, profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén, visita universidades norteamericanas para criticar a Hannah en las asociaciones de estudiantes judíos. En una gran conferencia de ex internados en campos de concentración, celebrada en Nueva York, el fiscal del proceso de Jerusalén, Gideon Hausner, ataca la «extraña defensa de Eichmann por parte de Hannah Arendt»; y la liga contra la difamación envía circulares a todos los rabinos de Nueva York con la exigencia de predicar contra ella. «Parece que la ciudad ya no habla de otra cosa», le escribe William Shawn.²

Hannah no toma postura frente a las recriminaciones, está convencida de que todo es una «campana política» en su contra, una «caza» en la que ya no se trata de su

1. Carta a Gershom Scholem, 20 de julio de 1963, en: H.A., *Ich will verstehen*, págs. 29-36, aquí pág. 36.

2. Cfr. Young-Bruchl, pág. 479.

libro, sino de la «imagen» de los judíos. En lugar de asumir los acontecimientos históricos –dice– se dedican a lanzar estruendosas afirmaciones, y a ella le parece ridículo explicarles que la están interpretando mal.

Además, está sorprendida por la falsedad de las personas. Muchas le confiesan en privado que admiran su libro, pero cuando se trata de apoyarlo públicamente, retroceden asustadas. Uno de sus pocos defensores es el psicólogo Bruno Bettelheim, pero la conferencia en la que éste trata el tema acaba en un tumulto y en un fuego cruzado de acusaciones.

Para Hannah es muy doloroso comprobar que también los buenos amigos se distancian. Hans Jonas rompe el contacto durante más de un año. La muerte en Jerusalén, en el mes de mayo, del amigo paternal Kurt Blumenfeld, en medio de un gran resentimiento hacia ella le causa una profunda pena. Blumenfeld sólo conocía sus artículos por referencias, y Hannah está convencida de que su opinión habría sido distinta si él mismo hubiera podido leerlos.

Quienes siempre se mantienen fieles a su lado son Mary McCarthy, Karl Jaspers y, naturalmente, Heinrich Blüchner. A este último le gustaría «partirle la cara» a algunos críticos, pero su esposa le disculpa diciendo que se comporta como «un caballero a la antigua usanza».¹ En este sentido Heinrich olvida su edad, tiene ya sesenta y cinco años y su salud tampoco es la de antaño; a menudo se encuentra muy cansado y sufre problemas motores. La campaña de

1. Carta a Karl Jaspers, 1 de diciembre de 1963, pág. 575.

difamación le sume en una depresión, pero sus cursos y clases le ayudan a olvidar sus preocupaciones. Cuando Mary McCarthy le visita en el Bard College, los estudiantes le hablan de él con placer y le explican que se supera con cada lección.

Mary está tremendamente enfadada por la campaña contra su amiga. Poco a poco —dice— todo empieza a parecerse a «un progromo». Desea ayudar a Hannah de alguna manera, «no sólo escuchándola». Finalmente se decide a escribir un artículo de doce páginas, publicado en enero de 1964 en la revista *Partisan Review*. Mary McCarthy ha acabado por convertirse con el tiempo en una especie de estrella de la literatura. Su nueva novela, *La tribu*, ha logrado colocarse a la cabeza de la lista de libros más vendidos, pero a pesar del éxito recibe críticas negativas del mundillo literario norteamericano: parece una parodia más que un libro, dicen, y el escritor Norman Mailer lo llama «un libro de señoras». En vista de estos ataques, no le cuesta imaginar por lo que está pasando Hannah y se alegra de volver a verla para «poder disfrutar juntas de nuestras culpas».

También Karl Jaspers desea manifestarse públicamente en Basilea en favor de su ex alumna; piensa incluso escribir un libro para alabar la «independencia de pensamiento» mostrada por el informe sobre Eichmann. Le preocupa el «corazón de Hannah, que no es tan indiferente como aparenta», y como además teme por su vida, le recomienda protegerse con guardaespaldas. Aunque él está casado con una judía, no puede comprender esta «caza»; al contrario, el libro le parece excelente. «Qué ingenuidad más grande», escribe, «no caer en la cuenta de que el acto de

dar a conocer esta obra al mundo supone un varapalo contra el “olvido”». ¹

Jaspers teme que el libro produzca también en Alemania una gran controversia a causa de sus críticas a la resistencia alemana contra Hitler. Hannah se pregunta si Adolf Eichmann tiene algo parecido a conciencia y explica al hilo de esta reflexión que los adversarios de Hitler no siempre se condujeron movidos por la ética. Sólo reconoce a ciertos individuos y grupos, como la Rosa Blanca, ² haber actuado por repugnancia ante el dictador. Por el contrario, al movimiento del Veinte de Julio, reunido en torno al conde Stauffenberg, no le impulsaban estos principios, sino el deseo de salvar a Alemania políticamente y de negociar con los aliados mejores condiciones para el país en la previsible rendición. Lo que uno entiende por conciencia –dice Arendt– «se había perdido en Alemania». ³

Se demuestra que los temores de Jaspers son acertados. La edición alemana del libro de Eichmann no ha aparecido todavía cuando en enero de 1962 el historiador Golo Mann, escandalizado, toma la palabra en el periódico *Die Zeit*. La descripción de la resistencia en la obra –escribe Mann– «contiene las peores difamaciones jamás difundidas sobre este movimiento». ⁴

1. Carta de Jaspers, 16 de noviembre de 1963, pág. 567.

2. Se trataba de una organización de estudiantes müniqueses, en la que destaca la figura de los hermanos Scholl, dedicada principalmente a la distribución de octavillas contra los nazis. [*N. de la T.*]

3. *Eichmann in Jerusalem*, pág. 193.

4. Golo Mann, «Der verdrehte Eichmann», en: *Die Kontroverse*, págs. 190-198, aquí pág. 194.

Hannah tiene ahora la sensación de no poder estar a la altura de esta controversia, sobre todo por motivos organizativos. Para poder replicar convenientemente a todos los ataques necesitaría muchos colaboradores y todo un ejército de secretarías. Además, no se siente con ánimo de tomar parte en este «espectáculo», le produce asco.

Su trabajo como docente es en esta época un escape para ella. Desde el otoño de 1962 enseña en la Universidad de Chicago, donde le han ofrecido unas condiciones ideales: sólo tiene que pasar allí un trimestre al año y puede decidir con absoluta libertad el número y el contenido de los cursos. Su trabajo con los estudiantes, «carentes por completo de malicia», le permite recargar la energía que le ha robado la polémica causada por el libro sobre Eichmann. Asimismo, su reputación no deja de crecer en las universidades, le llueven las invitaciones para pronunciar conferencias y adonde quiera que vaya —le dice a Jaspers— la reciben con grandes ovaciones.

El 22 de noviembre de 1963 todos los programas de radio y televisión se ven interrumpidos por una noticia: el presidente Kennedy ha sufrido un atentado en Dallas y se encuentra entre la vida y la muerte. En ese momento Hannah está almorzando con Mary McCarthy en el club de la Universidad de Chicago. Mary ha acudido a Nueva York para promocionar su libro y visita a su amiga el fin de semana. Al oír la noticia del asesinato, algunos estudiantes comienzan a llorar. Pero no en todas partes ocurre lo mismo; en los estados sureños el atentado contra el «presidente amante de los negros» es recibido con júbilo.

La muerte de Kennedy constituye una tragedia para

Hannah. Con su libro sobre la revolución, aparecido en 1963, deseaba hacer patente «el hito maravilloso» de la fundación de Estados Unidos y la importancia de la Constitución norteamericana. Esperaba que Kennedy rescatara estos ideales de la primera época con su nuevo «estilo», pero tras su muerte nadie puede ocupar su lugar: «Madison, Hamilton, Jefferson, John Adams, qué hombres tan extraordinarios. Y cuando vemos lo que existe hoy, qué decadencia más terrible».¹

1. Carta a Karl Jaspers, 16 de noviembre de 1958, pág. 393.

XIX. Revueltas en Estados Unidos

«Es muy peligroso porque se trata de algo muy genuino»

El 12 de octubre de 1964 Hannah Arendt aparece en el programa de la televisión alemana *Sobre la persona*, dirigido por el periodista Günther Gaus. Al principio de la entrevista, Gaus explica que es la primera mujer invitada al programa y le pregunta sobre su postura ante el feminismo. Ella responde que la emancipación jamás ha constituido un problema en su caso. «Verá, yo siempre he hecho lo que deseaba hacer». El presentador menciona también, naturalmente, el libro sobre Eichmann, cuya versión alemana ha sido boicoteada por las librerías y le pregunta si, después de la polémica producida, lo habría escrito de otra manera. «No», responde ella. «Me habría encontrado ante la alternativa de escribirlo o no. Al fin y al cabo, uno puede mantener la boca cerrada».¹

Hannah no está acostumbrada a ponerse frente a las cámaras de televisión. Sólo concede entrevistas televisadas en Europa, en Estados Unidos las rechaza siempre porque no desea perder su intimidad dándose a conocer.

A pesar de esta distancia personal, considera la televisión una bendición, una forma de mantener viva la democracia por cuanto muchos individuos pueden seguir las dis-

1. Entrevista con Gaus, págs. 44 y 45.

cusiones políticas. Tanto ella como Heinrich pasan horas sentados frente al televisor viendo los debates. Hasta ahora siempre tenían que ir a casa de amigos, pero en 1965 deciden adquirir su propio aparato.

Desean, sobre todo, seguir las noticias y los comunicados oficiales del nuevo presidente, Lyndon B. Johnson, sobre la guerra del Vietnam. El 2 y el 4 de agosto de 1964 el destructor *Maddox* es atacado en el golfo de Tonkín por torpederos norvietnamitas. El presidente Johnson utiliza esta circunstancia para exigir protección efectiva en favor de Vietnam del Sur, un estado pronorteamericano, contra los ataques de Vietnam del Norte, comunista. El Congreso apoya la exigencia con una resolución tras la cual subyace la llamada «teoría del dominó»; es decir, el temor de que si se pierde Vietnam del Sur, otros muchos estados caerán bajo la órbita comunista.

Hannah Arendt no confía en la política desarrollada en Asia por el presidente Johnson, le parece especialmente peligroso que Estados Unidos pretenda convertirse en garante de la paz en todo el mundo.

Tras el comienzo de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, en febrero de 1965, surge en Estados Unidos un movimiento público contra la guerra en Asia que llega a convertirse en protesta en las universidades norteamericanas. En Berkeley, donde se producen las primeras movilizaciones, los estudiantes logran detener un tren cargado de soldados. Pero la crítica ante la política estadounidense en Vietnam no es el único motivo de las protestas estudiantiles, se trata también de la coestión de las universidades y de la discriminación racial.

Hannah sigue los acontecimientos de Berkeley con un gran interés. «En Berkeley», escribe a Karl Jaspers, «han logrado todo lo que deseaban, y ahora ni pueden ni quieren retroceder, no por maldad ni por un deseo de provocar, sino simplemente porque han olido sangre, es decir, ahora saben lo que es actuar de verdad y, una vez conseguidas las metas, no desean regresar a casa. Esto es muy peligroso porque se trata de algo muy genuino».¹

Qué es esto «tan genuino» y por qué puede llegar a ser peligroso lo explica el libro *Sobre la revolución*, aparecido ya en 1963 pero algo difuminado por el asunto Eichmann. Entre tanto se ha publicado también la versión alemana.

La obra sobre la revolución enlaza con *Vita activa*, que trata la cuestión de lo que significa actuar, es decir, tomar iniciativas, comenzar algo nuevo con los otros. La revolución es, por decirlo así, la acción a gran escala, un acontecimiento con el que, en la historia, se echa por la borda el antiguo orden para que vea la luz uno nuevo. El coraje y el entusiasmo implícitos en el hecho de comenzar algo nuevo cuyo futuro se desconoce constituyen para Hannah algo extraordinario, «muy genuino», una experiencia elemental de libertad.

Al mismo tiempo se pregunta en qué se convertirá este impulso tan espontáneo. ¿Cómo pueden generarse mecanismos de protección para conservarlo y estabilizarlo? Y ¿cómo evitar que degeneren en caos y en violencia?

1. Carta a Jaspers, 19 de febrero de 1965, pág. 619.

Arendt contesta a estas preguntas reflexionado sobre dos de las revoluciones más conocidas, la Revolución francesa y la Revolución norteamericana, hitos históricos que en su opinión constituyen ejemplos de una revolución fracasada por una parte y de una revolución lograda por otra.

La Revolución francesa siguió un curso del que se distanció cuando a los girondinos moderados les fue imposible imponer una nueva constitución y los jacobinos radicales convirtieron la liberación de las masas de su miseria en su objetivo prioritario. «¿La república? ¿La monarquía? Yo sólo conozco la cuestión social», dijo Robespierre. Justamente esta nueva formulación supuso, según Arendt, la condena de la revolución. La compasión hacia el pueblo, hacia los que sufrían y pasaban calamidades se convirtió en virtud política. Pero la compasión es sólo posible respecto de la persona individual, frente a la masa se convierte en algo abstracto y políticamente nefasto. La miseria de todo un pueblo disipa, por decirlo así, la capacidad de compasión y alienta el deseo de combatir este infortunio desmesurado con medios también desmesurados, es decir, con violencia. Así se llega a la curiosa paradoja de que alguien esté dispuesto, por amor a la humanidad y por compasión, a saltar por encima de cadáveres. «Una y otra vez», escribe, «fue la desmesura de sus emociones la que hizo a los revolucionarios tan increíblemente insensibles ante lo fácticamente real y sobre todo ante la realidad de las personas, a las que siempre estaban dispuestos a sacrificar en aras de la causa o del devenir histórico».¹ Esta «insensibilidad car-

1. Hannah Arendt, *Über die Revolution*, Múnich, 1994, pág. 115.

gada de emoción» se origina cuando la acción está dirigida por la cólera y cuando el objetivo ya no es la libertad, sino «la mera prosperidad y la fortuna».

La Revolución norteamericana siguió un rumbo muy diferente. En ella la cuestión social no fue relevante porque, a diferencia de Francia, el país era rico y no se conocía la verdadera miseria. Los revolucionarios norteamericanos no «huían de la pobreza», sino de la «oscuridad», es decir, de estar «privados de la luz de lo público». Así, los padres fundadores concedieron una gran importancia a la creación de vías que hicieran posible la participación de muchas personas en el proceso de toma de decisiones. En lugar del ominoso «deseo del pueblo» defendido por los revolucionarios franceses y que no era, en el fondo, más que una carta blanca para el despotismo, en Norteamérica se crearon lugares de reunión como los *townhall meetings*,¹ donde hasta las personas más humildes podían expresar su opinión. De este modo, en lugar de violencia se abrió paso un poder basado en una voluntad común. En todo ello la consideración básica consistía en no dejar morir el espíritu revolucionario, lo cual tenía una relación directa con la cuestión de si se podía conservar la influencia de los ciudadanos en la política y cómo hacerlo; asimismo, la representación a través de diputados no debía convertirse tan sólo en un sustituto de la participación directa del pueblo. En sus reflexiones Arendt escribe: «Para desarrollar la opinión razonablemente debe concurrir el intercambio de opiniones; para hacerse una opinión uno tiene que estar allí,

1. Concejos municipales de vecinos. [N. de la T.]

y quien no está allí, o no tiene opinión —en el mejor de los casos— o se apresta a buscar en las sociedades de masas de los siglos XIX y XX cualquier sustituto para una opinión, ya no concreto o vinculado a las ideologías».¹

1. Hannah Arendt, *Über die Revolution*, Múnich, 1994, pág. 303.

Las protestas llegan también a la Universidad de Chicago, donde los estudiantes organizan sentadas y debates y boicotean las clases. Hannah simpatiza con ellos, pero es escéptica, considera importante que la protesta no se desborde y que el «populacho» no llegue a hacerse con el liderato. Tras un acto contra la guerra de Vietnam al que asiste, escribe a Jaspers: «Todo extraordinariamente razonable y sin fanatismos. Estaba tan concurrido que apenas se podía pasar. Nadie gritó, nadie hizo discursos, y todo ello en un acto masivo. Hubo verdaderas discusiones e intercambio de información. Muy agradable».¹

La opinión de Hannah respecto a la guerra de Vietnam es bastante inequívoca, la considera una «guerra loca, sucia, inútil». Desde su punto de vista, es el miedo a la extensión del comunismo en Asia el que impide cualquier solución razonable. Estados Unidos podría convivir sin problemas con algunos gobiernos asiáticos socialistas o comunistas, piensa, pero para este tipo de soluciones ya es demasiado tarde. La cuestión principal es ahora cómo podrá salir el país del conflicto. Hannah se mantiene alejada de la discusión pública sobre Vietnam y no siente tampoco la necesidad de unirse a ningún movimiento de protesta.

Mary McCarthy lo ve de un modo totalmente distinto. En París se encuentra como enjaulada, desea expresar

1. Carta a Jaspers, 13 de abril de 1965, pág. 629.

de algún modo su rechazo ante la política estadounidense en Vietnam, pero como esposa de un diplomático tiene las manos atadas. Con todo, no podría permanecer callada, dice, si bombardearan Hanoi. «Ya no me parecería aceptable seguir siendo norteamericana».¹

Mary se siente a menudo sola, no puede compartir sus dudas y sus miedos, y en sus cartas desde París expresa una y otra vez el anhelo por su amiga. «Querida Hannah: cómo te extraño» escribe. «Tengo una gran nostalgia de ti». A Hannah le ocurre otro tanto; desde el asunto Eichmann se siente más unida a Mary que nunca. Muchas de sus amistades se han alejado de ella. Ahora es extraordinariamente conocida —le conceden títulos *honoris causa* y la han aceptado en el Instituto Nacional de las Artes y de las Letras—, pero todo ello le resulta desagradable. «Las conferencias no me hacen ilusión», escribe. «Allí donde llego las salas están repletas, y lo odio. Cuando acudo a actos públicos me cuelgan el sambenito de “famosa”. Las aguas acabarán por volver a su cauce, ¡pero de momento es terrible! Me veo como un animal al que se le cierran todas las verjas; ya no me puedo dar porque nadie me toma como yo me doy; todos creen conocerme, de manera que o no salgo a ninguna parte o me voy enseguida. La diversión se ha ido al garete».²

Otra preocupación adicional es que las clases en Chicago, dos veces al año, le impiden ver a Heinrich durante semanas. Él no se encuentra bien de salud y sus compromisos con el Bard College le exigen mucha energía. A Hannah

1. Carta de Mary McCarthy, 2 de abril de 1965, pág. 274.

2. Carta a Jaspers, 19 de febrero de 1965, pág. 618 y ss.

no le abandona la inquietud por su marido. «Llevamos veintiocho años juntos», le escribe a Mary, «y no me puedo imaginar la vida sin él». No obstante, en el verano de 1965 Blüchner vuelve a encontrarse bien después de un semestre agotador y decide acompañar a su esposa en su viaje anual por Europa. Visitan a Mary McCarthy en la ciudad de Bocca di Magra, en el norte de Italia, donde pasa las vacaciones con su marido, James West, y con los hijos de éste. Después de estar allí tan sólo unos días la pareja se traslada a Basilea para reunirse con Karl Jaspers.

Jaspers es ahora un hombre mayor y muy enfermo. Su situación física no es, como él dice, «precisamente agradable». Sufre hemorragias intestinales que deben ser tratadas con transfusiones y su reumatismo le causa dolores con cada movimiento. Pero espiritualmente sigue siendo muy vital. Tras conceder una entrevista a Rudolf Augstein, editor de la revista de noticias *Der Spiegel*, en la que critica duramente la política del gobierno de Adenauer y apoya las posturas de Hannah, recibe muchas misivas amenazadoras desde Alemania. En una de ellas le llaman «siervo de los judíos», «traidor» y «reptil». Todo esto no perturba su espíritu de lucha, desea escribir un artículo sobre la situación de la República Federal de Alemania y defender en un libro el pensamiento independiente de Arendt para «poner coto a los toques de clarín» que suenan en contra de su amiga. Pero su capacidad de trabajo es cada vez menor, se cansa con facilidad y le duele la mano al escribir. Hannah no deja de pensar que tal vez sea su último encuentro.

Cuando los Arendt-Blüchner llegan a Nueva York se enteran de la muerte de otro amigo común, Randall Jarrell,

atropellado por un coche. Según el conductor del vehículo, Jarrell se le echó encima. A Hannah le parece un suicidio, sabe que se encontraba en tratamiento psiquiátrico desde hacía tiempo. Cuando le vio por última vez le pareció estar en presencia de una persona completamente distinta, había perdido la risa que a ella tanto le gustaba. En sus recuerdos Hannah escribe: «No tenía nada que le protegiera del mundo, excepto su maravillosa risa y, detrás de ésta, un coraje puro y enorme».¹

La ofensiva militar norteamericana contra Vietnam, al que se pretende derrotar a toda costa, no hace sino aumentar; a finales de 1965 hay 184.300 norteamericanos en el país y la cifra continúa creciendo a diario. En Estados Unidos las voces contra esta guerra son cada vez más fuertes. En octubre, Robert Lowell, el escritor Norman Mailer, Martin Luther King y otras personas relevantes encabezan una marcha de doscientas personas al Pentágono. La revista *New York Review of Books* ofrece a Mary McCarthy una corresponsalía en Vietnam, pero ella decide no aceptar para no poner en peligro la carrera de su marido.

Las universidades norteamericanas arrecian también en sus protestas. En Chicago, donde Hannah vuelve a enseñar en la primavera de 1966, los estudiantes ocupan el edificio principal. Ella se une a los debates apoyando sus exigencias de lograr un mayor espacio para la discusión en la universidad. Algunos la llaman en mitad de la noche pidiéndole consejo, y aunque ella les deja claro que deben abandonar

1. Hannah Arendt, «Randall Jarrell», en: *Menschen in finsternen Zeiten*, pág. 339.

el edificio de inmediato, no puede dejar de sentirse impresionada porque sus alumnos se atengan a «las reglas del debate parlamentario» sin convertirse ni por un momento en «populacho».

Este trimestre Hannah, a punto de cumplir sesenta años, debe ausentarse por primera vez de sus clases por estar en la cama con gripe. «¡Me hago vieja!», le escribe a Jaspers. Aunque no le importa hacerse mayor, desea envejecer con dignidad. Tampoco le perturba la idea de la muerte. «Siempre me ha gustado vivir», le dice a su ex profesor, «tanto, que unas veces he deseado que la vida se prolongara, otras no. Para mí la muerte ha sido siempre una compañera agradable, desprovista de melancolía. Pero me resultaría desagradable estar enferma, desearía tener un medio serio y decoroso para un eventual suicidio».¹

Jaspers comprende perfectamente este sentimiento. Desde el nacionalsocialismo vive con la idea de suicidarse y es un experto con respecto a los «medios decorosos». Le cuenta a Hannah con todo detalle cuáles son los fármacos apropiados, como el cianuro, la morfina o el veronal, cómo se han de tomar y las ventajas e inconvenientes de cada uno. Lo que le parece «enojoso» es la dificultad para conseguirlos. «El “mundo libre” no es tan libre», dice enfadado, «si se prohíbe el suicidio».

La situación de Karl Jaspers ha empeorado tanto que sus dolores articulatorios sólo pueden ser ya atenuados mediante inyecciones. Mantiene a Hannah al corriente de

1. Carta a Jaspers, 10 de agosto de 1966, pág. 683.

los pormenores de su enfermedad, le explica de forma detallada y científica el diagnóstico de los médicos y su tratamiento. Ella admira la «tranquilidad» con la que describe «lo que ocurre». «Todo el amor a la verdad y toda la gratitud por haber nacido proceden del hecho de haber permanecido fiel a lo verdadero tanto en lo bueno como en lo malo».¹

Cuando visita a su ex profesor en septiembre, éste es sólo una sombra de lo que fue, pero todavía desea escribir el libro sobre Hannah. Finalmente ella consigue convencerle para abandonar el proyecto, lo cual parece aliviarse sobremanera. Al despedirse, el filósofo le regala un collar de perlas.

También Mary McCarthy viaja a Suiza para reunirse con Hannah. A Mary le cuesta enormemente no poder implicarse en asuntos políticos. Poco después el *New York Review of Books* vuelve a ofrecerle una corresponsalía en Vietnam y esta vez acepta.

Antes de viajar a Vietnam, el 2 de febrero de 1967 regresa una vez más a Nueva York y le lleva a su amiga una caja de vino tinto de primera calidad «que me estoy bebiendo», dice Hannah, «lentamente pero de forma continuada».

Mary debe preparar su viaje en Nueva York. Como no desea viajar con su pasaporte diplomático, consigue un pasaporte normal. Y hace testamento. «Te dejo dos joyas que te sentarán bien», escribe a Arendt.²

1. Carta a Jaspers, 11 de junio de 1965, pág. 636 y ss.

2. Carta de Mary McCarthy, 1 de febrero de 1967, pág. 305 y ss.

XX. Despedidas

«Necesitamos aprender la relación con los difuntos»

En febrero de 1967 comienza para Heinrich Blüchner el último semestre en la universidad, después tiene intención de retirarse. Para concluir su actividad docente ofrece en los cursos comunes unas clases de iniciación a la filosofía, clases que él mismo ha instituido en el Bard College. Habla sobre Sócrates, con quien comparte la idea de que es más importante conversar con la gente en la plaza del mercado que dejar trañ de sí grandes tratados.

La filosofía de Sócrates —explica— se centra en las relaciones interpersonales. En ellas distingue tres tipos: la relación con uno mismo o filosofía, la relación con otros u erótica y la relación con la humanidad, la política. Heinrich opina que estos tres ámbitos, en cuyo núcleo está siempre el ser humano, tienen una profunda vinculación entre sí, ninguno puede desarrollarse con independencia de los demás:¹ «Siempre estamos dispuestos a sacrificar la vida por cualquier cosa aparentemente más importante que el hombre, y lo que obtenemos no es nada especial, se llama nihilismo. El primer paso para salir de esta situación es comen-

1. Apuntes de una clase de Heinrich Blüchner en el Bard College, publicado en: *Briefwechsel Hannah Arendt/Heinrich Blüchner*, págs. 567-580, aquí pág. 579.

zar como lo hizo Sócrates: filosofando e investigando dónde está el hombre y en qué se puede convertir».

Heinrich es cada vez más admirado por sus estudiantes y por ello le cuesta tanto retirarse. Se deja convencer para volver al Bard en septiembre a continuar con las clases, pero ya no desea ocuparse de funciones burocráticas. Tiene previsto disfrutar de su nueva vida de pensionista y pasar mucho tiempo en casa y viajando.

Hannah pretende acomodarse a la nueva situación de su marido y ha decidido aceptar la oferta de la New School for Social Research para enseñar un semestre al año en Nueva York a partir de febrero de 1968. No le resulta nada fácil despedirse de Chicago; quiere a sus estudiantes, pero no desea estar separada de Heinrich durante tanto tiempo y seguir viajando continuamente entre ambas ciudades.

A finales de marzo de 1967 vuela a Chicago para el último semestre. Sus estudiantes la recogen en el aeropuerto, la invitan a fiestas y le piden que imparta cursos adicionales, incluso en domingo. La aprecian como profesora a pesar de —o tal vez gracias a— su capacidad para ser implacable en sus juicios. Por ejemplo, a un doctorando le devuelve el manuscrito de su tesis con la anotación: «No, querido. Si esto fuera verdad resultaría revolucionario; pero me temo que es, sencillamente, falso». Los alumnos de Chicago no desean dejarla marchar, debe prometerles regresar en otoño para impartir un seminario intensivo.

En junio Hannah y Heinrich han acabado sus cursos. Ella disfruta de su casa en Riverside y escucha por la radio con gran interés las últimas noticias sobre Israel. Los israelíes han lanzado un ataque aéreo por sorpresa tras ser ame-

nazados reiteradamente por los estados árabes, en especial por el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser. El 5 de junio aviones israelíes traspasan la frontera con Egipto y destruyen una gran parte de la fuerza aérea egipcia. En días posteriores el ejército consigue también vencer a Jordania y a Siria. Después de esta guerra, denominada la Guerra de los Seis Días, el estado de Israel ha vencido en todos los frentes y ha conquistado grandes zonas de territorio. La población estalla en júbilo y Hannah comparte esta alegría: «Qué bien lo han hecho los israelíes», dice, y decide visitar el país cuando realice su viaje a Europa en verano.

A mediados de julio Heinrich y ella vuelan a Zúrich y desde allí a Basilea, donde visitan a Jaspers. Como éste ya no puede moverse sin padecer dolores, ha hecho que le eleven el escritorio y la silla para sufrir lo menos posible al sentarse y al levantarse. A Hannah le preocupa que intente disimular sus padecimientos. Tampoco pueden hablar con tranquilidad porque él apenas oye.

Jaspers había anotado sus reflexiones sobre Heidegger hasta apenas tres años antes. En su última nota del año 1964 le llama «mi cortés amigo», y continúa: «Los poderes a los que servíamos eran tan irreconciliables que pronto se hizo evidente la imposibilidad de una comunicación entre nosotros. La alegría se convirtió en un dolor desconsolado, como si hubiéramos perdido una oportunidad al alcance de nuestras manos».¹

1. Karl Jaspers, *Notizen zu Martin Heidegger*, Múnich, Zúrich, 1978, pág. 264.

Arendt siente un dolor parecido al de Jaspers. Pero para ella el capítulo de Heidegger no está todavía cerrado, no desea dejar pasar la oportunidad de reconciliarse con él y decide trasladarse a Friburgo a pesar de lo ocurrido en sus últimas visitas. Con ocasión de su sexagésimo aniversario, su ex maestro le había enviado una postal y una poesía titulada *Otoño*, hecho que ella interpreta como una buena señal. Además, Hannah le ha puesto en contacto con Glenn Gray, profesor de filosofía, quien se ocupará de la edición en lengua inglesa de sus obras completas.

Heidegger se alegra de la visita. Ha cumplido setenta y ocho años y desea despedirse. Hannah conversa con él en su despacho, en la primera planta de la casa de Rotebuckweg 47, en Friburgo, y recibe como regalo un ejemplar de su nuevo libro, *El origen de la obra de arte*, con una dedicatoria manuscrita: «Para Hannah, en recuerdo de nuestro reencuentro, Martin, Frib. 27 de julio, 1967». Ella habría deseado pasar más tiempo a solas con él, pero Elfride les molesta continuamente y además manifiesta su disgusto por ver su casa invadida por el humo de los cigarrillos. Con todo, Hannah pone al mal tiempo buena cara, desea ver a Heidegger más a menudo y sabe que, inevitablemente, habrá de contar con Elfride para poder hacerlo. Finalmente, en la despedida, ambas mujeres deciden incluso tutearse y Hannah promete regresar al año siguiente, esta vez con su esposo.

Antes de volver a Estados Unidos con Heinrich, el 30 de agosto, pasa una semana en Israel. Todos los días se desplaza en coche con sus familiares para visitar el país de forma totalmente anónima, evitando que la prensa se entere

de su presencia. A diferencia de su primer viaje, esta vez se siente «muy a gusto», y «por lo que respecta al país», escribe a Jaspers, «uno observa enseguida que se han liberado de un gran temor, lo cual contribuye sobremanera al desarrollo del carácter nacional».¹

Para complacer a Heinrich, que no ha superado todavía su desagrado por los aviones, ambos regresan a Estados Unidos en barco desde Génova. La larga travesía marítima tiene terribles consecuencias para Heinrich: se ve afectado por una flebitis y tan pronto como llegan a Nueva York tiene que guardar cama con la pierna elevada. A Hannah le parece estar ante una caricatura: «Señor mayor con escayola». A él su situación le recuerda a Charlie Chaplin y sus películas, pero le preocupa no poder mantener su promesa de regresar al Bard College. A Hannah le gustaría mucho permanecer en el hogar cuidándole; sin embargo, se ha comprometido a volver a Chicago por última vez. Antes de partir recibe la visita de Mary McCarthy.

Mary ha superado su odisea en Vietnam y los reportajes sobre sus viajes ya han aparecido. Puesto que reside con su marido, James West, en París, ha adquirido una casa en Castine, en el estado de Maine, con intención de convertirla en su segundo hogar.

La novelista desea involucrarse aún más en el movimiento contra la guerra de Vietnam, cada vez más destructiva. A finales del año 1967 hay 486.000 soldados norteamericanos destacados en el país, y el ejército emplea más

1. Carta a Karl Jaspers, 1 de octubre de 1967, pág. 710.

munición que en todos los frentes de la Segunda Guerra Mundial. El resultado son ciudades bombardeadas, bosques arrasados por las armas químicas, millones de refugiados, y un acendrado fanatismo entre los norvietnamitas, cuya voluntad de resistir parece aumentar con cada ataque de los norteamericanos.

Mary McCarthy regresa a Vietnam en marzo de 1968, esta vez a la capital norvietnamita, Hanoi. A su vuelta a París encuentra una ciudad sublevada; las revueltas de los estudiantes estadounidenses se han trasladado a Europa. En la universidad de la Sorbona se suspenden las clases, se producen enfrentamientos en las calles y los estudiantes ocupan el teatro Odéon, en el Barrio Latino, para utilizarlo como foro para sus debates. Mary le cuenta entusiasmada a Hannah que «jóvenes trabajadores, hombres de negocios, un coronel del ejército, maestros, el camarero de un café, amas de casa jóvenes y bonitas» toman la palabra en el Odeón.¹ A Hannah le alegra saber que el hijo de uno de sus viejos conocidos de París en los años treinta, Daniel Cohn-Bendit, llamado Danny el Rojo, se ha convertido en dirigente de la revuelta. Le envía incluso una carta ofreciéndole ayuda económica.

No obstante, Hannah no siempre está completamente de acuerdo con quienes provocan los disturbios en Francia y en Alemania. Aunque le parece fantástico que los estudiantes hayan descubierto su capacidad de cambiar las relaciones sociales por propia iniciativa, califica la nube

1. Carta de Mary McCarthy, 18 de junio de 1968, pág. 329.

de teorías subyacentes a estas acciones de «estériles», tremendamente improductivas.¹ A los nuevos izquierdistas alemanes les reprocha sobre todo que utilicen lemas del siglo XIX y ser tan extravagantes con sus teorías que «ya no ven más allá de sus narices». En lugar de asumir una postura respecto a la cuestión candente de la línea Oder-Neie,² se manifiestan contra Vietnam y el Sha; es decir, contra situaciones muy lejanas cuya crítica no supone ningún riesgo. A Hannah le preocupa especialmente advertir una «curiosa desesperación» en todas las acciones y lemas de quienes están llevando a cabo esta protesta, le parece que para estos pseudorevolucionarios el mundo nunca podrá ser lo suficientemente malo como para justificar su lucha. «Seguid, seguid», parecen decirle a la sociedad. «Y detrás se halla el convencimiento de que vale destruirlo todo».

1. «Politik und Revolution. Ein Gespräch mit Adalbert Reif», en: *Gespräche mit Hannah Arendt*, págs. 41-70, aquí pág. 45 y ss.

2. Esta frontera natural, formada por los ríos Oder y Neie, se fijó en el Tratado de Postdam como línea divisoria entre Alemania y Polonia. [N. de la T.]

En el verano de 1968 Arendt tiene otras preocupaciones distintas que «los chicos que tiran bombas» en Europa. Heinrich Blüchner va a recibir en junio el título *honoris causa* del Bard College. Poco antes del acto de investidura sufre un problema de corazón, «aunque no un infarto», como su esposa escribe, aliviada, a Jaspers. Es trasladado a una clínica, donde rápidamente se siente mejor y tras unos días de hospitalización le dan el alta. En casa debe seguir una dieta, pero se avitualla con whisky y el médico le permite seguir fumando con moderación.

Para celebrar la ceremonia de investidura acuden a la vivienda de Riverside Drive una representación de la universidad y su presidente. En la reunión se sirve a los invitados champán y caviar, que no pueden ser compartidos por el flamante doctor *honoris causa*.

Hannah ha pospuesto esta vez su viaje anual a Europa debido a la enfermedad de su marido, pero en vista de la rápida recuperación, ambos pasan varios días juntos en Palenville. Después ella decide, como escribe a Jaspers, «atravesar el charco rápidamente».

A principios de septiembre visita a Jaspers en su pequeña casa de la calle Austrae, en Basilea. Él se ve obligado a moverse con mucha lentitud y con ayuda de un andador, pero está más accesible que el año anterior porque no desea ocultar ya su estado, no necesita «disimular». Hannah le escribe a Heinrich: «Dice: “la vida *era* bonita”. Yo digo: “Debes seguir pensando que la vida es bonita”. Él me con-

testa: "Tienes razón. Sé que soy un trasto viejo; algunas veces lo siento, sobre todo por los demás. Para ti debe de ser un fastidio. Pero yo, por mí, estoy contento"». ¹

Hannah telefona desde Basilea al viejo amigo de Heinrich, Robert Gilbert, que reside cerca de Locarno. Gilbert quiere convencer a ambos para que se trasladen a Suiza y pasen allí los últimos días de su vida. A ella le atrae mucho la idea, últimamente no se siente demasiado bien en Nueva York, la criminalidad se ha incrementado mucho en la ciudad y ya casi no se atreve a salir a la calle sin compañía o a subir sola en un ascensor. También le asustan la violencia y el fanatismo presentes en la vida pública: en abril han asesinado a Martin Luther King y en junio muere el hermano de John F. Kennedy, Robert Kennedy. La guerra de Vietnam parece estar fuera de control y tampoco le alivia pensar que, habiendo renunciado el presidente Johnson a presentarse de nuevo a las elecciones, Richard Nixon se convertirá muy probablemente en su sucesor. Pero sobre todo le molesta haber recibido tantos ataques por el asunto Eichmann. Por todo ello, la vida en Suiza le parece tranquila y anónima. «Este refugio de Suiza», escribe a Mary McCarthy desde Nueva York, «es más apropiado para la vejez y concuerda más con mi deseo de vivir menos expuesta a la luz pública de lo que aquí es posible». ²

A principios del año 1969 el matrimonio Arendt-Blüchner desea viajar a Suiza durante un par de semanas

1. Carta a Heinrich Blüchner, 4 de septiembre de 1968, pág. 565.

2. Carta a Mary McCarthy, 21 de diciembre de 1968, pág. 341.

«para echar un vistazo». Sin embargo, el 26 de febrero reciben un telegrama de Gertrud Jaspers diciendo: «Karl falleció a las 13:39 hora europea».

Hannah vuela de inmediato a Basilea. El 4 de marzo de 1969 se celebra, en la Universidad de esta ciudad, un acto conmemorativo en el que ella pronuncia un discurso cuyas palabras finales dicen: «Lo más temporal y quizá también lo más grande de un hombre, su palabra y su comportamiento único, mueren con él y por ello nos necesita, necesita a los que pensamos en él. Tal pensamiento nos lleva a una relación con el desaparecido de la que surge y vuelve a resonar en el mundo la conversación sobre él. La relación con el difunto es algo que debe ser aprendido, y ahora comenzamos a hacerlo en la comunidad de nuestro dolor».¹

A esta relación con el difunto se debe también que Hannah vista de negro durante varios meses. Además, lleva pañuelos de colores vivos, sabe que él deseaba que su mujer, Gertrud, vistiera en su entierro una gran chal de color blanco como signo de que su muerte había sido una buena muerte.

Arendt también mantiene al maestro vivo en su recuerdo de otras formas. Se ocupa de editar sus obras en Estados Unidos, y en sus seminarios y clases anima a los estudiantes a leerlas.

Hannah regresa a Nueva York durante poco tiempo para cumplir con sus obligaciones en la New School for

1. Este discurso-homenaje se encuentra en: Hannah Arendt / Karl Jaspers, *Briefwechsel*, págs. 719-720.

Social Research, donde imparte clases desde hace un año. Pero tras el semestre Heinrich y ella desean llevar a cabo por fin el viaje a Suiza.

A finales de mayo de 1969 se trasladan a Locarno, al lago Mayor. En Tegna, un pintoresco pueblecito al norte de Locarno, alquilan una habitación en la posada Albergo Barbaté para pasar todo el verano, hasta agosto. «Todo es tan bonito aquí, y tan tranquilo», comenta Hannah entusiasmada, «que nos olvidamos del resto del mundo».¹ Reciben muchas visitas, entre ellas la de Mary McCarthy y los hijos de la familia israelí de Hannah. Antes de regresar a Nueva York se trasladan juntos a casa de los Heidegger, en Friburgo.

La atmósfera de este encuentro es cordial y relajada, aunque Elfride deba soportar ahora a dos fumadores. Los Heidegger planean construir una casita en el jardín para que Martin no tenga que subir las escaleras y pretenden financiar la construcción con la venta del manuscrito de *Ser y tiempo*. Cuando Elfride le pide consejo al respecto, Hannah realiza una serie de gestiones y la Universidad de Tejas se declara dispuesta a adquirirlo por 100.000 marcos.

Martin Heidegger cumple ochenta años el 26 de septiembre. Su pueblo natal desea celebrar el cumpleaños de su afamado hijo y con este motivo, Fritz, el hermano de Martin, ha escrito un librito. Heidegger regala a sus visitantes un ejemplar con la dedicatoria: «Para Hannah y Heinrich, de Martin y Elfride».

1. Carta a Mary McCarthy, 3 de junio de 1969, pág. 352.

Arendt le ha prometido a Heidegger contribuir con un texto a las celebraciones con motivo de su octogésimo aniversario. Tras regresar a Nueva York se pone enseguida a escribirlo, ya que tiene que ser emitido en la radio bávara el mismo día del cumpleaños. El ensayo, que es un homenaje a su ex profesor, menciona también las vinculaciones de Heidegger con el nacionalsocialismo. Heidegger, como Platón, se ha aventurado en la política y ha recurrido a la protección de caudillos, una tentación propia de muchos pensadores, una *déformation professionnelle*. Lo que ella desea expresar resulta evidente en una posterior anotación al texto. El «error» decisivo de su ex profesor ha consistido en «trasladar a otras regiones pretendidamente más importantes la realidad de las celdas de la Gestapo y de los sótanos de tortura en los campos de concentración erigidos inmediatamente después de la quema del Reichstag».¹

1. Hannah Arendt, «Heidegger ist achtzig Jahre alt», en: H.A., *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 172-184, apunte pág. 353.

En 1970, los Arendt-Blüchner vuelven a pasar el verano en el pueblecito de Tegna, al lado del lago Mayor. Hannah desearía permanecer unos meses en este paraíso: «...sin clases, sin obligaciones, sin tareas del hogar. Y, por favor, con un poco de aburrimiento, aburrirse en pequeñas dosis es tan sano».

Junto a Heinrich realiza excursiones al lago de Como y algunas veces ambos acuden a visitar a Robert Gilbert, para lo cual toman un trenecito que ella llama «campanilla». En septiembre las obligaciones la reclaman y deben regresar a Nueva York.

El 30 de octubre Hannah pronuncia una conferencia en la New School con el título *El pensamiento y las consideraciones morales*, tras de la cual los Arendt-Blüchner invitan a Glenn Gray a su casa. Heinrich está de un humor inmejorable y se sirve un whisky complacido.

A la mañana siguiente, tras sentirse mal de repente, sufre un ataque al corazón. Hannah llama enseguida a los servicios médicos de urgencia, pero él parece saber que le ha llegado la hora. Tomando la mano de su esposa, le dice: «Ya está». Esa misma tarde muere en el Hospital Mount Sinai. Hannah llama a un amigo y se hace fotografiar por él junto a Heinrich.

En el funeral, que se celebra el 4 de noviembre de 1970 en la capilla Riverside Memorial, se lee el *kadish*, la liturgia fúnebre hebrea. «No te quejes», se dice en ella, «de que se te arrebató algo que te fue concedido pero que no *posetas*».

Has hecho mal si pensabas que lo poseías, si has olvidado que te fue concedido».¹

Blüchner es enterrado en el pequeño cementerio del Bard College. El cementerio se encuentra en el bosque y tiene pequeñas lápidas conmemorativas. «Muy bien, muy apropiado», dice Hannah.

El día siguiente a la defunción, muchos amigos acuden a la casa de Riverside Drive, entre ellos también Mary McCarthy, recién llegada de París. Hannah, desorientada, pregunta: «¿Cómo voy a vivir ahora?».

1. Carta a Mary McCarthy, 22 de enero de 1972, pág. 442.

XXI. Libre como una hoja al viento

«Ya sólo quiero ocuparme de cuestiones transpolíticas»

El mismo día del funeral en el Bard College, Hannah Arendt, que tiene que enfrentarse a un seminario en la New School, no sabe si debe avergonzarse por trabajar tan pronto después del fallecimiento de su marido. «La verdad es», le escribe a Mary McCarthy, «que me encuentro completamente exhausta. No en el sentido de cansancio, porque no estoy cansada, o no tan cansada, simplemente exhausta. Funciono muy bien, pero sé que cualquier acontecimiento insignificante podría arrebatar-me el equilibrio. No creo haberte contado que durante diez largos años he temido una muerte tan repentina. Donde una vez hubo temor y pánico ahora sólo existe vacío. A veces creo que no podría andar sin este lastre dentro de mí, porque lo cierto es que me siento como si flotara. Cuando pienso tan sólo en un par de meses a la vista me mareo».¹

Poco antes de la Navidad Anne Weil llega a Nueva York; desea permanecer unas semanas para ayudar a Hannah con la casa. Volviendo un día de compras oye decir a su amiga, que se encuentra en el salón con algunos estudiantes: «Heinrich, deja los chanclos al lado de la puerta». Cuando

1. Carta a Mary McCarthy, 22 de noviembre de 1970, pág. 393.

Anne entra en el salón, Hannah se levanta sorprendida y luego se dejar caer de nuevo en el sillón sin pronunciar una palabra.¹

Los recuerdos de Heinrich la persiguen a cada paso. Sin embargo, no desea abandonar la casa, necesita «la presencia de la ausencia», viva en cada rincón del apartamento. Algunas veces entra en el despacho de su marido y utiliza su máquina de escribir porque así «tengo algo a lo que aferrarme».

La amistad de Mary constituye también un gran apoyo para Hannah. En la primavera, Mary y su marido la acompañan a un viaje por Sicilia y en julio la invitan a pasar algunas semanas en su nueva casa de Castine. Con objeto de que Hannah disponga de tranquilidad, Mary arregla para ella un pequeño apartamento encima del garaje. No obstante, pronto advierte que no debe ser demasiado solícita con su amiga. Un día Hannah se enfada porque le ha comprado su paté favorito, de sardinas. «No dijimos ni una palabra más», recuerda Mary. «Pero supe que había hecho algo mal en mis esfuerzos porque se encontrara cómoda. No deseaba ser *reconocida* de esta manera tan limitada».²

En la vivienda sobre el garaje Hannah encuentra la tranquilidad necesaria para volver a trabajar. Escribe un ensayo sobre *Las mentiras en la política* con ocasión de la publicación de los llamados «papeles del Pentágono», aparecidos fragmentariamente en el *New York Times*. Se trata de docu-

1. Cfr. Young-Bruehl, pág. 594.

2. Mary McCarthy, «Hannah Arendt, meine schöne Freundin», en: *Die Zeit*, nº 3, 13 de enero de 1978, pág. 30.

mentos secretos del Ministerio de Defensa con las líneas maestras de la política norteamericana en Vietnam. En opinión de Arendt, estos documentos prueban de forma estremecedora el abismo existente entre la realidad y el gobierno, sobre todo en el caso de los asesores del presidente en Washington, a quien llama los «solventadores de problemas». Estos solventadores de problemas, en su afán por prevenir los acontecimientos, derrochan una gran inteligencia construyendo escenarios y desarrollando teorías, pero con ello no tienen en cuenta las verdaderas realidades. En una entrevista, Hannah explica que están cegados por una «imagen» que desean ver convertida en realidad a toda costa. Desde la publicación de los «papeles del Pentágono» se sabe «que Estados Unidos ha librado esta guerra sólo por su imagen, porque alguien quería ganar las siguientes elecciones (¿quién desea convertirse en el primer presidente que pierde una guerra?) o por la imagen de Estados Unidos en el mundo, para probar su primacía entre las potencias mundiales. Pero eso no bastaba: lo que realmente se deseaba era que el mundo *considerara* a Estados Unidos la más importante de las potencias».¹

Para Hannah Arendt, lo perverso de esta propaganda radica en que el mismo *image-maker*² acaba por creer sus propias lucubraciones. Habitualmente, un mentiroso sabe que no dice la verdad, pero un mentiroso que se miente a sí mismo pervierte la realidad. Por tanto, desde el punto de

1. «Legitimität der Lüge in der Politik?». En: *Gespräche mit Hannah Arendt*, editado por Adelbert Reif, págs. 101-126, aquí pág. 122 y ss.

2. Constructor de imagen. [*N. de la T.*]

vista de Hannah todo se reduce a no mentirse a uno mismo, y citando una novela de Dostoievski, dice: «Quien se miente a sí mismo y escucha sus propias mentiras acaba por no distinguir verdad alguna, ni en sí, ni en los demás».¹

Estas reflexiones sobre la política y la verdad encuentran tanto eco que su autora viaja por todo el país invitada por varias universidades. Además, debe impartir sus cursos en la New School y tomar parte en diversas conferencias. A finales de 1971 está realmente agotada. Tras diagnosticarle una angina de pecho, su médico le recomienda trabajar menos y llevar una vida más sana. Como siempre, Hannah reacciona de forma bastante desabrida. «También se ha confirmado esta cuestión de mi angina», le escribe a Mary McCarthy, «o así lo cree mi médico. No es tan grave como para preocuparse, pero naturalmente me han dicho lo de siempre: tengo que aflojar la marcha, dejar de fumar, etc. Pero puesto que no deseo vivir para mi salud, haré lo que considere oportuno: evitar todo aquello que pudiera colocarme en situaciones desagradables, y con esto me refiero a situaciones en las que me viera obligada a variar mi forma de vida».²

Naturalmente, no deja de fumar, pero sí empieza a pensar en retirarse. Hasta este momento no tenía asegurado su futuro si dejaba de trabajar, pero finalmente consigue negociar una pensión con la New School. Además, en diciembre

1. Hannah Arendt, «Wahrheit und Politik», en: *Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, págs. 327-370, aquí pág. 358.

2. Carta a Mary McCarthy, 8 de diciembre de 1971, pág. 436.

de 1971 le comunican que su segundo contencioso para ser indemnizada en Alemania ha tenido éxito. Tras presentar su caso en el Tribunal Superior de Justicia del país, su enérgico abogado ha obtenido con la *lex Arendt* un precedente para casos similares. La sentencia reconoce a Hannah el salario de un profesor universitario con efectos retroactivos.

Todo ello cambia completamente su situación financiera, ahora es incluso rica. Pero no se encuentra bien. Por una parte se siente libre «como una hoja al viento», por otra los recuerdos acaban por convertirse en un lastre. Estos recuerdos se hacen muy presentes cuando en el verano de 1972 viaja a Europa. En Basilea visita a Gertrud Jaspers, a quien encuentra muy activa para sus noventa y cuatro años, pero muy olvidadiza: «Ambas hemos perdido a nuestros maridos», le dice al saludarla. Y diez minutos más tarde le pregunta: «¿Cómo está Heinrich?».

En agosto Hannah se traslada a las proximidades del lago de Como, donde reside invitada por la Fundación Rockefeller en una gran mansión situada en mitad de un enorme parque. La mansión está repleta de profesores procedentes de todos los países, muchos de ellos acompañados por sus esposas. Según Hannah, algunas de estas mujeres están «simplemente locas; varias tocan el piano y otras se dedican a mecanografiar las no-obras-maestras de sus esposos». Ella disfruta de la fantástica cocina y de la exquisita bodega, pero su productividad literaria se ve muy limitada. Aun así logra escribir el primer capítulo de su nuevo libro, al que pretende titular *Vita contemplativa* como contrapunto a su obra *Vita activa*. De la misma manera que en *Vita activa* Hannah hacía una distinción entre el trabajo,

la producción y la acción, la nueva obra comprenderá tres partes: el pensamiento, la voluntad y el juicio.

Desde el lago de Como viaja a Tegna, a la pequeña pensión descubierta con Heinrich dos años antes. Tiene «algo de miedo» de reencontrarse con viejos conocidos, como el amigo de su marido, Robert Gilbert.

En realidad estaba previsto que los Arendt-Blüchner repitieran este año juntos la visita a Friburgo. Ahora Hannah debe visitar a los Heidegger sola. Mientras tanto, ellos han construido la casa en el jardín con los beneficios de la venta del manuscrito de *Ser y tiempo*, que no acabó en Estados Unidos, sino en el archivo literario Schiller de Marburgo. Martin Heidegger lleva una vida muy tranquila, siempre con el mismo ritmo: trabaja durante el día en su despacho y por la noche sale a dar un paseo y bebe un vaso de vino en la taberna Jägerhäusle, desde donde se divisa una magnífica vista de Friburgo.

Aunque a veces Hannah envidia este tipo de vida y la situación política en Estados Unidos le resulta cada vez más insoportable, ha desistido de trasladarse a Suiza. En su toma de posesión como presidente, Richard Nixon ha prometido acabar con la participación de los norteamericanos en Vietnam, pero en Estados Unidos todavía se confía en una victoria militar sobre Vietnam del Norte. En la primavera de 1972, Nixon ordena el bombardeo de las ciudades además de la colocación de minas en los puertos de Vietnam del Norte, y en las navidades de 1972 decide llevar a cabo los llamados «bombardeos de Navidad». El presidente celebra su política como un gran éxito y en noviembre es reelegido por una gran mayoría. «Todo el mundo le está com-

prando esta fantasía», dice Hannah horrorizada ante la credulidad de sus conciudadanos.¹

Arendt se había propuesto no ocuparse con tanta intensidad de temas políticos. «Yo ya he contribuido a la teoría política», le dice a su viejo amigo Hans Jonas, con quien se ha reconciliado tras las divergencias surgidas a raíz del informe sobre Eichmann. «Ya he tenido bastante; desde ahora sólo deseo ocuparme de cuestiones transpolíticas». Jonas está de acuerdo con ella y ambos se aseguran mutuamente que en el futuro se dedicarán a los temas filosóficos por los que ya hace años sienten fascinación: «Ha llegado el momento decisivo».²

Para Hannah Arendt esto significa, concretamente, seguir trabajando en el anexo de *Vita activa*. Este libro acababa con una frase atribuida al filósofo romano Catón: «La persona nunca es más productiva que cuando no hace nada y jamás está más sola que cuando está a solas consigo misma». Retomando esta frase desea contestar a la pregunta: ¿Qué hacemos cuando pensamos? Y, ¿por qué no estamos solos al hacerlo? Aunque ya ha dado algunos pasos en esa dirección, ahora tiene la oportunidad de presentar sus pensamientos ante un público más amplio. En la primavera de 1973 la universidad escocesa de Aberdeen la invita a participar en las llamadas Conferencias Gifford, un honor reservado sólo para los intelectuales más reconocidos. Hannah

1. Carta a Mary McCarthy, 6 de febrero de 1973, pág. 468.

2. Cfr.: Hans Jonas, «Handeln, Erkennen, Denken», en: Adelbert Reif (ed.), Hannah Arendt, *Materialien zu ihrem Werk*, Viena, 1979, pág. 355 y ss.

está en la lista de los nombres ilustres, y de nuevo es la primera mujer que acude a un determinado acto.

A pesar de ello acepta. En abril viaja a Londres para reunirse con Mary McCarthy. Ambas continúan viaje juntas hasta Aberdeen. Mary, que desea estar presente en las primeras conferencias, le promete no ser un estorbo y llevar el atuendo escocés para no llamar la atención.

La primera conferencia tiene lugar el 23 de abril, la última está prevista para el 14 de mayo. Hannah Arendt diserta sobre el tema de su gran proyecto, es decir, sobre *El pensamiento*, pero sus exposiciones no son en absoluto tan apolíticas como pudiera suponerse. La idea de tratar este tema surgió cuando se encontraba en Jerusalén ocupada con el proceso de Eichmann. En aquel momento le sobrecogió estar en presencia de un hombre que había cometido crímenes tan horribles y que, sin embargo, parecía ser una persona normal y corriente. A esta inconsistencia se refería cuando hablaba de la «banalidad del mal».

Ahora Hannah desea investigar la cuestión de los orígenes de este mal de apariencia tan banal. Ella no cree que alguien sea malvado porque posea un «corazón perverso» o porque le guíen malévolas intenciones. Tampoco cree que la maldad tenga ninguna relación con la estupidez o la inteligencia, o que se pueda ser entendido tan sólo como una infracción de las leyes de la moral. Esta explicación elevaría el mal a una categoría susceptible de poder perjudicar los pensamientos de la persona o de conducirlos, para decirlo de algún modo, por el mal camino. Hannah Arendt opina, por el contrario, que las raíces del mal se encuentran en el propio pensamiento. Por eso se pregunta: «¿Podría tal

vez el pensamiento como tal –es decir, la costumbre de examinar todo lo que acontece o todo lo que suscita nuestra curiosidad sin reparar en los acontecimientos o en el contenido especial– ser una de las condiciones que impiden a la persona hacer el mal o la predisponen para hacer lo contrario?».¹

Hannah contesta a esta pregunta con un sí. Según Sócrates, el pensamiento no es otra cosa que un «diálogo mudo». Quien piensa se aparta del mundo y de los hombres, está solo, pero no aislado, porque está consigo mismo y tiene así la experiencia de desdoblarse y de ser «dos-en-uno».

De la misma forma que uno tiene relación con otras personas, en el pensamiento uno tiene relación consigo mismo. También aquí hay un intercambio de preguntas y respuestas, de exposiciones y réplicas. En esta «dualidad» una parte no puede disociarse de la otra, deben convivir juntas «bajo un mismo techo»; de alguna manera tienen que organizarse. O dicho de otra forma: debo entenderme conmigo mismo.

Esta necesidad de estar en consonancia con uno mismo constituye para Hannah Arendt la fuente de lo que normalmente se llama conciencia. Esta conciencia, entendida como un diálogo interior, me impide hacer el mal porque ¿quién desearía tener que convivir con un mentiroso o con un asesino?

1. Hannah Arendt. *Vom Leben des Geistes. Das Denken. das Wollen.* Múnich, 1998, pág. 15.

Cuando un ser humano comienza a pensar, pone este diálogo a dos en movimiento y despierta al compañero interior, del que no se puede escapar a menos que se deje de pensar. Y este fue, en opinión de Hannah Arendt, el caso de Eichmann.

El libro *La vida del espíritu* expresa al respecto: «Quien no conozca el intercambio silencioso en el que se examina lo que se dice y lo que se hace no encontrará nada para contradecirse a sí mismo, lo cual significa que ni está capacitado para rendir cuentas sobre su discurso o su forma de actuar ni desea hacerlo; tampoco le importa cometer cualquier tipo de crimen porque puede contar con olvidarlo al minuto siguiente [...]. Una vida sin pensar es muy posible; pero entonces no desarrolla su propio ser, y esto no es sólo un sinsentido, también es muy poco vital. Las personas que no piensan son como sonámbulas».¹

1. *Ibid.*, pág. 189 y ss.

Hannah no es una sonámbula. Piensa con un gran placer. Mary McCarthy dice que es la única persona a la que había visto pensar. Se tumbaba en un sofá, inerte y absorta, con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, algunas veces con los ojos cerrados, otras abiertos, y los que entraban en la habitación debían andar de puntillas para no molestarla. Necesitaba estas fases en las que poder aislarse, pero también le era imprescindible regresar al mundo y a los debates. La primera persona a la que se dirigía tras estas pausas para pensar y para descansar era su marido, porque las conversaciones con él eran prolongaciones de las mantenidas consigo misma.

Con respecto a su atractivo personal, sigue siendo una mujer muy solicitada. Poco después de la muerte de Heinrich, el poeta Wystan H. Auden, amigo desde los años cincuenta, la visita en su casa y le propone matrimonio. Hannah le rechaza –naturalmente–, pero no le resulta fácil, intuye lo duro que este rechazo será para él. Auden no es ya el hombre elegante de antaño, se ha convertido en un ser desastado y sumido en la desesperación. Después de la negativa de Hannah, él se emborracha de tal manera que ella debe arrastrarle hasta el ascensor. «Odio la compasión», escribe a Mary McCarthy; «la he temido siempre, pero no creo haber conocido a nadie que la despertara en mí de una forma tan extraordinaria».¹

1. Carta a Mary McCarthy, 22 de noviembre de 1970, pág. 394.

Tras las conferencias en Aberdeen, Hannah se marcha de vacaciones por primera vez con un hombre que no es Heinrich. Se trata de su viejo amigo Hans Morgenthau, con quien pasa dos semanas en la isla de Rodas. La tranquilidad de estos días se ve alterada cuando Morgenthau la pone en un compromiso parecido al de Auden al proponerle matrimonio. Hannah se ve en la necesidad de desilusionarle: Morgenthau es para ella uno de esos hombres *sui generis* que tanto la atraen, pero sólo como amigo, no puede ocupar el lugar de Heinrich.

Hannah acaba de regresar a Nueva York en septiembre cuando se entera del fallecimiento de Wystan H. Auden. Esta noticia la conmueve profundamente y no puede mostrarse tan contenida como cuando murió su marido. Le atormenta no haber podido ayudar a Auden. «Todavía sigo pensando en Wystan», escribe a Mary, «en la miserable condición de su vida y en que rehusé ocuparme de él cuando acudió a mí en busca de protección».¹

Después del funeral de Wystan H. Auden, ella vuelve a leer sus poemas y escribe una especie de homenaje. «Una y otra vez», recuerda, «cuando parecía que no podía seguir luchando, cuando en su sucia vivienda ya no funcionaba el agua corriente y tenía que utilizar los lavabos en la tienda de licores de la esquina, cuando su traje estaba tan sucio o tan descompuesto que se caía a pedazos —nadie pudo jamás convencerle de que un hombre necesita al menos dos trajes para que uno se pueda lavar, o dos pares de zapatos para

1. Carta a Mary McCarthy, 30 de septiembre de 1973, pág. 491.

que uno se pueda arreglar (este asunto fue un debate permanente entre nosotros a lo largo de los años)—, en suma, cuando la desgracia se cernía ante sus ojos, comenzaba a hablar de todo lo que poseía y decía más o menos festivamente: piensa siempre en todas las cosas con las que has sido bendecido».¹

A principios de noviembre de 1973 Hannah se traslada como todos los años al Bard College para visitar la tumba de Heinrich. Allí se sienta en un banco de piedra en las proximidades de la sepultura.

Un día antes de Navidad recibe un telegrama con la noticia del fallecimiento de Philip Rahv, editor de la revista *Partisan Review*, a quien han encontrado muerto en su casa en misteriosas circunstancias. Bajo la influencia de tantas defunciones en su círculo de amigos Hannah escribe a Mary: «Debo confesar que este despiadado proceso de defoliación (o deforestación) me está afectando. Como si el hacerse viejo no fuera, como dijo Goethe, la “paulatina retirada del mundo exterior” —contra lo que yo no tengo nada—, sino la transformación repentina de un mundo lleno de caras conocidas (de amigos o enemigos, es igual) en una especie de desierto repleto de caras desconocidas. Con otras palabras, no soy yo la que se retira, sino el mundo el que se desintegra».²

1. Hannah Arendt, «Ich erinnere an Wystan H. Auden», en: *Menschen in finsternen Zeiten*, págs. 324-334, aquí pág. 326.

2. Carta a Mary McCarthy, 23 de diciembre de 1973, pág. 503.

XXII. Luces sobre el río

«Siempre he pensado que uno es su vida»

A finales de 1974 Hannah Arendt regresa a Aberdeen para impartir un segundo ciclo de charlas en el marco de las Conferencias Gifford, esta vez con el tema *La voluntad*. Pero no puede concluir las. En la mañana del 5 de mayo, mientras estaba en la habitación de su hotel, sufre un ataque al corazón. Las fuerzas le alcanzan para llamar a William Janovich, su editor, que se encuentra en Aberdeen alojado en el mismo hotel. Janovich padece también una afección coronaria y, tras acudir a toda prisa, le da una de sus píldoras, con lo cual le salva la vida.

En el hospital la ingresan en la unidad de cuidados intensivos y le suministran oxígeno. Mary McCarthy llega a Aberdeen procedente de París para estar con ella, pero no puede quedarse mucho tiempo. De vuelta a París le escribe una carta exhortándola a comportarse razonablemente. Aludiendo al tema de sus charlas, la voluntad, Mary le dice a Hannah que debe esforzarse en «querer recuperarse en vez de prestar resistencia» y en seguir los consejos de los médicos. «Supongo que ningún médico recomendaría una vida agitada, dos paquetes de cigarrillos al día y estar de un lado al otro en esas condiciones».¹

1. Carta de Mary McCarthy, 11 de mayo de 1974, pág. 511 y ss.

Estas advertencias no obran efecto. Tan pronto se ve libre del oxígeno, Hannah vuelve a fumar y hace sufrir a todo el personal sanitario con su rebeldía. No toma las pastillas recomendadas por el médico porque le dan náuseas. Dice que se siente bien de nuevo, le parece que todos exageran y abandona el hospital antes de lo previsto. Le pide a Mary que la recoja en Escocia para llevarla a Londres. Desde esta ciudad, Elke Gilbert, la esposa de Robert Gilbert, la acompaña hasta Tegna, en Suiza, donde prosigue su convalecencia. Allí encuentra un médico tolerante, «un buen médico», según le escribe a Mary, «me ve cada diez días, no pone reparos a que fume moderadamente, no me exige hacer dieta, bueno, dejémoslo ya y concentrémonos en las ventajas».¹

Las ventajas son que puede permitirse unas largas vacaciones. Pero eso no conlleva necesariamente el cuidarse. Tras sólo unos días en Tegna, Hannah parte de viaje a Friburgo porque desea volver a ver a Martin Heidegger. Tanto el viaje como la estancia en Friburgo le resultan agotadores. Le enfada muchísimo que Elfride no quiera dejarla a solas con su marido, que le limite las visitas aislándole de su entorno con el pretexto de evitar a Heidegger una excitación excesiva. Hannah, que acaba de pasar por la experiencia de haber sufrido un ataque al corazón, no puede soportarlo y acaba por regresar, decepcionada, a Tegna.

Arendt parece no haber puesto fin a la relación con su ex maestro. Sus repetidos viajes a Friburgo llevan a pensar

1. Carta a Mary McCarthy, 12 de junio de 1974, pág. 513.

que desea arrancarle una confesión de la que depende la justificación de su vida. En el contexto de sus reflexiones sobre el «querer», proyecta realizar una nueva crítica global a Heidegger, cuyo punto de partida es el fenómeno de la voluntad.

Heidegger, probablemente bajo la influencia de su error político, entiende la voluntad únicamente como «voluntad de poder» o incluso como «voluntad de dominio», y ello con nefastas consecuencias para el pensamiento. Como postura adecuada para un pensador, a esta «voluntad» opone el «sosiego», manifestado en que una persona se desacostumbra del «querer» y permite agradecida que las cosas sean como son.

Hannah Arendt considera esta postura de «aceptación» muy típica de la filosofía de Heidegger; se corresponde con una separación constante en su obra entre un «ser» genuino y auténtico, inmutable a lo largo del devenir histórico, y el ámbito externo de los «entes» en el que el individuo se ve envuelto en los acontecimientos de la vida cotidiana. Según esta concepción, el mundo «ruidoso», contradictorio y cambiante no es sino «la espuma de lo que en verdad es».¹

Hannah lo entiende justamente a la inversa. Todo lo que está sólo oculto e interiorizado es como si no existiera. Únicamente adquiere realidad cuando sale fuera, se enseña, se hace público tomando forma. Por eso es de la opinión de que la vida interior es bastante parecida en todas

1. Cfr. Hannah Arendt, *Vom Leben des Geistes. Das Denken. Das Wollen*, Múnich, 1998, pág. 400 y ss.

las personas. «En una palabra», escribe en una ocasión a Mary McCarthy, «nuestros sentimientos son todos los mismos, la diferencia es dónde y en qué contexto los dejamos aparecer».

Puesto que sólo cuenta lo que sale a la superficie, en su opinión no existe una vida distinta de la vida cotidiana. Cuando Mary se queja una vez de que los personajes de sus novelas están en última instancia limitados por su educación y por sus experiencias, y de que llega a la «terrible conclusión» de que «uno es su vida», Hannah le da la razón por completo. «Yo siempre he pensado», le responde, «que *uno es su vida*».¹

1. Carta a Mary McCarthy, 10 de marzo de 1975, pág. 533.

Tras su regreso de Europa en agosto, Hannah vuelve a su vida normal. Pronuncia conferencias, continúa escribiendo su libro *La vida del espíritu*, invita a sus amigos a comer en restaurantes y visita a Mary en Castine para celebrar con ella «la caída de Nixon». Las protestas contra el presidente norteamericano arrecian de tal manera tras el escándalo Watergate que se ve obligado a dimitir de su cargo. Más tarde será indultado por su sucesor, Gerald Ford, y escapará así a una condena de cárcel.

A principios del nuevo año Hannah retoma sus clases y seminarios en la New School. Ha convenido con las autoridades académicas que seguirá enseñando hasta el otoño de 1976, es decir, sólo dos años más, y que después se retirará. Pero no desea llevar una vida más tranquila; se encuentra en el apogeo de su fama, le llueven los premios y los homenajes, pretende acabar su libro y su agenda está al completo para muchos meses.

Incluso traiciona su intención de no manifestarse respecto a temas políticos. Con ocasión del bicentenario de la independencia de Estados Unidos pronuncia un discurso en Boston arremetiendo contra la guerra de Vietnam y contra el escándalo Watergate porque suponen la «decadencia de la República». Asimismo, exhorta a regresar a las raíces de esta república, a los padres fundadores y a sus ideas. El discurso tiene una enorme aceptación, se discute en todo el país y ella recibe más cartas de apoyo que en toda su vida.

Como siempre que el ajetreo en torno a su persona se le hace insoportable, siente la necesidad de retirarse. Sigue manteniendo la costumbre de viajar a Europa para recuperar el contacto con sus raíces. En mayo de 1975 viaja primero a Marbach para ordenar el archivo del legado de Karl Jaspers y después a Tegna, a la posada Albergo Barbaté.

También allí le llegan las cartas de apoyo por el discurso pronunciado en Boston; entre ellas se encuentra la de un joven, una misiva «de lo más divertida». El joven admirador se ha enterado de que «está entrada en años» y desea expresarle sus puntos de vista antes de que «fallezca».

El verano en Tegna está «lleno de sol», lo cual Hannah agradece. Desayuna todas las mañanas en la terraza de la posada y, cuando acaba, dos petirrojos llegan volando a su mesa para comerse las migajas.

En agosto, después de reunir fuerzas, viaja a Friburgo. Espera poder hablar con Heidegger de nuevo. Pero su visita es un desastre todavía mayor que el año anterior. Deprimida, Hannah regresa a Tegna. «Heidegger ha envejecido de repente», le escribe a Mary McCarthy, «ha cambiado mucho desde el año pasado, está muy sordo y muy ajeno, inaccesible, como jamás le había visto. Durante semanas he estado rodeada de viejos que de repente se han hecho muy viejos».¹

Hannah Arendt cumple sesenta y nueve años el 14 de octubre. Toda la «tribu» se reúne en su vivienda neoyorqui-

1. Carta a Mary McCarthy, 22 de agosto de 1975, pág. 546.

na con motivo del cumpleaños. También celebrarán juntos el Día de Acción de Gracias en la casa de Hans Jonas.

Un día antes de la reunión, el 2 de diciembre, domingo, Hannah toma un taxi para regresar a casa. Cuando se encamina a su bloque de apartamentos, tropieza y se cae. Los peatones se agolpan a su alrededor y el portero de su casa quiere llamar a una ambulancia y a la policía. Mientras tanto, ella se ha recuperado, examina si se ha roto algo, logra ponerse en pie, se abre paso entre el gentío y desaparece.

Al día siguiente proyecta ir al médico para ser examinada, pero como apenas tiene dolores y el tiempo es muy malo, lo pospone. Tiene mucho que hacer. El día anterior había ordenado sus notas sobre la parte tercera y última de *La vida del espíritu*, acerca de «El juicio» y desea mecanografiar este capítulo.

El martes, 4 de diciembre, Hannah se sienta por la tarde en su escritorio, desde el que se divisa el agua turbia del río Hudson y las luces de Nueva Jersey. Sobre el escritorio hay una figura de terracota regalo de Mary McCarthy, fotografías de la madre de Hannah, de Heinrich Blüchner y Martin Heidegger. Hannah pone una hoja de papel en la máquina y escribe el título: «La fuerza del juicio». Luego escribe dos epígrafes, una máxima de Cicerón y un pasaje del *Fausto* de Goethe:

*Si yo pudiera desterrar toda la magia de mi camino,
desterrar por entero su embrujo de mi mente,
podría enfrentarme a ti Naturaleza con mis solas manos,
entonces valdría la pena ser un hombre.*

Hannah debe interrumpir el trabajo porque llaman a la puerta. Son Salo y Jeanette Baron, viejos amigos, que llegan invitados a almorzar. Después de la comida se sientan en el salón, donde se encuentra el escritorio de Hannah. Al lado del sofá en el que ella acostumbra a sentarse cuando recibe visitas, hay una mesita con cigarrillos, ceniceros y cuencos con todo tipo de frutos secos, frutas confitadas, galletas y pastas, todo lo que ella necesita cuando está conversando.

Al servir el café, Hannah sufre de repente un ataque de tos y cae inconsciente sobre el sofá. Tras los primeros momentos de confusión, los Baron llaman al médico de cabecera y a Lotte Kohler, una amiga. Cuando éstos llegan encuentran muerta a Hannah. Ha sufrido un ataque al corazón.

El funeral se celebra el 8 de diciembre en la capilla del hospital Riverside Memorial. La ceremonia es la misma que la celebrada por Heinrich Blüchner. En la iglesia, abarrotada de gente, se encuentra el cadáver de Hannah colocado en un ataúd de madera de pino.

Sus amigos más íntimos toman la palabra. Mary McCarthy y Hans Jonas pronuncian sendos discursos. Mary pretende rescatar una última vez la imagen de su «bella amiga»: «Era una mujer guapa, fascinadora, seductora, femenina. [...] Lo más cautivador eran sus ojos, refulgentes, soñadores, tanto cuando estaba feliz como cuando estaba enfadada, siempre oscuros y ensimismados, un lago profundo de sentimientos. Era la impenetrabilidad de Hannah la que se reflejaba en la sima de estos ojos».¹

Hans Jonas menciona también su aspecto peculiar además de su vulnerabilidad y su «absoluta determinación», y acaba su discurso de una manera muy personal:

«Puesto que ella apreciaba la amistad por encima de todo lo demás, permítanme hablarle como amigo. El año pasado, Hannah, celebramos los cincuenta años de nuestra amistad y recordamos cómo empezó todo entonces, en el seminario de Bultmann sobre el Nuevo Testamento, en el que éramos los únicos judíos, y cómo esta amistad creció con el paso de

1. Mary McCarthy, «Hannah Arendt, meine schöne Freundin», en: *Die Zeit*, nº 3, 13 de enero de 1978, pág. 30.

los años. Por encima de largas épocas de separaciones y una tormentosa diferencia de opiniones siempre estuvimos seguros de un sentimiento compartido: lo que era importante y lo que no lo era, lo que en realidad contaba, lo que se podía honrar y lo que había de ser despreciado. Hay muchos aquí que podrían elogiarte como amiga, que podrían atestiguar que, cuando te vinculabas a alguien de verdad, era para toda la vida. Tú te mantuviste fiel; siempre estuviste allí. Hoy somos un poco más pobres sin ti. Sin tu calidez, el mundo es un lugar más frío. Nos has dejado demasiado pronto. Intentaremos mantenernos fieles a ti».¹

1. Hans Jonas, «Hannah Arendt», en: *Social Research*, Spring, 1976, págs. 3-5, aquí pág. 5.

La urna con las cenizas de Hannah recibió sepultura junto a Heinrich Blüchner en el Bard College.

Martin Heidegger sobrevivió a Hannah Arendt sólo cinco meses. Murió el 26 de mayo de 1976. Mary McCarthy fue nombrada albacea literaria de Hannah y se dedicó a la ardua tarea de ordenar los manuscritos del libro *La vida del espíritu* para poder editarlos. Falleció en Nueva York el 25 de octubre de 1989.

La muchacha de tierra extraña

Friedrich Schiller, 1796

En un valle, entre pobres pastores,
aparecía con cada nuevo año
en cuanto volaban las primeras alondras
una muchacha, bella y maravillosa.

No había nacido en el valle,
no se sabía de dónde venía
y pronto se perdía su huella
tras su despedida.

Su entorno animaba
y todos los corazones se dilataban,
pero una dignidad, algo sublime,
alejaba su confianza.

Traía flores y frutos,
recogidos en otros campos,
bajo la luz de otro sol,
en una naturaleza feliz.

Y a todos concedía un don,
a éste sus frutos, *a aquél* flores,
el joven y el anciano con su bastón,
todos volvían a casa con un regalo.

Cualquier huésped era bienvenido,
pero cuando se acercaba una pareja de amantes
les entregaba el mejor de los dones,
la más hermosa de las flores.

Tabla cronológica

- 1906 Johanna Arendt nace en Hannover el 14 de octubre. Sus padres son Paul y Martha (de soltera Cohn).
- 1910 Tras declararse la enfermedad de Paul Arendt, la familia regresa a la ciudad natal de los padres, Königsberg.
- 1913 El padre muere como consecuencia de la sífilis.
- 1916-1924 Hannah acude al instituto femenino en Königsberg.
- 1920 Martha Arendt contrae matrimonio con Martin Beerwald. Traslado a casa de los Beerwald.
- 1924 Bachillerato como oyente.
- 1924-1925 Estudios de filosofía, teología y griego en Marburgo con Martin Heidegger y Rudolf Bultmann. Relación amorosa con Martin Heidegger.
- 1925 Traslado a la Universidad de Heidelberg. Karl Jaspers se convierte en su mentor. Conoce al sionista Blumenfeld.
- 1928 Doctorado con Karl Jaspers.
- 1929 Matrimonio con Günther Stern (conocido más tarde por Günther Anders).
- 1930 Biografía de Rahel Varnhagen.
- 1930-1933 Actividades clandestinas en favor de los sionistas alemanes. Detención y huida a Francia.
- 1935-1940 Divorcio de Günther Anders y matrimonio con Heinrich Blüchner. Internamiento en el campo francés de Gurs. Tras la caída de Francia huye con su madre y Heinrich Blüchner a Marsella.
- 1941 Parte exiliada a Estados Unidos.
- 1941 Trabaja para las revistas *Aufbau* y *Partisan Review* así como en la Jewish Cultural Reconstruction.

- 1946-1949 Lectora en la editorial Schocken.
- 1948 El 27 de julio fallece Martha Beerwald-Arendt.
- 1948-1952 Se convierte en directora de la Jewish Cultural Reconstruction.
- 1949-1950 Primer viaje a Europa. Reencuentro con Karl Jaspers y Martin Heidegger.
- 1950 Ciudadanía norteamericana. Aparece su libro *Los orígenes del totalitarismo*.
- 1953-1956 Docencia en Princeton, Harvard, la New School y el Brooklyn College de Nueva York.
- 1954 Docencia en la Universidad de California, en Berkeley.
- 1955 Viaja a Italia para dar conferencias y de vacaciones por este país, Grecia, Israel, Suiza y Alemania.
- 1958 Homenaje a Karl Jaspers con ocasión de la concesión del premio de la paz de la Asociación de Libreros Alemanes. Aparece *La condición humana*.
- 1959 Premio Lessing de la ciudad de Hamburgo.
- 1961-1962 Viaja enviada por la revista *The New Yorker* para asistir como observadora al proceso contra Adolf Eichmann en Jerusalén.
- 1962 Grave accidente en un trayecto en taxi en Nueva York.
- 1962 Los artículos sobre el proceso de Adolf Eichmann aparecen en la revista *The New Yorker* y provocan una gran controversia. Viaje a Grecia e Italia con Heinrich Blüchner. Aparece *Sobre la revolución*.
- 1963-1967 Cátedra en la Universidad de Chicago.
- 1968 Revueltas estudiantiles en Estados Unidos y Europa. Cátedra en la New School for Social Research en Nueva York.
- 1969 Karl Jaspers fallece en febrero. Estancia durante el verano con Heinrich Blüchner en Tegna (Locarno).
- 1970 Heinrich Blüchner sufre un infarto en octubre y fallece.

- 1973 Hannah Arendt toma parte en las Conferencias Gifford de la Universidad de Aberdeen sobre el tema *El pensamiento*.
- 1974 Mientras vuelve a tomar parte en las Conferencias Gifford con el tema *La voluntad* sufre un infarto.
- 1975 Viaje a Marburgo, Tegna y Friburgo para visitar a Heidegger. Hannah Arendt fallece el 4 de diciembre a consecuencia de un segundo infarto en su vivienda neoyorquina.

Bibliografía (selección)

Las obras más relevantes

- Rahel Varnhagen*, Múnich, Piper, 1995.
- Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, Múnich, Piper, 1996.
- Vita activa oder vom tätigen Leben*, Múnich, Piper, 1996.
- Über die Revolution*, Múnich, Piper, 1994.
- Zwischen Vergangenheit und Zukunft*, Múnich, Piper, 1994.
- Eichmann in Jerusalem*, Múnich, Piper, 1997.
- Menschen in finsternen Zeiten*, editado por Ursula Ludz, Múnich, Piper, 1989.
- Wahrheit und Lüge in der Politik. Zwei Essays*, Múnich, Piper, 1972.
- Macht und Gewalt*, Múnich, Piper, 1996.
- Zur Zeit. Politische Essays*, editado por Mariel Luise Knott, Berlín, Rotbuch, 1986.
- Vom Leben des Geistes, Das Denken – Das Wollen*, editado por Mary McCarthy, Múnich, Piper 1998.
- Das Urteilen*, editado por Ronald Beiner, Múnich, Piper, 1998.
- Was ist Politik?*, editado por Ursula Ludz, Múnich, Piper, 1989.
- Gesammelte Aufsätze und Artikel zu Zionismus und Nationalsozialismus*, editado por Eike Geisel y Klaus Bittermann.
- Nach Auschwitz, Essays und Kommentare 1*, Berlín, Tiamat, 1989.
- Die Krise des Zionismus. Essays und Kommentare 2*, Berlín, Tiamat, 1989.
- Israel und der Antisemitismus: Aufsätze*, Berlín, Wagenbach, 1991.

- Crisis de la República*. Taurus, Madrid 1999.
- De la historia a la acción*. Paidós, Barcelona 1998.
- Eichman en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen, Barcelona 1999.
- Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península, Barcelona 1996.
- Filosofía y política, el existencialismo y Heidegger*. Besataria Asociación Cultural, Bilbao 1996.
- Hombres en tiempo de oscuridad*. Gedisa, Barcelona 1989.
- La condición humana*. Seix Barral, Barcelona 1974. / Paidós, Barcelona 1998. / Círculo de Lectores, Barcelona 1999.
- La vida del espíritu*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984.
- Los orígenes del totalitarismo*. Altaya, Barcelona 1997. / Taurus, Madrid 1999. / En tres tomos, T.1: *Antisemitismo*; T.2: *Imperialismo*; T.3: *Totalitarismo*. Alianza, Madrid 1998-2000. / En dos tomos en la colección «Obras maestras del pensamiento contemporáneo», tomos 73 y 74. Planeta-De Agostini, Barcelona .
- Qué es la política?* Paidós, Barcelona 1997.
- Rahel Varnhagen: vida de una mujer judía*. Lumen, Barcelona 2000.
- Sobre la revolución*. Revista de Occidente, Madrid 1967. / Alianza, Madrid 1988.
- Walter Benjamin. Bertolt Brecht. Hermann Broch. Rosa Luxemburgo*. Anagrama, Barcelona 1971.

Sobre la vida y la obra

- Barley, Delbert, *Hannah Arendt. Einführung in ihr Werk*, Friburgo, München, Alber, 1990.
- Breier, Karl Heinz, *Hannah Arendt zur Einführung*, Hamburgo, Junius, 1992.
- Friedmann, Friedrich Georg, *Hannah Arendt, Eine deutsche Jüdin im Zeitalter des Totalitarismus*, München, Zürich, Piper, 1985.
- Heilbut, Anthony, «Das alles waren nur Versuche»: Hannah Arendt, en: *Kultur ohne Heimat. Deutsche Emigranten in den USA nach 1930*, Weinheim, Quadriga, 1987, págs. 311-344.
- Heuer, Wolfgang, *Hannah Arendt*, Reinbeck bei Hamburg, Rowolt, 1987.
- Kemper, Peter (ed.), *Die Zukunft des Politischen: Ausblicke auf Hannah Arendt*, Francfort del Meno, Fischer, 1993.
- May, Derwent, *Hannah Arendt. Eine bedeutende Repräsentantin deutscher-jüdischer Kultur*, München, Heyne, 1990.
- Nordmann, Ingeborg, *Hannah Arendt*, Francfort del Meno, Campus, 1994.
- Reif, Adelbert (ed.), *Hannah Arendt, Materialien zu ihrem Werk*, Viena, Europaverlag, 1979.
- Vollrath, Ernst, «Hannah Arendt», en: *Politische Philosophie des 20. Jahrhundert*, ed. por Karl Graf Ballestrem y Hennig Ottmann, München, Viena, Oldenbourg, 1990, págs. 13-32.
- Wimmer, Reiner, «Hannah Arendt», en: *Vier jüdische Philosophinnen (Rosa Luxemburg, Simone Weil, Edith Stein, Hannah Arendt)*, Tubinga, Attempto, 1990, págs. 237-308.
- Wolf, Siegbert, *Hannah Arendt. Einführung in ihr Werk*, Francfort del Meno, Maag und Merchen, 1991.
- Young-Bruehl, Elisabeth, *Hannah Arendt. Leben, Werk, Zeit*, Francfort del Meno, Fischer, 1991. [Versión en castellano: *Hannah Arendt*, Valencia, 1993.]

Correspondencia

- Hannah Arendt/Karl Jaspers, *Briefwechsel 1926-1969*, ed. por Lotte Köhler y Hans Saner, Múnich, Piper, 1993.
- Hannah Arendt/Kurt Blumenfeld, «...in keinem Besitz verwurzelt». *Die Korrespondenz*, ed. por Ingeborg Nordmann e Iris Pilling, Hamburgo, Rotbuch, 1995.
- Hannah Arendt/Heinrich Blüchner, *Briefe 1936-1968*, ed. por Lotte Köhler, Múnich, Piper, 1996.
- Hannah Arendt/Hermann Broch, *Briefwechsel 1946-1951*, ed. por Paul Michael Lützel, Francfort am Main, Jüdischer Verlag, 1996.
- Hannah Arendt/Mary McCarthy, *Im Vertrauen. Briefwechsel 1949-1975*, ed. por Carol Brightman, Múnich, Piper, 1996. [Versión en castellano: *Entre amigas: correspondencia entre Hannah Arendt y Mary McCarthy*. Lumen, Barcelona 1998].
- Hannah Arendt/Martin Heidegger, *Briefe 1925 bis 1975 und andere Zeugnisse*, ed. por Ursula Ludz, Frankfurt am Main, Klostermann, 1998 [Versión en castellano: *Hannah Arendt / Martin Heidegger, Correspondencia 1927-1975 y otros documentos de los legados*, Barcelona, Herder 2000].

- Arendt, Hannah, *Ich will verstehen. Selbstauskünfte zu Leben und Werk*, ed. por Ursula Ludz, Múnich, Piper, 1996.
- Die Kontroverse. *Hannah Arendt, Eichmann und die Juden*, ed. por F. A. Krummacher, Múnich, Nymphenburg, 1964.
- Ettinger, Elzbieta, *Hannah Arendt – Martin Heidegger. Eine Geschichte*, Múnich, Piper, 1994.
- Fitko, Lisa, *Mein Weg über die Pyrenäen. Erinnerungen 1940/41*, Múnich, dtv, 1989.
- Fürst, Max, *Gefilte Fische*, Múnich, dtv, 1973.
- Gause, Fritz, *Geschichte der Stadt Königsberg*, tomos II y III, Colonia, Böhlau, 1968 y 1971.
- Gurs-ein Internierungslager in Südfrankreich 1939-1943. *Literarische Zeugnisse, Briefe, Berichte*, Hamburgo, Hamburger Institut für Sozialforschung, 1993.
- Heidegger, Martin/Jaspers, Karl, *Briefwechsel 1920-1963*, Múnich, Piper, 1990.
- Jacoby, Yoram K., *Jüdisches Leben in Königsberg/Pr. im 20. Jahrhundert*, Würzburg, Holzner, 1983.
- Jarrell, Randall, *Pictures from an Institution*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Jarrell, Randall, *1914-1965, Randall Jarrell's letters*, ed. por Mary Jarrell, Boston, Houghton Mifflin, 1984.
- Jaspers, Karl, *Notizen zu Martin Heidegger*, ed. por Hans Saner, Múnich, Zúrich, Piper, 1978.
- Jaspers, Karl, *Werk und Wirkung*, ed. por Klaus Piper, Múnich, Piper, 1963.
- Jonas, Hans, «Hannah Arendt», en: *Social Research*, Spring 1976, págs. 3-5.
- Kazin, Alfred, *New York Jew*, Nueva York, Knopf, 1978.
- Koestler, Arther, *Abschaum der Menschheit*, Francfort del Meno, Berlín, Limes, 1993.

- Löwitz, Karl, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933*, Stuttgart, Metzler, 1986. [Versión en castellano: *Mi vida en Alemania antes y después de 1933*. Visor, Madrid, 1992.]
- McCarthy, Mary, «Hannah Arendt, meine schöne Freundin», en: *Die Zeit*, nº 3, 13 de enero de 1978.
- Piper, Klaus/Saner, Hans (ed.) *Erinnerungen an Karl Jaspers*, Múnich, Zúrich, Piper, 1974.
- Podhoretz, Norman, *Making it*, Nueva York, Random House, 1967.
- Reif, Adelbert, *Gespräche mit Hannah Arendt*, Múnich, Piper, 1976.
- Safranski, Rüdiger, *Ein Meister aus Deutschland, Heidegger und seine Zeit*, Múnich, Viena, Hanser, 1994.
- Sahl, Hans, *Das Exil im Exil, Memoiren eines Moralisten II*, Hamburgo, Luchterhand, 1991.
- Sahl, Hans, *Die Wenigen und die Vielen – Roman einer Zeit*, Francfort del Meno, Fischer, 1959.
- Schramm, Hanna, *Menschen in Gurs. Erinnerungen an ein französisches Internierungslager*. Worms, Heintz, 1977.
- Weiss, Theodore, *From Princeton one Autumn Afternoon. Collected Poems of Theodore Weiss*, Londres, Nueva York, Collier, Macmillan, 1987.
- Wiese, Benno von, *Ich erzähle mein Leben*, Francfort del Meno, Insel, 1982.

Agradecimiento

Agradezco especialmente a mi cuñado y amigo Stefan Hülsmann que me haya ayudado tanto con su curiosidad y con su lectura crítica de este libro.

ALOIS PRINZ

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia:1729



Hannah Arendt (1906-1975), discípula y amiga de Martin Heidegger y Karl Jaspers, exiliada de la Alemania nazi en 1933 por su origen judío, y profesora de filosofía política en Estados Unidos hasta su muerte, es la pensadora más representativa de la filosofía política del siglo xx. Sólo en la actualidad se comienzan a descubrir y apreciar en todo su alcance las insistentes reflexiones de Arendt sobre las condiciones de una verdadera convivencia universal.

Este retrato fiel y lleno de colorido abarca todas las facetas de la vida privada y pública de esta filósofa excepcional, profunda e indómita ante los dictados de ideologías y modas intelectuales.

ALOIS PRINZ

LA FILOSOFÍA COMO PROFESIÓN
O EL AMOR AL MUNDO

© BADO-BAZÁN



LA FOTOCOPIA
MATA EL LIBRO

ISBN 84-254-2173-X



9 788425 421730

Herder

www.herder-sa.com

Herder